



HABLANDO DEL DUQUE

TAMARA
Gill

LAS INCONTROLABLES WOODVILLES

HABLANDO DEL DUQUE

LAS INCONTROLABLES WOODVILLES

TAMARA GILL

TRADUCIDO POR
JORGE RICARDO FELSEN



ÍNDICE

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Epílogo](#)

[Querida lectora](#)

[Otras Obras de Tamara Gill](#)

[Acerca de la autora](#)

CRÉDITOS

Hablando del Duque
Las Incontrolables Woodvilles
Copyright © 2024 de Tamara Gill
Editora Grace Bradley Editing, LLC
Arte de portada del de Wicked Smart Designs
Traductor Jorge Ricardo Felsen
Todos los derechos reservados.

Este libro es un trabajo de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación de la escritora o se han utilizado de manera ficticia y no deben interpretarse como reales. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas, eventos reales, lugares u organizaciones es mera coincidencia.

Todos los derechos reservados. Sin limitar los derechos de autor reservados anteriormente, ninguna parte de esta publicación puede reproducirse, almacenarse o introducirse en una base de datos y sistema de recuperación, ni transmitirse de ninguna forma ni por ningún medio (electrónico, mecánico, fotocopiado, grabación u otros) sin el consentimiento previo por escrito tanto del propietario de los derechos de autor como de los editores anteriores.

SINOPSIS

Habla del Duque y aparecerá...

Julia Woodville sabía que el beso que había compartido con Lord Cyrus Franklin, conocido libertino, no podía haber significado tanto para él como para ella. Le dio la razón al dejar Londres y casarse con otra. Pero ahora ha vuelto, y esta vez, ella no está dispuesta a dejarlo acercarse a su corazón...

Dejar atrás a Julia fue uno de los mayores arrepentimientos de Cyrus. Pero incluso ahora, perseguirla está fuera de discusión. Como viudo que debe volver a casarse bien para salvaguardar el futuro de su hija, sus propios deseos deben ser sofocados. Incluso si fingir ser nada más que su amigo casi lo destruye...

Pero cuando Julia está casi comprometida por un pretendiente en busca de fortuna, Cyrus debe protegerla de la única manera que sabe: casándose con ella. ¿Podrá su unión tentativa sobrevivir cuando se revelen los oscuros secretos de Cyrus? Y lo que es más importante, ¿podrá Julia perdonarlo?

PRÓLOGO

1806, Londres

Julia suspiró por dentro cuando vio a Lord Cyrus Franklin, Marqués de Chilsten, que se dirigía hacia ella después de hablar con su nuevo cuñado, el Duque de Derby.

Nadie sabía porqué estaba caminando directamente hacia ella, y a ella solo se le ocurría una cosa. El Marqués conocía el monto monetario de su dote y quería conocer a una de las hermanas que aún no estuviera comprometida.

Bueno... Se armó de valor para ser fría y distante. Después de todo, esta no era su temporada ni siquiera para buscar marido. Ni siquiera había salido todavía en sociedad, por lo que la necesidad de su Señoría de hablar con ella no era más que la de un hombre que busca una novia rica.

Ella no sería su novia rica, eso era seguro.

Lo sabía todo sobre él y su pasado libertino... o presente. Realmente, debería enmendarse. Los chismes de Londres no publicaban más que las noches de juerga y vicio del Marqués de Chilsten. Los rumores de amantes de las que había oído susurrar en el momento en que entró en este mismo salón de baile.

Que fuera amigo del Duque era una lástima y no era algo que ella pudiera cambiar. Pero eso no significaba que tuviera que dar la bienvenida a su discurso.

“Señora Woodville, sé que esto es muy atrevido y desfavorable de mi parte, pero ¿me haría el honor de presentarme a su hija?” dijo, sonriéndole a su madre como si eso fuera a suponer alguna diferencia para Julia. A ella no le importaba que fuera uno de los hombres más guapos de Inglaterra. Su reputación era atroz, y lo último que quería era casarse con un hombre que le rompiera el corazón un mes después de decir sus votos.

Y él le rompería el corazón. Ningún hombre tan malvado y salvaje como él cambiaría sus costumbres para adaptarse a una mujer. Incluso si esa mujer era su esposa.

“Lord Chilsten, permítame presentarle a mi hija, la Señorita Julia Woodville”. Su mamá sonrió como si le estuviera haciendo un gran favor a Julia, pero ella no podía verlo de esa manera. Veía a un lobo, listo para abalanzarse sobre ella y dejarla con el corazón roto a su paso cuando terminara con su pequeña diversión.

Ella no sería una distracción para él. No, si podía evitarlo.

“Lord Chilsten, es un placer conocerlo” dijo ella, con un tono de aburrimiento que esperaba que él comprendiera pronto.

Su sonrisa parecía forzada, y ella se jactó de que él había captado su señal.

“¿Le gustaría bailar?”, le preguntó, mirando a su mamá. “¿Si a su madre no le importa?”

Julia negó con la cabeza, hablando antes de que su madre tuviera la oportunidad. “No voy a bailar esta noche, mi Señor. Pero estoy segura de que mi negativa es el momento culminante de otra dama, ¿no está de acuerdo?”

Sus ojos se abrieron de par en par y, en lugar de sorprenderse por sus palabras, sonrió, desviándose por completo de su rumbo. Cerró la boca con fuerza, sin necesidad de ver lo guapo que le hacía parecer su sonrisa, incluso más devastadoramente guapo que cuando se limitaba a sonreír.

“Quizás en otro momento” dijo, inclinándose. “Si me disculpa”.

“Por supuesto” contestó Julia, observando con poco orgullo cómo el lobo se alejaba, con la cola firmemente entre las piernas.

“Julia” la regañó su madre, hundiéndole los dedos en el brazo. “¿Por qué negarías a un buen partido así, un simple baile? Tendrías que haberlo obligado. ¿No sabes quién es?” Su madre miró hacia donde había caminado Lord Chilsten, como si ya echara de menos su presencia.

Julia no lo hizo, ni le importaba. Ella se encogió de hombros. “No, ¿por qué iba a saber quién es él o cualquiera de estas personas? No es como si alguien se hubiera esforzado por hacerse amigo mío. Ni siquiera he salido todavía. No debería estar aquí en absoluto”.

“Tienes la edad suficiente para asistir a un baile, incluso si no has hecho tu reverencia a la reina. Pero ése es el Marqués de Chilsten y futuro Duque de Rothes”.

“¿Va a ser un Duque escocés? Eso explicaría el salvajismo que obviamente corre por sus venas”.

Su madre reclamó, haciéndola callar. “¿Qué es lo que te ha pasado, niña? ¿Por qué dirías tal cosa de su Señoría?”

“Porque es verdad, mamá” contestó ella. “¿No lees las páginas de sociedad en el periódico? Siempre están hablando de Lord Chilsten y su estilo de vida caprichoso. Cualquiera que se case con su Señoría debe prepararse para la angustia, porque no mantendrá a una esposa bien complacida por mucho tiempo. No, si lo que escriben sobre él en los periódicos es cierto”.

Su madre palideció un poco ante sus palabras. “He leído las historias, pero no sabemos si son ciertas”, lo defendió.

“¿No es así?” Julia asintió con la cabeza en la dirección en la que observaba a Lord Chilsten hablar con otra invitada. En la conversación que sostenían observó un gesto libidinoso de la dama, fue mucho menos inocente que la conversación que tuvo con ella. “Mira, mamá. Míralo ahora. Pues, si pudiera apostar algo de mi dinero, diría que su Señoría está tratando de abrirse camino en el corazón de la Duquesa viuda de Barker en este momento. Y cortejar su camino por debajo de su falda. Es obvio para cualquiera que tenga ojos lo que está haciendo”.

Julia tenía pocas dudas de que su Señoría se iría con la Duquesa viuda de Barker o con alguien más. Quienquiera que cayera en sus falsos encantos y artimañas seductoras.

Su madre miró en dirección a su Señoría. “Bueno, yo nunca” dijo mientras Lord Chilsten cogía la mano de su Gracia y la besaba, deteniéndose sobre sus dedos más tiempo del debido. “Tal vez tengas razón, querida. Buscaremos en otra parte”.

Julia sonrió. “Exactamente lo que pienso” dijo ella, decidida a no volver a mirar en su vergonzosa dirección durante todo el baile.

yrus se apoyó en la ventana, observando a la deliciosa Señorita Julia Woodville mientras se defendía de un pretendiente tras otro que se inclinaban ante sus preciosas zapatillas de seda pidiendo una presentación o un baile.

La mujer nunca perdía su dulce rostro, incluso cuando las palabras que brotaban de sus labios parecían satisfacer a los hombres a los que negaba y al mismo tiempo los cortaba por las rodillas. Sacudió la cabeza, incapaz de comprender cómo lo estaba haciendo sin que todos supieran lo que realmente estaba haciendo. Y, sin embargo, el rostro poco complacido de su madre le dijo a Cyrus que, al menos cuando se trataba de su madre, la mujer no se dejaba engañar por las acciones de su hija.

Sus ojos se deslizaron sobre su cuerpo. Era mega alta, eso era seguro. Ella le llegaba a la nariz y él medía más de un metro ochenta. Muchos hombres que se inclinaban ante ella tenían que mirarla a los ojos. Era extraño ver a una mujer sobresaliendo por encima de la mayoría de los asistentes.

No es que a Cyrus le importara tanto. La idea de sus largas piernas envueltas alrededor de sus caderas mientras la complacía lo dejaba ansioso por estudiarla en un entorno más privado. Su ingenio y sus insultos velados no lo habían disuadido. No, por supuesto que no. En todo caso, le despertaron más curiosidad por saber qué era exactamente lo que la Señorita Julia Woodville buscaría en un caballero.

Porqué no le gustaba. A decir verdad, no es que necesitara pensar demasiado en ese asunto. Sabía que su reputación le precedía. Era un libertino, un legado que había aprendido de sus padres, que habían permanecido casados, pero tenían numerosos amantes que iban y venían, tanto de sus fincas de campo como de sus casas de Londres. Por extraño que parezca, su matrimonio había sido feliz, y no podía culparlos por su elección, si eso los hacía felices. Incluso si eso significaba que lo más probable es que tuviera un grupo de hermanos que no conocía.

Respiró hondo, agradecido de que se hubiera verificado su propia legitimidad y de que no se le pudiera arrebatar su nombre ni sus casas. Sus padres habían sido poco apropiados cuando el cortejo, y Cyrus sabía que su matrimonio solo había ocurrido días antes de su nacimiento. Daba gracias a Dios todos los días porque su abuelo había obligado al Marqués a casarse con su hija o a enfrentarse a él en un campo al amanecer.

Bebió un sorbo de su bebida, sus ojos la siguieron mientras ella se excusaba de su madre. Esperaba que se dirigiera a la puerta que conducía a la habitación de retiro de damas, y al principio lo hizo, pero luego, mirando por encima del hombro y notando que la atención de su madre no estaba en su persona, se desvió hacia la terraza.

Cyrus se apartó de su puesto y la siguió, queriendo ver adónde se dirigía la moza de lengua viperina. Tal vez se estaba reuniendo con un admirador que nadie conocía. El pensamiento hizo que sus pasos se aceleraran. El porqué no lo podía comprender. Acababa de conocer a la chica, y si ella podía encontrar un marido que quisiera un matrimonio tradicional, tenía todo el derecho.

Aun así, él le siguió de cerca. Miró a lo largo de la terraza, sin verla admirando los jardines, pero luego vio sus faldas de seda azul deslizándose por la esquina.

Él sonrió, siguiéndola para atraparla en lo que fuera que estuviera haciendo. La Señorita Julia Woodville era una dama con secretos, y no podía esperar para descubrirlos y tal vez usarlos a su favor.

ulia paseó por la oscura terraza, contenta de estar por fin sola. Sacó un puro de su bolso y lo Jencendió con un candelabro de pared que ardía cerca, antes de adentrarse en la oscuridad hasta donde había un asiento solitario contra la pared. Respiraba aliviada por primera vez esa noche, ya que solo los sonidos amortiguados de la fiesta sonaban a lo lejos, y las estrellas eran su única compañía.

Estar aquí esta noche era un absurdo que su madre debería haber negado. Ni siquiera había salido en sociedad todavía, y ya estaba agotada de la sociedad en la que tenía que circular. Su salida estaría tan lejos de su estilo de vida en Grafton como lo estaría vivir en la luna.

Su mirada vagó hacia arriba, hasta la brillante forma circular en lo alto del cielo, y la estudió, preguntándose si tenía valles y montañas similares a los de La Tierra. Unos pasos cercanos desviaron su atención, miró hacia la dirección en la que habían venido, solo para ver a Lord Chilsten caminando por su camino.

Ella se puso de pie, necesitando mirarlo y no someterse a su presencia. Había algo en el hombre que la ponía en guardia. No solo su infame reputación, sino algo que ella no podía identificar. La hacía desconfiar, y a ella no le gustaba el aleteo en el estómago cada vez que lo veía.

Era el último hombre con el que una mujer de Londres quería casarse. Ni siquiera estaba segura de querer casarse, a menos que su amor por su futuro esposo superara todas sus reservas y preocupaciones.

Nunca le había resultado fácil confiar en personas que no conocía durante mucho tiempo, por lo que hacer una pareja en un plazo de tres meses o más durante una temporada de Londres parecía casi imposible.

“Señorita Julia” dijo, riéndose levemente cuando vio su puro sostenido entre sus dos dedos. “Bueno, permítame comenzar diciendo que nunca pensé que vería a una debutante fuera de una fiesta fumando. Una rareza, sin duda”.

Terminó su puro, arrojándolo al césped donde sabía que no le haría daño. “Y todavía no lo ha hecho, mi Señor, porque todavía no he salido en sociedad y, por lo tanto, no soy una debutante”.

“Touché”. Pasó junto a ella y se sentó en el banco. Sintiéndose extrañamente alta con él sentado, se unió a él, mirando hacia los jardines. “Debo decir, Señorita Julia, por favor no se ofenda, pero usted es extremadamente alta. ¿Alguna de sus hermanas en Grafton es tan alta como usted, o es la única bendecida con esa estatura?”

Ella alzó la ceja, mirándolo con disgusto. “Soy la única. Bueno, la única que es más alta que mis padres”. Hizo una pausa. “¿Hay alguna otra razón por la que me haya seguido al aire libre, mi Señor? Parece muy extraño, por no decir desaconsejable, teniendo en cuenta que no tengo acompañante”.

“Nadie vendrá a mirar por aquí. Estoy convencido de que estamos lo suficientemente seguros”.

Julia luchó por no suspirar. No había querido compañía en su estancia al aire libre. Quería cinco minutos para sí misma. Estar sola sin los olores empalagosos del sudor y el perfume, y los incesantes caballeros que pensaban abrirse camino en su corazón. “¿Y si no quisiera que se uniera a mí? ¿Acaso mis deseos y necesidades no influyen en su conciencia?”

Él entrecerró los ojos y ella notó que su color era un marrón tan oscuro que casi podrían llamarse negros. Al ser tan oscuros, uno pensaría que no tendrían alma, pero no lo eran. Brillaban de alegría e interés. Podía soportar la alegría. El interés que ardía en sus ojos era una pérdida de tiempo.

“No le gusto mucho, Señorita Julia. ¿Puedo preguntar por qué?”

“¿Por qué?”, respondió ella, preguntándose por dónde empezar. “Tiene una reputación terrible. Se escribe sobre usted en el periódico casi todas las semanas con alguna escapada o escándalo. Se rumorea que tiene numerosas amantes, todas las cuales son mujeres casadas con otros señores, y está lejos de lo que una dama buscaría en un marido. Sé que es amigo de mi cuñado, el Duque, pero eso no significa que podamos serlo o que le permita creer que tiene posibilidades de ganar mi mano, porque no es así”.

Se quedó boquiabierto antes de echar la cabeza hacia atrás y reírse. Julia lo miró fijamente, viendo su sonrisa que literalmente le quitó el juicio. Ella reprimió un suspiro de asombro ante su belleza. El hombre era un libertino, un pícaro, un pecador de la peor especie, pero Dios mío, ella podía ver porqué las mujeres pecaban por él. Era salvaje, despreocupado y no le importaba lo que pensara la gente. Ciertamente, parecía disfrutar de los escándalos que la sociedad escribía sobre él.

“No estoy más interesado en su mano en el matrimonio de lo que creo que usted lo está en ganar la mía, pero la encuentro encantadora a su manera espinosa. Y no hay nada que me guste más que un reto”.

Ella alzó una ceja, haciendo todo lo posible por mirarlo con la nariz. “No soy un desafío que ganará, mi Señor.”

Inclinó la cabeza, encogiéndose de hombros. “Creo que puede serlo, incluso si ese desafío no es asegurar su mano, sino simplemente un beso. Está desilusionada por la perspectiva del matrimonio, y después de verla esta noche, estoy seguro de este hecho”.

“¿Me estaba observando?” preguntó, horrorizada al enterarse de que lo había hecho. ¿Qué había visto? ¿Qué supuso al vigilarla?

“Sí, la he observado mucho, y me he dado cuenta de que, aunque es muy cortés con los futuros caballeros, no muestra ningún interés más que el de una mujer que conoce a una persona a la que nunca volverá a ver después del hecho”.

“¿Y va a cambiar mi opinión sobre los hombres y hacer que me interese más en lo que tienen que decir? ¿Cómo lo hará, mi Señor? No es un mago”.

Sonrió. El sonido grave y profundo hizo que su cuerpo retumbara en lugares donde no debía. “No creo que haya experimentado la pasión lo suficiente como para saber lo que el sexo opuesto podría ofrecerle. Si me permite besarla, para mostrarte lo que nosotros, simples hombres de mundo, podemos hacerle sentir, creo que la ayudará a decidir qué es lo mejor para usted, cuando haga su reverencia a la reina la próxima temporada”. Su sonrisa diabólica casi le arrancó una de los labios de Julia. Casi. “¿Qué dice, hermosa? ¿Está dispuesta a poner a prueba mi teoría o está demasiado asustada?”

Su última palabra no fue lo que ella apreció. Si algo era en este mundo, era no ser temerosa. De nada y mucho menos de él. El fanfarrón pomposo y amante de sí mismo. “Muy bien. Le permitiré que me bese. Una vez. Y entonces puede dejarme en paz por el resto de la noche”. Que trate de mostrarle lo que los hombres pueden hacerla sentir. Él fracasaría, y ella se deleitaría con su triunfo.

Él asintió. “De acuerdo”.

Cyrus aprovechó la oportunidad para estudiar la belleza de Julia, una belleza que le había

llamado la atención desde el primer momento en que se topó con ella. Su piel, inmaculada y perfectamente inglesa, brillaba bajo la noche iluminada por la luna. Sus labios carnosos lo atraían de una manera que otros nunca lo habían hecho.

Le acunó la cara entre las manos y le levantó la barbilla para que lo mirara. Ella lo miró fijamente con una audacia que se ajustaba a sus palabras. En lo profundo de su alma, sabía que esta mujer no mentía ni se negaba a sí misma nada de lo que quería. Tampoco quería negarle nada.

Bajó la cabeza hacia ella, observando cómo sus ojos se cerraban y sus largas y oscuras pestañas se abrían en abanico sobre sus mejillas. Se le hizo un nudo en el estómago y se tragó el ataque de nervios que siguió. Tan condenadamente hermosa que no era de extrañar que su corazón se detuviera. Rozó los labios de ella. Suave y maleable, se abrió para él, dándole la posibilidad de besarla como se merecía.

“Es tan hermosa” susurró antes de besarla con más fuerza. Su pequeño suspiro cuando sus labios se tocaron y se fusionaron endureció su cuerpo. Quería a esta mujer en sus brazos. Quería besarla hasta altas horas de la madrugada. Nunca volver a estar dentro de los límites de las paredes del salón de baile y separarse de su toque.

Cyrus frunció el ceño, inseguro de dónde venían esos pensamientos. La sensación de su lengua deslizándose sobre sus labios lo tomó desprevenido. Le sujetó la nuca y con la otra mano le echó la cabeza hacia atrás para profundizar el beso. Era dulce, deliciosa y audaz.

Sus lenguas se enredaron y el beso cambió. Se alteró. Ya no era un ejemplo de lo que podía tener con otro hombre. El hombre con el que acabaría casándose. No. Era un beso de un hombre que deseaba a la mujer en sus brazos. Un beso que uno le daba a una amante antes de acostarse con él. Inapropiado y escandaloso, un beso que no pudo detener y que no quería terminar.

Sus manos se posaron contra su pecho, juzgando los músculos bajo las palmas de sus manos. Su pequeño murmullo de placer le dijo que le gustaba lo que tocaba.

“Podría comerla viva” dijo, besándola con fuerza, devorándole la boca como si su vida dependiera de su beso. Sus dedos le agarraron el pelo antes de rodearle el cuello con los brazos.

Las imágenes de ellos acostados, de ella salvaje y ardiente por su toque, bombardearon su mente. La sentó en su regazo, su mano se deslizó desde su cintura para moldear su pecho.

Ella se inclinó contra él, empujando hacia su toque, buscando más. Él le dio lo que ella quería. Demonios, lo que *él* quería. Su pene, rígido en sus pantalones, ansiaba su calor. La quería, aquí y ahora.

Detente, Cyrus. Es inocente.

Luchó por el control, por controlar sus deseos. No podía soportar una Señorita virginal, pero maldita sea, había algo espectacular en la que tenía en sus brazos.

La había considerado espinosa y fría. Ella era todo lo contrario. Era toda curvas suaves y carne abundante. Sus besos lo mecieron hasta la médula y lo pusieron tan caliente como el Hades.

Le bajó el corsé del vestido y le pasó el dedo por su pezón endurecido. Ella suspiró, y el beso se volvió fundido, rápido y lascivo. Ella lo empujó, y su espalda se apoyó con fuerza contra la pared de piedra de la casa, y él gimió.

“Julia” suplicó. “Es una seductora que perseguirá mis sueños”.

“Usted también es un seductor, mi Señor” suspiró.

“Cyrus. Llámeme Cyrus, por favor”, le suplicó.

Su sonrisa maliciosa casi lo deshizo. “No puedo volver a la fiesta después de llegar en mis

calzones. Debe detenerse, porque yo no tengo el poder para hacerlo”.

“¿Por qué?”, preguntó, con toda inocencia. “¿Creía que era usted quien iba a mostrarme lo que podía tener con un marido?”

Le puso la mano sobre la cadera, deteniendo sus movimientos. Aprovechó la oportunidad para palparle el muslo y pasarlo bajo sus dedos. “Estoy seguro de que es una mujer educada que ha leído libros y no necesita que le explique con más detalle lo que debería suceder si sigue frotándose contra mi pene”. Sus ojos brillaron ante su grosero discurso, pero no huyó. Por el contrario, sonrió, levantando una ceja.

“¿Qué quiere decir con lo que va a pasar?” volvió a preguntar ella, moviéndose una vez más en contra de su hombría. Apretó la mandíbula ante el impropio que quería gritar. Era Marqués, por el amor de Dios. El futuro Duque de Rothes. No un hombre que se venía en los calzones después de un interludio con una debutante virginal en un baile de sociedad.

Ni siquiera es una debutante, tonto.

“¿No le gusta cómo lo hago sentir?”, le preguntó, colocando pequeños y rápidos besos contra sus labios.

“Soy yo quien se supone que le está mostrando lo que es que un hombre la bese. Mostrándole lo placentera que puede ser la boca cuando se une a otra”.

“Mmm”, suspiró. “Creo que ahora sé a qué se refiere en este pequeño juego, mi Señor. Creo que ha ganado”.

Le agarró la cadera, ayudándola a ondular contra su pene. Quería venirse, encontrar placer en ella, incluso si eso significaba que tendría que irse. Volvería a verla. Habría otras noches para seducirla.

Al fin y al cabo, la temporada era joven. “Bésame otra vez” le suplicó, sintiendo que se le apretaban los testículos. Ella hizo lo que él le pidió, la fuerza de su abrazo hizo que se golpeará la cabeza contra la pared. Se vino, duro y largo, gimiendo su liberación en su boca como un joven muchacho durante su primera vez con una mujer.

Lo besó mientras los últimos y exquisitos temblores recorrían su cuerpo. “En realidad” dijo ella, echándose hacia atrás y mirándolo a los ojos. “Creo que en este juego hemos ganado los dos. ¿No está de acuerdo?”, le preguntó.

Él asintió, luchando por mantener el rumbo. “Sí” suspiró. Decididos a que esta no sería la única vez que estarían juntos. No si podía convencerla de lo contrario.

Las cosas no habían terminado entre él y Julia Woodville. Para nada.

CAPÍTULO ÚNO

La temporada, 1807

Algunos dirían que la Señorita Julia Woodville era la joven más afortunada de Londres, pues la temporada de 1807 había sido un verdadero triunfo. Tenía dos hermanas que controlaban su debut, la Duquesa de Derby y la Vizcondesa Leigh. Dos muchachas de campo de buena educación que habían llegado a la cima de la *Alta Sociedad*.

No era una hazaña fácil y no era algo a lo que Julia quisiera aspirar, por mucho que su madre lo deseara. Desafortunadamente, también era algo que sus hermanas parecían incapaces de entender.

Se quedó en la terraza, recordando otra noche como ésta, pero hace un año. ¿Hacía tanto tiempo que no disfrutaba de una noche de juerga?

Los invitados se mezclaban dentro y fuera de la casa londinense de su hermana, la Duquesa de Derby, que, aunque la llamaban casa anexo, era cualquier cosa menos eso. Era una mansión y ocupaba una buena parte de la cuadra Berkeley. La casa georgiana destilaba dinero, riqueza y poder, y ahora ella formaba parte de ese mundo. Las expectativas puestas en ella eran inmensas, y ella no quería saber nada de eso.

¿Por qué no podía casarse con un buen caballero de campo cuando estuviera lista para casarse? Los caballeros londinenses eran volubles y mentirosos, una certeza que ella ya conocía muy bien.

Julia echó un vistazo a la terraza, observando a la sociedad en pleno. Todos ellos estaban intrigando y hablaban de lo que suponían que la otra persona quería escuchar, no de lo que podría ser la verdad real.

Este papel que jugaba durante la temporada no era lo que ella había imaginado para sus veinte años y, sin embargo, aquí estaba, se esperaba que se casara con Lord Ronald Howard, Vizconde Payne. Ella no lo amaba, aunque le gustaba mucho, y ese era el problema. ¿Querría su familia que se casara si solo le gustara el caballero? La decepción la atravesó como un veneno. Aunque nunca había aspirado a casarse, ahora que se esperaba de ella, al menos deseaba casarse con un hombre a quien amara y que la amara también.

No caer a los pies de ningún libertino que la llevaría por un camino bordeado de decepción y dolor.

“Señorita Julia, aquí está. La he estado buscando por todas partes”.

La voz familiar de Lord Payne sonó detrás de ella, y ella mostró sus gestos antes de volverse y sonreír en señal de bienvenida. “Lord Payne, ha llegado. Tarde como siempre”, mencionó,

sabiendo que llegaba más de una hora tarde. Algo para lo que era famosamente puntual.

Sus mejillas se enrojecieron y ella se preguntó dónde habría estado antes de llegar al baile. “Disculpe, Señorita Julia” dijo, inclinándose un poco. “Perdí la noción del tiempo en un evento anterior, por desgracia, pero ahora estoy aquí. ¿Deberíamos volver al interior y dar una vuelta por el salón?”

Ella asintió, precediéndole y tratando de no inmutarse cuando él le cogió la mano y se la puso en el brazo. Varios invitados les lanzaron miradas cómplices. Discernió lo que estaban pensando. Que Lord Payne y ella pronto anunciarían su compromiso. No lo harían, no si pudiera evitarlo.

Se acercaron a algunos de sus amigos en común. Julia se movió para estar al lado de su mejor amiga, Reign Hall de Grafton, que había venido a Londres para debutar con ella. Mientras que Julia era alta, Reign era de estatura normal y tenía un hermoso tono dorado en su piel. Julia siempre había estado celosa de su piel bronceada, ya que siempre se creyó tan pálida que desaparecería si alguna vez pasara por una pared blanca.

“Veo que Lord Payne te ha encontrado, Julia” dijo Reign, observando a su Señoría con el aburrimiento que Julia sentía a menudo cuando estaba cerca de Lord Payne. Ella no quería ser tan dura con él, porque él era amable y trataba de ser cariñoso, pero no había esa chispa que ella quería que hubiera entre ellos.

Una chispa que había cobrado vida gracias a un pícaro el año anterior.

Cerró los ojos y luchó por borrar de su mente el recuerdo de Lord Chilsten. El pícaro había huido a Escocia poco después de su beso y se había casado con una mujer escocesa, de la que nadie había oído hablar o ni siquiera visto. No merecía ni un momento de reflexión.

“Sí me localizó” contestó ella, aclarándose la garganta, tratando de quitarse el aburrimiento que la perseguía en cada palabra. “No lo sé, Reign” susurró, apartando a su amiga para asegurarse privacidad de su grupo. “Sé que le ha pedido a papá mi mano en matrimonio, y mi padre ha estado de acuerdo, siempre y cuando yo esté de acuerdo, pero no siento nada por él”.

“¿Nada en absoluto?”, preguntó su amiga, con compasión en sus ojos azules.

Julia negó con la cabeza. “Nada más que una amistad benigna, y quiero sentir más que eso. La forma en que mis hermanas y sus esposos se miran el uno al otro, cada vez que piensan que nadie los está mirando, es lo que quiero en un matrimonio. Quiero pasión y amor, y bueno, sé que no tendré eso con Lord Payne”.

“Tal vez si dejas que te bese. Ya sabes”, susurró Reign, acercándose. “Como se lo permitiste a Lord Chilsten. Tal vez si tú también lo besaras, las cosas estarían más claras. Si no hay chispa, sabes que no es para ti”.

Julia se estremeció. No queriendo besar a su Señoría en absoluto. Y estaba segura de que, si ella le permitía tales libertades, él estaría casi seguro de que su corazón era suyo y le haría una oferta de matrimonio. No, no podía hacerlo.

“No puedo. La idea de hacer tal cosa con su Señoría hace que mi estómago se revuelva de la manera más desagradable. No, no puedo probar esa teoría con él”. No es que pudiera probarla con nadie. La verdad es que no. Recordó su noche con Lord Chilsten. Por mucho que le hubiera dicho a la cara que no le gustaba su Señoría, y que desde luego no aprobaba su conducta ni su reputación en la ciudad, había querido besar al pícaro. Y qué beso había sido.

Uno con el que había soñado durante semanas. Cada vez que cerraba los ojos, revivía la sensación de su pecho musculoso, su corazón latiendo rápido mientras se besaban y él encontraba placer en sus brazos con una imprudencia que aún la dejaba dolorida.

¿Y si nunca lo encontraba con otra persona? ¿Qué pasaría si solo reaccionara así con un

hombre que ya no estaba en el mercado matrimonial? Un hombre que se había casado y había desaparecido en Escocia.

Si eso ocurriera, cumpliría con su deber y se casaría con un hombre que le gustara más que a nadie, incluso si no había ninguna emoción cargada entre ellos.

“Si te sientes tan fuertemente en contra de Lord Payne, tienes que discutir el asunto con él y permitirle que elija a otra. Si se te eriza la piel ante la idea de besar a su Señoría o incluso de acostarte con él, el matrimonio será un desastre”.

“Lo sé” suspiró Julia. “Discutiré el asunto con él, y pronto. Solo tengo que encontrar mi momento”.

Reign le dio unas palmaditas en el brazo antes de tomar dos vasos de ratafía de un sirviente que pasaba por allí. “Toma, tomemos una copa”.

Julia bebió un sorbo de la dulce bebida, mirando el mar de cabezas, una habilidad que ella y solo unos pocos caballeros tan altos como ella eran capaces de hacer. “¿Has visto que Lord Lupton-Gage está aquí esta noche? ¿Ya has perdonado al Marqués por salpicar barro a tu vestido en el parque el otro día?”, le preguntó a su amiga, observando atentamente su reacción al enterarse de la presencia del caballero en el baile. Por mucho que su amiga hubiera protestado por el acto vergonzoso, que Julia aún no estaba segura de que él supiera que había hecho, su amiga parecía demasiado comprometida con un hombre al que nunca había visto antes. Lo suficiente como para que Julia no pudiera evitar pensar que Reign admiraba en secreto al Marqués.

“No lo he hecho,” protestó Reign, sus ojos recorriendo todo el salón, como buscando al hombre del que ahora hablaban. Un respiro bienvenido para Julia, porque ella no quería hablar más de Lord Payne, ni pensar en el Marqués de Chilsten.

“Está frente a nosotros, hablando con mi hermana, la Duquesa” le comentó Julia, dando un sorbo a su bebida para ocultar su sonrisa.

La boca de Reign se aplanó en una línea de disgusto. “Oh, sí, ahí está” gruñó su amiga, y Julia se echó a reír. “No descansaré hasta que me haya desquitado con el hombre. Arruinó mi nuevo vestido para caminar, mamá había pagado más para que la hicieran rápidamente. No se lo perdonaré”.

“No creo que te viera cuando corrió por el charco. Si recuerdas, estabas detrás de esos pequeños arbustos escondiéndote del Señor Riley y simplemente saliste de detrás de ellos en el momento más inapropiado”.

Reign la miró, con los ojos muy abiertos por el dolor. “No lo estás defendiendo, ¿verdad?”

Julia negó con la cabeza, descartando la idea de la mente de su amiga. “Por supuesto que no, pero es muy guapo y está bien, que los presenten y mencionen lo que sucedió en el parque es una buena manera de iniciar una conversación. Por supuesto, si te inclinas a pensar de la misma manera que yo”.

Reign se mordió el labio, y Julia volvió la vista hacia donde estaba Lord Lupton-Gage con su hermana, excepto que ahora su atención no estaba en su hermana sino en su amiga. El interés en los ojos de su Señoría no era difícil de ver, pues Julia había visto algo similar cuando se encontró por primera vez con Lord Chilsten.

El recuerdo de él hizo que le doliera el corazón. Cualquier mujer habría presumido, al igual que ella, que después del tipo de beso que habían compartido, vendrían más. Que él, a pesar de sus protestas, la habría perseguido para ver qué podía ser, si es que había algo.

Pero no lo había hecho. No lo había vuelto a ver, y un mes más tarde había leído que se había

casado en Escocia durante el desayuno.

¿Podría haber pasado ya un año desde esa noche? Era difícil de comprender con toda sinceridad, porque parecía que había sucedido ayer. Nunca en su vida había deseado estar más equivocada con respecto al famoso libertino de Londres, pero parece que no lo había hecho. Se había alejado de ella sin pensarlo y se había casado con otra persona. Eso, supuso que era algo, porque no podía verlo casándose con nadie a menos que lo amara, por lo que la mujer que se convirtió en su esposa probablemente era alguien a quien amaba mucho y una que le había robado el corazón a un pícaro.

Reign se sorprendió y la agarró del brazo, sacudiéndola un poco. Y fue entonces cuando lo oyó, los otros murmullos sobresaltados de la *sociedad*, los susurros y la excitación de ciertas damas que estaban cerca.

Julia miró hacia la puerta y todo lo que había dentro de ella se convirtió en piedra. Sintió que se le abría la boca en estado de shock, y la cerró con un chasquido, disimulando sus gestos lo más rápido posible.

No podía ser. No lo necesitaba de vuelta en la sociedad, no cuando estaba tratando de encontrar un marido que encendiera todo lo que tenía dentro de ella.

“Lord Chilsten está aquí. ¿Crees que trajo a su esposa?” preguntó Reign, con los ojos tan abiertos como Julia sabía que estaban los suyos.

“No lo sé. Nadie ha oído hablar de ella ni la ha visto antes. Tal vez lo haya hecho”, respondió. Lord Chilsten se inclinó ante sus anfitriones, besando la mano enguantada de la Duquesa primero y echando un vistazo al salón como si buscara a alguien.

La boca de su estómago se apretó y contuvo la respiración.

Aguantando.

Esperando.

Eres una tonta, se burló su mente.

Y entonces sus miradas se cruzaron en la pista del salón de baile y ella supo, hasta las zapatillas de seda que llevaba en los larguísimos pies, que él la había estado buscando.

Julia dio un salto cuando la voz alta de octava de Lord Payne habló a su lado. “Oh, ¿vio eso? Lord Chilsten ha regresado, y veo que no ha traído a su esposa con él. No es de extrañar teniendo en cuenta su historia”.

Julia miró a Lord Payne, o al menos lo miró a él. “¿Cree que la dejó en Escocia?” preguntó, mirando a Lord Chilsten, pero sin verlo más con su hermana.

“Oh, no lo dudo. Puede que esté casado, pero no creo que le interese la unión. Es sabido desde hace mucho tiempo en los clubes de caballeros y en la sociedad en general que nunca deseó estar atado a nadie. Admito que me sorprendió bastante leer sobre su matrimonio. No hay duda de que hay un escándalo asociado a ello. Cualquier matrimonio de Chilsten estaría asociado a esa palabra”.

Julia asimiló las palabras de Lord Payne, pero tal vez su Señoría estaba equivocada. Tal vez Lord Chilsten se había enamorado. Eso al menos le dio algo de consuelo, ya que la idea de tal cosa la ponía verde de envidia.

“Señorita Julia, nos volvemos a encontrar” la voz fuerte y grave corrió sobre ella como el agua, rejuveneciendo su corazón reseco después de una larga sequía.

Hizo una reverencia y miró a Lord Chilsten. Había olvidado lo agradable que era mirar hacia arriba y no hacia abajo a un caballero con el que conversara o bailara. Y, ciertamente, este hombre que la hacía anhelar cosas que nunca podría tener.

“Lord Chilsten, parece que sí”.

Él sonrió, y ella sintió dolor en lugares que ninguna dama debería. Durante mucho tiempo, había deseado volver a tener ese sentimiento, y tenerlo con un hombre casado no era lo que necesitaba o quería.

Maldito sea todo el infierno. Y maldito sea por casarse con alguien, sobre todo porque no fue con ella.

CAPÍTULO DOS

Cyrus disfrutó al ver a Julia Woodville después de un año de no verla. Sabía que ella asistiría al baile del Duque y la Duquesa de Derby, y que el hecho de que él estuviera allí y se encontrara con ella no era casual. No es que ella lo quisiera, ni tampoco ninguna de las damas presentes, si es el caso. No cuando descubrieran la verdad del porqué había estado ausente de la sociedad durante el último año. Todos ellos se irían corriendo a sus fincas y le cerrarían en las narices sus pulidas puertas.

Pero Julia Woodville era la única mujer a la que quería buscar, y bailar con ella si ella estaba de acuerdo. Sabía que nunca podría hacer que se enamorara de él, era un libertino, y su ausencia de Londres no era más que una prueba más de ello, pero tenía que volver a verla. Volver a verla, aunque solo sea desde lejos.

El *tonto* Lord Payne que estaba a su lado lo miró como si no fuera el Marqués y futuro Duque escocés, sino un bicho aplastado bajo sus pies y le irritaba. Su Señoría no era más que un Vizconde, y si necesitaba recordárselo lo haría. Puede que viviera una vida de vicio, de libertinaje, pero sería condenado si permitiera que alguien lo mirara a él o a su familia con aires de superioridad.

“¿Hace un año que no conversamos? Apenas puedo creerlo” dijo, ignorando a Lord Payne, que frunció el ceño como si se hubiera tragado algo agrio. Lástima que no lo hubiera hecho.

La Señorita Julia le sonrió, aparentemente complacida por su presencia. “No lo he visto desde el baile de mi hermana, la Vizcondesa, mi Señor”.

Su voz flotaba sobre él como un bálsamo. Había tratado de recordar cómo había sonado durante todas las largas y solitarias noches del año pasado en las tierras salvajes de Escocia, pero nunca había sido capaz de formarlo en su mente.

Al escucharla de nuevo, su corazón se aceleró. “Conversamos, si no me falla la memoria, en la terraza. ¿No es así, Señorita Julia?”, le recordó. Recordando muy bien esa noche.

“No creo que esas salidas sean prudentes, Señorita Woodville” intervino Lord Payne, frunciendo el ceño a Chilsten. “Una dama nunca debe estar sola con un caballero. No se honra a usted misma, querida”.

Chilsten frunció el ceño ante el querida. ¿Querida? ¿Eran ciertos los rumores de que la Señorita Julia Woodville pronto se comprometería con el Vizconde Payne? Seguramente no. Mirándolos, tuvo que admitir que no hacían buena pareja. Ciertamente, ella era treinta centímetros más alta que el hombre, sin mencionar que no parecía muy contenta con sus opiniones sobre su conducta mientras estaba en bailes y fiestas.

“Nuestra charla no fue nada desagradable, Lord Payne. No sugiera lo contrario” dijo, con un

tono uno o dos grados más frío que antes.

Observó a la Señorita Woodville, con el tono sonrosado que se formaba en sus mejillas. Sabía mejor que nadie que su interludio en la terraza, la terraza lateral, ensombrecida en la oscuridad por miradas indiscretas, había sido cualquier cosa menos inapropiada. Había sido escandaloso. Ruinoso y absolutamente digno de repetir si pudiera tenerla a solas en cualquier momento.

“Mmm, bueno, eso espero” dijo Lord Payne, ciego al hecho de que la Señorita Julia no apreciaba su preocupación ni su insinuación. “El futuro depende de muchas cosas, que estoy seguro de que desea protegerlo tanto como yo”.

“Perdóneme, Payne, pero habla como si hubiera un entendimiento entre usted y la Señorita Julia. ¿Es así? ¿Me he pasado de la raya?”, preguntó, sin ver ninguna razón para no buscar la respuesta directamente. Nunca había sido un hombre que se sentara a esperar cuando quería saber algo, y no veía porqué iba a empezar ahora.

La cara de Payne se enrojeció y tropezó con sus palabras mientras intentaba dar una respuesta. “Nunca presumiría, por supuesto, pero como con cualquier dama en tales eventos, se debe seguir el decoro y la etiqueta”.

“Qué aburrido” dijo, sonriendo cuando Julia soltó una risita y cubrió su alegría con la mano enguantada. “¿Quiere bailar conmigo, Señorita Julia? Ha pasado demasiado tiempo desde que la tuve en mis brazos”.

Payne se atragantó. Sólo podía presumir lo que significaban las palabras de Cyrus. Chilsten tomó la mano de la Señorita Woodville y la llevó a la pista mientras empezaban a sonar las primeras notas de un minueto. “Le pido disculpas por hablar fuera de lugar, pero su novio es terriblemente molesto, y quería enloquecerlo tanto como él me molestó a mí”.

La Señorita Julia se alineó a su lado, tomándole la mano. “No debería burlarse de él así. Lord Payne es muy amable, un poco sencillo a veces, lo reconozco, pero es agradable conmigo”.

“Y eso es lo que quiere. ¿Un marido sencillo y agradable?”, le preguntó, mirándola a los ojos. “¿Por qué no tener un cachorro?”

Sus labios se tensaron en una delgada línea y sacudió la cabeza, un bonito rizo cayendo sobre su hombro y haciendo que su boca se secara. “No, por supuesto que no. Es simplemente una de las muchas cosas que busco en un marido”.

“Es absurdo”, dijo bruscamente. “Se aburriría en los primeros momentos después de hacer sus votos, y en cuanto a su noche de bodas, bueno” se estremeció, odiando imaginar un acto tan atroz, “no creo que valga la pena”.

“Si no recuerdo mal, Lord Chilsten, no merecía la pena estar en sus brazos durante más de cinco minutos”.

Sus palabras detuvieron sus pasos, y Lady Cole se estrelló contra él. Se disculpó y rápidamente volvió a caer en el paso del baile. “Un beso” susurró “no es lo mismo que hacer sus votos matrimoniales y que se prometa con alguien hasta que la muerte la separe. Y, en cualquier caso, el tiempo que pasó en mis brazos valió la pena”.

Ella se encogió de hombros y su mirada se posó en su piel perfecta e inmaculada. Quería besarla de nuevo. Estar tan cerca de ella como para oler su fragancia, de la que aún capturaba algunos incluso ahora. Jazmín y algo que era exclusivamente suyo provocaron sus sentidos. Demonios, quería disfrutarla, ahogarse en ella, para tener ese recuerdo para siempre.

“Admito que el tiempo que pasamos juntos me dio una idea de lo que estaba buscando en un marido, como prometió que sería. Pero desde entonces, he encontrado poco que me interese, así

que la aventura fue una pérdida de tiempo”, dijo.

¿Significaba eso que no encontraba a Payne tan deseable como lo había encontrado a él? “Se refiere” dijo mientras avanzaban en el baile. “¿Desperté algo dentro de usted que has estado buscando desde entonces? ¿Algo que no ha podido encontrar?” Él le lanzó una sonrisa maliciosa y soltó una risita cuando ella levantó la barbilla desafiando sus palabras. “Estoy más que dispuesto a repetir la lección si ha olvidado alguna parte de nuestra... charla”.

Su boca se asentó en una línea de disgusto. “No, gracias, mi Señor. No tengo ningún interés en repetir la lección y ciertamente no con usted. Su reputación se ha degradado aún más desde que abandonó Inglaterra, en mi opinión, en cualquier caso. Es escandaloso para mí incluso estar bailando con usted”. Ella lo miró a los ojos, clavándolo con una dureza que no había visto antes. “¿Dónde está vuestra esposa, mi Señor? ¿Retirada en Escocia para que pueda disfrutar de sus libertades aquí?”

Cyrus sabía que lo que estaba a punto de decir conmocionaría y lastimaría a Julia, pero no había forma de evitar el hecho. La verdad era la verdad, y al día siguiente, todo Londres lo sabría. “Está muerta, si quiere saberlo” afirmó, observando cómo la sangre se desaparecía de su bonito rostro. “He vuelto viudo para la temporada, y por si eso no fuera lo suficientemente escandaloso, mis buenos amigos, el Duque y la Duquesa de Derby me han invitado esta noche. No habrá manera de librarse de mi compañía tan rápidamente, Señorita Julia. Incluso si lo desea”.

Su mirada se deslizó sobre él, y él sintió cada momento de su inspección como un contacto físico. Había estado demasiado tiempo sin una mujer. No importaba lo que pensara la sociedad, o los rumores que lo seguían de regreso de Escocia, no era tan escandaloso como había sido antes.

Ahora tenía una hija en la que pensar, y haría todo lo posible para asegurarse de que fuera aceptada en la sociedad, incluso si su parentesco era un poco oscuro. Regresar como el libertino que una vez había sido no ayudaría a que eso sucediera, ni tampoco lo haría el hecho de que eligiera a una esposa que no fuera una voz poderosa en la sociedad, lo suficiente como para permitir que su hija entrara en ella como la dama que algún día sería.

Encontraría a la mujer adecuada para ser su Marquesa, una mujer que fuera rica y poderosa desde su nacimiento. Cuando encontrara a esa Señora, le pediría su mano y aseguraría el futuro de su hija.

La Señorita Julia Woodville no era esa mujer, a pesar de toda su belleza y su impresionante dote. Se había prometido a sí mismo tenerla en sus brazos una noche antes de dejarla ir para siempre. Pero tampoco permitiría que la casaran con el aburrido y tonto Payne. Eso tampoco serviría.

“¿Por qué está de vuelta entonces, mi Señor? ¿No deberías estar de luto?”, preguntó, mirando alrededor del salón para no tener que mirarlo.

Él se estremeció ante sus palabras, odiando la mordacidad detrás de su pregunta. No debería estar aquí. No habían pasado doce meses de la muerte de la Marquesa. Cuando Londres se enterara de que había regresado antes de un respetable período de luto, su reputación volvería a caer.

“Necesitaba volver a mis propiedades en Sussex”, mintió, sabiendo que solo había abandonado Escocia porque no podía soportar otro día sin ver a la mujer que bailaba en sus brazos en ese mismo momento. Que había oído rumores de su inminente matrimonio y que tenía que volver a estar cerca de ella antes de perderla para siempre.

Julia se detuvo en medio del salón de baile, mirándolo fijamente como si le hubiera brotado

una segunda cabeza. La sacó del baile y la llevó a un lado del salón. “¿Se va a desmayar, Señorita Julia? ¿Debería ir a buscar unas sales aromáticas?”, preguntó, no le gustaba la palidez de su piel. “Diga algo, lo que sea. Lamento haberla sorprendido”. Y así fue. No había tenido la intención de hacerla desmayarse con el horror de sus palabras.

“No debería estar aquí. Está de luto. Si bien entiendo que necesita asistir a sus propiedades, asistir a un baile está mal”, dijo, reprendiéndolo, y con razón.

“Fue repentino e inesperado, y no se pudo hacer nada por la Marquesa. Por favor, no sienta lástima por mí. No merezco su pésame”. Y no la merecía. Su esposa se había preocupado por él tanto como él se había preocupado por ella, que era muy poco. Pero él no había querido ver un final así para ella. Nunca. Ahora solo podía esperar darle a su hija un futuro mejor que su inestable comienzo.

Julia lo observó un momento, y él sintió su inspección hasta la médula. “De cualquier manera, tiene mi más sentido pésame, mi Señor. Lamento su pérdida”.

Él asintió, queriendo poner fin a la discusión. Su esposa muerta solo le causaba vergüenza. Merecía que la gente lo despreciara, en verdad. Se había acostado con una de sus sirvientas y la había dejado encinta. Una cosa ruin de hacer y digna de él. Al menos se había casado con ella y le había dado legitimidad a su hija, no podía hacer otra cosa. Más de lo que su padre había hecho por los hijos que había engendrado en Inglaterra.

Cyrus miró hacia la habitación, a cualquier parte menos a la preocupación equivocada en los ojos de Julia. “He regresado a Londres para encontrarla muy favorecida. Un diamante de primera y una Señorita muy codiciada”, comentó. “Y me está diciendo que fue solo conmigo que sintió algo en absoluto. Vamos, Señorita Julia, eso no servirá de nada. Tenemos que encontrarle un caballero que despierte su deseo”. Él se acercó y movió las cejas hacia ella. “Sé que lo tiene. Yo mismo lo he experimentado”.

Ella puso los ojos en blanco, y él no le agradaría más, aunque lo intentara.

“No tiene ni idea de lo que está hablando. Probé una teoría con usted, nada más. No lea en mi beso más que eso”.

Ah, pero leyó más de lo que debía. Había sido uno de los besos más honestos y embriagadores de su vida. Un beso con una mujer que no intentaba apalancarse en la sociedad ni nombrarlo como una de sus conquistas. Ella no había estado tratando de ganar nada con su intimidad, y él sabía que en el momento en que sus labios se tocaron, no había malicia en ella. Sin embargo, eso no le impidió querer más de ella.

Incluso ahora, cuando debía dejarla en paz, dejarla casarse con un hombre que fuera tan bueno y puro de corazón como ella, no se alejó. Lo odiaría cuando supiera la verdad de su repentina huida a Escocia cuando se enterara de que era padre. Que su esposa había sido una vez su doncella, y no una muchacha respetable de una noble familia escocesa, como todos suponían.

Hasta ahora, había ocultado esa información a la *sociedad*, pero era solo cuestión de tiempo antes de que todos lo supieran, y entonces se arruinaría. Pocos lo invitarían a ninguna parte en ese entonces, y a pesar de lo rico que era, sabía que su matrimonio no sería tan grandioso como él necesitaba que fuera.

Aun así, no podía alejarse de Julia. Le gustaba demasiado como para hacer lo correcto.

“Me gustaría que fuéramos amigos”, dijo, sin haber dicho nunca palabras más verdaderas. “Independientemente de nuestra historia compartida, nuestros caminos seguramente se cruzarán en esta sociedad. Preferiría que fuera una aliada antes que una enemiga”.

Ella lo miró fijamente, casi nariz con nariz, y él se preguntó qué estaría pensando su ágil

mente. Sus ojos se entrecerraron un poco pensativamente, antes de que una ligera relajación de su frente le dijera que había tomado una decisión. “Muy bien, podemos ser amigos”.

Él sonrió, haciendo una reverencia como si la conociera por primera vez. “Cyrus Franklin, Marqués de Chilsten, a su servicio, Señorita Julia Woodville” dijo, cogiéndole los dedos enguantados y besándolos. “Es un placer conocerla esta vez. Espero con ansias nuestra amistad”.

Ella se soltó de su agarre, encogiéndose de hombros con delicadeza. “Entonces, ¿qué abarcará nuestra nueva amistad?”, le preguntó.

“Bueno, en cuanto a eso” dijo, acercándose. “Ya que está decidida a encontrar una gran pareja amorosa, tal vez eso sea algo en lo que pueda ayudarla. No tiene ningún hermano que la guíe, ¿verdad?”

“No, soy una de cinco hermanas”, respondió.

“Bien, entonces, permítame servirle. Prometo no llevarla por mal camino... otra vez”, bromeó.

Sus labios se crisparon, pero ahora lo miró con interés, no como si fuera un lobo a punto de devorar una oveja. Por mucho que quisiera devorarla, no lo haría. Si la amistad les permitía estar cerca, eso le vendría bastante bien. Y cuando el *tonto* le diera la noticia de sus escandalosas acciones en Escocia, tal vez Julia como su amiga se pusiera a su lado.

Eso esperaba.

CAPÍTULO TRES

Julia esperaba con ansias el baile de Edwards la noche siguiente. Sabía que Lord Chilsten estaría allí, y quería hablar del asunto de Lord Jackson, que había despertado su interés a principios de la temporada antes de que se marchara a su casa de campo por asuntos que aún no había discernido.

En cualquier caso, ahora estaba de vuelta, y era tan popular y guapo como lo era antes de irse. Muchas señoritas se reunían a su alrededor en bailes y fiestas. Era alto y moreno, tenía un rostro amistoso que parecía inocente y había menos chismes sobre él que sobre Lord Chilsten.

Su mirada se desvió hacia donde estaba el Marqués hablando con su cuñado, el Duque de Derby, y su hermana, la Duquesa. Lord Chilsten no parecía inocente en absoluto. De hecho, parecía como si su rostro estuviera cincelado en mármol, todo líneas afiladas y rasgos rígidos. Su cuerpo, lo sabía de memoria, era tan duro como esa piedra, y flexionó los dedos en sus guantes, apartando el conocimiento de su mente.

Si iban a ser amigos, y él la iba a ayudar a encontrar un marido adecuado que no fuera tan salvaje y lascivo como él, tenía que dejar de comparar a todo el mundo con él. Ahora era su amigo, alguien con quien había compartido un beso, pero un beso que había sido solo para fines educativos. No significaba nada, y era poco probable que estuviera buscando una novia.

Pero ¿y si estaba buscando una y no se lo había dicho?

Julia tragó saliva y respiró tranquilamente cuando la idea hizo que su sangre le retumbara con fuerza en los oídos. Él no la miraba. Al fin y al cabo, se habían besado, y eso no le había impedido viajar a Escocia para casarse con su hermosa muchacha.

No, no la miraría. Así se lo había dicho en el momento en que se ofreció a ser su amigo y guiarla hacia un partido respetable. Eso por sí solo le decía que no la veía como una esposa potencial. En cualquier caso, cualquiera que no fuera Lord Payne serviría, el hombre con el que no tenía ninguna atracción emocional o física.

Lord Jackson, sin embargo, era adecuado. Un conde que agradecería a su madre con numerosas propiedades y fortuna. Para que no persiguiera su dote por encima de su corazón. Un buen partido, en general.

Se mordió el labio, observando a Lord Jackson reflexionando sobre la posibilidad de desviar su atención hacia él.

Un ligero golpe en el hombro detuvo sus reflexiones, y se volvió para encontrar a Lord Chilsten sonriéndole con una mirada cómplice. “Veo que Lord Jackson ha despertado su interés. ¿Quieres que le cuente un poco sobre su Señoría?”

Se mordió el labio, con la esperanza de que Lord Chilsten le fuera fiel y no jugara con ella en

este juego de amistad y utilidad. “Si sabe algo de su Señoría, eso sería muy informativo”.

Se aclaró la garganta y miró al tipo antes de mirarla a los ojos. “Su familia se remonta a varios cientos de años atrás, a la conquista normanda. Es Conde y tiene unos ingresos de ocho mil al año. Sus propiedades están en Nottingham. No es tan inocente como le diría esa cara de bebé, pero no es tan malvado como yo” divulgó Chilsten, moviendo las cejas.

Julia negó con la cabeza ante sus payasadas. “Dudo que haya muchos tan malvados como usted” dijo arrastrando la voz.

Él soltó una risita, el timbre profundo de su voz le hizo temblar su conciencia. “Hay pocos que sean tan malvados como yo. Pero tendrá que besarlo para saber si tiene alguna reacción hacia él. Ya sabe cómo” mencionó, golpeando de nuevo su hombro. “Como nuestro beso que la dejó toda enrojecida y caliente en mis brazos”.

Ella suspiró, sin creer que él le dijera tal cosa. No importaba cuán cierto fuera. “Es el diablo. No puede decirme eso”.

“¿Por qué no?” Se encogió de hombros. “Es verdad, ¿verdad?”

Ella lo fulminó con la mirada, solo para encontrarse perdida en sus ojos durante más tiempo del que pretendía. Tenía los ojos marrones más oscuros que jamás había visto. Eran grandes, almendrados y estaban rodeados de pestañas muy largas. ¿Su belleza no tenía fin? ¿Cómo podía un caballero ser bendecido con tanta buena fortuna mientras que otros se quedaban con las ganas?

“No puedo ir por ahí besando a todo el mundo. Mi reputación no sobreviviría. Fue una suerte que no nos atraparan el año pasado. Pero”, añadió, “pasaré tiempo con él, a ver si tengo algún revoloteo en el estómago”.

“¿Tuvo revoloteo conmigo?”, le preguntó. “Parece como si así hubiera sido”.

Puso los ojos en blanco, pero sabía que lo había sentido con Chilsten. Había sentido un anhelo y una necesidad que se enroscaban en su interior y que solo él quería saciar. “Si lo hice, fueron solo nervios por no haber sido besada antes”. Ella lo tomó del brazo y tiró de él hacia la pista del salón de baile. “Venga, baile conmigo. Si va a ayudarme a encontrar un caballero adecuado para casarme, puede empezar por bailar conmigo”.

Él la miró fijamente, pero cedió, sosteniendo su mano contra su brazo mientras la conducía la pista. El aleteo había vuelto. En realidad, nunca la había abandonado, no cuando Chilsten estaba cerca de ella. Después de todo, le había prometido ayudarla a encontrar un marido adecuado.

No podía comprender por qué ese hombre no podía ser él, porque sin duda le haría la vida mucho más sencilla si él cediera y se ofreciera por ella. Se llevaban bastante bien y se estaban haciendo amigos, lo cual era una buena base para que el amor creciera.

“Dígame otra vez, mi Señor, ¿por qué no nos conviene? No es que esté suspirando por usted, debe entenderlo, pero ahora estamos socializando dentro de la misma esfera social, y mi fortuna es suficiente para satisfacer a cualquiera que yo pueda imaginar”.

“¿Es usted siempre tan atrevida, Señorita Julia?” le preguntó, deslizándola entre los otros grupos de bailarines mientras empezaba a sonar el sonido de un baile.

“Supongo que sí” admitió. “Siento que no lo aprueba”.

Él negó con la cabeza y la tomó de la mano mientras bailaban por la fila de parejas. “En absoluto. La encuentro refrescante, como bien sabe, pero desgraciadamente, las complicaciones de mi vida han hecho necesario que me case con una mujer de estatus, no tanto de fortuna cuando llegue ese momento. De lo contrario, me habría sentado muy bien. De hecho, creo que nos habríamos llevado bastante bien juntos”.

Sus ojos se oscurecieron y ella no pudo evitar sentir que sus palabras significaban más de lo que decía en voz alta. “Así que, si estamos decididos a casarnos con diferentes personas por razones que podemos o no divulgar, esta camaradería funcionará espléndidamente. Tal vez incluso yo pueda serle de ayuda y ayudarlo a casarse con una mujer no solo de alto rango, sino también de un gesto agradable. Estoy seguro de que desearía que así fuera, ¿no es así?”

“Por supuesto”. Él la tomó de la mano mientras saltaban alrededor de los otros bailarines antes de volver a la fila. “Pero la verdad es que creo que podré encontrar a mi novia bastante bien. Está buscando el amor, eso es una emoción mucho más difícil de precisar. Puede ser tan esquivo como el sol aquí en Inglaterra”.

Julia lo sabía muy bien. Los muchos caballeros que le habían presentado habían sido suficientes para hacerle girar la cabeza. Pero su corazón permaneció inmóvil en todo momento, excepto con el pícaro a su lado. Siempre parecía hacer un pequeño movimiento cuando él estaba cerca.

“Esta noche tengo un baile con el Marqués de Perry. Se acercó a mí al principio del baile y me pidió que bailara. No pude negarme”. Era guapo y muy buscado, tanto como Lord Jackson. Después de bailar con él, ella sabría si él evocaba algo más que un leve interés en ella. Estaba segura de ello.

Lord Chilsten se aclaró la garganta. “Por supuesto”, aceptó. “Hay mucho que recomendar de Lord Perry, y no conozco ningún impedimento o escándalo que se rumoree sobre él que me impida sugerirlo como pretendiente”.

“¿Lo aprueba?” insistió ella, queriendo oírle decirlo.

“Lo apruebo”, dijo él, lanzándole una pequeña sonrisa.

El baile llegó a su fin, y él la llevó a un lado del salón. “Estaré a su lado y le haré compañía hasta que su Señoría venga a bailar”.

“Oh, no necesita hacer eso. Ahora tengo un baile con el Señor Watts y no estaré sola mucho tiempo. De hecho”, mencionó, “mi tarjeta de baile está llena esta noche. Por la mañana tendré los pies muy doloridos en las zapatillas, puede estar seguro de ello”. “Avísame si alguna vez necesita un masaje en los pies”, sugirió él, bajando el tono a ese timbre grave que la dejó sin aliento.

Ella negó con la cabeza, empujándole el brazo. “Deje de bromear. Ya sabe lo inapropiado que es decir tal cosa”.

“Disfrutaría de mis masajes en los pies. Soy muy minucioso”.

Julia se quedó boquiabierta ante el pícaro, incapaz de comprender la idea de tal cosa. La idea de que un hombre le diera un masaje en los pies a una mujer sonaba celestial, pero ella tenía pocas dudas en su mente de que una vez que tocara sus pies, no estaría satisfecho de dejar de tocarla solo en ese lugar.

Admítelo. Te gustaría tener las manos de Chilsten en otra parte. Así como soñaste con la última vez que estuviste en sus brazos durante casi un año.

“Ha practicado bastante, estoy seguro”. Ella alzó la ceja, desafiándolo a que dijera lo contrario. No podía discutirle. Al hombre le gustaba tocar a las mujeres tanto como a ella le gustaban los hielos de Gunter.

Su boca se torció mientras trataba de ocultar su sonrisa. “Tal vez solo un poco, Señorita Julia” dijo.

Justo en ese momento, el Sr. Watts vino a reclamar su baile. Lord Chilsten dio un paso atrás, y ella sonrió al Señor Watts mientras éste se inclinaba ante ella. “Mi baile, creo, Señorita Julia”

dijo.

Ella lo acompañó, haciendo un esfuerzo por tocarle el brazo y ver cómo reaccionaba su cuerpo al conectar con el suyo. No pasaba nada más que el tacto de su precioso abrigo superfino bajo sus manos enguantadas. Ciertamente, no había revoloteo.

CAPÍTULO CUATRO

Julia se lanzó al baile, decidida a sentir lo que hacía cada vez que estaba cerca de Lord Chilsten con otra persona. El hombre que bailaba con ella era todo lo que ella debía desear en un marido, y estaba segura de que, si él mostraba un interés emocional en ella, el amor podría florecer desde ese comienzo.

“Viene usted de Northamptonshire, según tengo entendido, Señorita Woodville” dijo el Señor Watts, observándola atentamente mientras avanzaban los pasos de baile.

“Lo hago. De Grafton, de hecho. ¿Has estado alguna vez?”, le preguntó.

Sacudió la cabeza, con los labios apretados como si hubiera probado algo agrio. “No, no he tenido el placer” respondió, con un tono opuesto al que sugerían sus palabras.

Algo dentro de ella se apoderó de la idea de que él la desaprobaba de alguna manera, o más ciertamente el lugar dónde había crecido y que amaba. “Parece que no le gusta Northamptonshire. ¿Hay algo de Grafton que usted sepa y yo no?” le preguntó, sosteniéndole la mirada.

Un ligero rubor se apoderó de sus mejillas, y ella entrecerró los ojos, preguntándose si él respondería con una mentira.

“No conozco a Grafton en absoluto, así que no podría decirte si hay algo malo en el pueblo. Pero me pregunto si hay grandes familias en su ciudad. Alguien a quien yo conociera por casualidad”.

Julia dejó de bailar y se salió de la fila. Él la siguió. “¿Le pasa algo, Señorita Woodville?” preguntó.

Ella se burló, incapaz de contener su molestia. “¿Y si no hay nadie encumbrado y con títulos viviendo cerca de Grafton? ¿Eso cambia su opinión sobre mi familia y sobre mí? ¿Somos menos porque no somos Duques y Condes?”, le preguntó.

Miró a su alrededor, buscando quién estaba escuchando su conversación. Julia hizo lo mismo, pero donde él se avergonzaba, ella nunca lo haría. No tenía nada de qué avergonzarse. Su familia era acomodada y respetuosa de la ley. Puede que no fueran nobles, pero eran muy respetables, lo cual era igual de bueno.

“Por supuesto que no. Yo nunca sugeriría tal cosa, Señorita Woodville” replicó él, con ojos suplicantes, pero ella no le creyó. Él lo había insinuado, y ella sabía que nunca podría verlo como un pretendiente potencial debido a sus opiniones.

“Gracias por el baile, Señor Watts. Le deseo una agradable velada”. Julia hizo una reverencia y se alejó. Llegó hasta las puertas del comedor antes de que Lord Chilsten la alcanzara.

“No pareció que su baile con el Señor Watts hubiera ido bien, Julia”. La detuvo y ella exhaló

un suspiro, tratando de calmar su molestia con el Señor Watts y los hombres en general.

“¿Por qué caballeros como ustedes pueden ser tan clasistas? El Sr. Watts me hizo sentir que era menos persona simplemente porque soy de Grafton y no tengo título”.

“Grafton es un pueblecito encantador. A menudo paso por allí de camino a ver a Lord Billington”.

Ella lo miró fijamente, sin saberlo. “¿Has pasado por el pueblo en el que vivo, mi Señor?”

“Sí”. Él asintió, aparentemente orgulloso del hecho, antes de lanzarle una mirada consoladora. “No piense ni un minuto más en lo que dijo el Señor Watts. Al menos ahora sabe que no es para usted. Solo tenemos que buscar otro”.

“¿A quién sugerirá?” preguntó, echando un vistazo al salón. “Me gustaría encontrar el amor de mi vida antes de que termine la temporada. ¿No es de mala educación que una mujer regrese a la ciudad al año siguiente y deba tener una segunda temporada? Me estremezco al pensar en esas pobres señoras que están en su tercera y cuarta”.

“Sí” estuvo de acuerdo con ella. “Eso es muy desafortunado para las damas, y nunca me ha parecido justo, teniendo en cuenta que hay solteros en la ciudad que tienen treinta y cinco años, y aún no se han casado”.

“Lo que me lleva a preguntarle: ¿cuántos años tiene usted, Lord Chilsten? ¿Es tan viejo así?”

Se echó a reír, sus ojos brillaban de alegría. “No, no soy tan mayor, pero tengo veintiséis años. Mucho mayor que usted”.

“Tengo veintiún años, y eso no es mucho más, y las mujeres maduran mucho más rápido que los hombres. ¿No es cierto?”, le preguntó.

“Como un buen vino que madura con la edad y solo se vuelve más dulce cada año”. Él la observó, con los párpados cerrados, chispeando con algunos pensamientos que aún no había compartido con ella. Si es que alguna vez lo haría.

Se preguntó qué era lo que pasaba por su mente en ese momento que le hacía retorcer el estómago. “Sus palabras siempre parecen tener un segundo significado, mi Señor. Pórtese bien”.

Sonrió, pero aceptó. “Muy bien. No le tomaré más el pelo, sino que volveré a buscarle una pareja de amor”. Miró hacia el mar de cabezas. “¿Y Lord Spencer? Según los informes, está listo para una esposa y no tiene escándalos relacionados con él”. Lord Chilsten se lo señaló, y Julia vio al hombre en cuestión.

Él también era bendecido con una apariencia fina, una ropa y apariencia impecables, pero era muy bajo para ser un hombre. Demasiado bajo para ella. “Apenas me llega a la cintura”.

“Algunas mujeres dirían que es una altura perfecta” dijo arrastrando las palabras, lanzándole una mirada burlona.

Ella le dio una palmada en el hombro, sin saber a qué se refería con esas palabras y, en ese momento, no estaba segura de querer escuchar. “Es incorregible. Se supone que debe ayudarme y no sugerir hombres con los que parecería absurda estando de pie al lado”.

“¿Así que necesita un hombre tan alto como yo, o casi como yo?”, le preguntó.

“Por supuesto, o solo una fracción más pequeño”.

“Pero ¿qué pasa si se enamora de un caballero de apenas un metro setenta y nueve?”

Suspiró, sin querer pensar en esas cosas. Supuso que tendría que casarse con él y asegurarse de que, en los retratos que se hicieran juntos, estuviera sentada. Pero formarían una extraña pareja, y ella nunca había querido mirar hacia abajo a su esposo. Quería mirarlo hacia arriba. Y no quería parecer poco femenina a su lado, una mujer alta que lo sobresaliera como un ogro.

En ese momento, se encontró con los ojos oscuros y tormentosos de Chilsten, y se perdió.

“Es de una buena estatura. Y si recuerda nuestro tiempo a solas, encajamos muy bien. Yo quiero algo parecido, y no creo que sea mucho pedir”.

Se aclaró la garganta y tiró de su corbata. “Eso parece bastante razonable. Me aseguraré de indicarle solo caballeros que no sean deficientes en estatura”.

“Gracias.” Estudió a la muchedumbre y sus ojos se posaron en Lord Roberts. “¿Y los antecedentes de Lord Robert? ¿Sabe algo de él?”

“Es mejor mantenerse alejada de Roberts. Se rumorea que tiene una amante y un carácter fuerte hacia el sexo débil”.

Julia suspiró. “Seguro que bromea. Parece tan dulce. Quiero decir...” dijo ella, con la esperanza de que el calor en sus mejillas no la delatara de lo inapropiadas que eran sus palabras para su respuesta. “No parece un hombre que buscaría consuelo en los brazos de una prostituta o fuera violento”.

Cyrus se burló, sacudiendo la cabeza. “Seguramente es usted quien bromea, Señorita Julia. Debe saber que los hombres pueden mantener a una amante en otro lugar, sin importar cuánto amen a sus esposas. Es tan común como tomar el té en la casa Gunter”.

Un escalofrío recorrió su espalda, nunca había pensado que su esposo haría tal cosa. Ciertamente no si fueran una pareja de amor. ¿Y qué hay de sus hermanas? ¿Tenían que sufrir la humillación de sus maridos, hombres que ella creía que amaban mucho a sus hermanas? “¿Está diciendo que mis cuñados pueden tener amantes fuera del lecho matrimonial? ¿Que la salud de mis hermanas podría estar en riesgo debido a la forma engañosa de sus maridos?”

“No, por supuesto que no”, se atragantó. “Sé que el Duque y el Vizconde no tienen amantes. Sus hermanas están muy satisfechas tanto en la mente como en el corazón. Lo único que quise decir es que algunos hombres, no importa lo que le digan a la cara para complacerla, pueden hacer algo opuesto a lo que usted cree que pueden hacer”.

Julia estudió a Chilsten un momento, la pregunta en su mente necesitaba ser expresada. “¿Ha tenido alguna vez una amante?”

“Ni siquiera debería responder a esa pregunta. Es una doncella soltera, y esta no es una conversación apropiada” dijo, haciendo todo lo posible por mantener los ojos hacia adelante y no en ella.

Ella insistió, necesitaba saberlo, por alguna razón desconocida. “Cuénteme. No soy tan joven e inocente, como bien sabe”. Él permaneció obstinadamente callado y ella rechinó los dientes. “Dígame esto, por lo menos. ¿Buscará una, una vez que esté casado?”

Él la miró entonces, sus ojos se hundieron en sus labios. Luchó contra el impulso de morderse el labio inferior ante su inspección. “Espero que mi matrimonio sea lo suficientemente apasionado como para no buscar consuelo en otra parte”.

“Y esa esperanza se extendería a su esposa”, agregó. Como cualquier caballero, ninguna esposa quería un matrimonio sin pasión, seguramente. Sin embargo, si Lord Chilsten pensara que ella sufriría tal destino, permitiendo que su marido tuviera una amante cuando ella no podía buscar un amante fuera de los lazos del matrimonio, se equivocaría. En realidad, ella no lo haría, pero él no lo sabía, y querría que siguiera siendo así.

“No le permitiría tener un amante si estuviéramos casados, Señorita Julia. Puede estar segura de eso”, bromeó.

Se le erizó el vello de la nuca. No podía decir si por la mención de la idea de él casado con ella o por su declaración, pero tampoco podía permitirle creer tal cosa. Lo que es bueno para un sexo es bueno para el otro. “Entonces tampoco le permitiría tener una, si nos casáramos. Yo no

sufriría semejante humillación”.

“Si estuviera casado con usted, no creo que necesitaría una prostituta para satisfacerme. No, si nuestro interludio del año pasado fue una indicación. No creo” añadió, inclinándose hacia ella y susurrando para asegurar la intimidad “que nuestro matrimonio careciera de pasión. Creo que sería todo lo contrario”.

Julia se acordó de respirar e ignoró la necesidad que la invadía. Siempre era lo mismo. Cada vez que él mencionaba su único beso, la única demanda que ella le había hecho la temporada pasada, siempre su cuerpo recordaba y anhelaba lo que había experimentado.

“Fue hace tanto tiempo que una apenas se acuerda”, mintió.

“No podemos permitir eso” dijo él, tomándola de la mano y colocándola en su brazo antes de salir casualmente del salón como si estuvieran a punto de tomar el aire.

Pasaron junto a varias parejas que estaban ociosas en el vestíbulo antes de entrar en el comedor. Cyrus cerró la puerta, el sonido de la cerradura fue fuerte y definitivo.

“¿No se acuerda de nuestro beso, Señorita Woodville? No debo haber estado a la altura de mi habitual yo lobo”.

“No hay necesidad de repetir el beso, mi Señor. Simplemente estaba haciendo una declaración de la verdad. No estaba pidiendo que se repitiera nuestro tiempo juntos”.

“No estoy de acuerdo” dijo antes de ponerse frente a ella, con su mano grande y fuerte acariciando su rostro. “Es hora de otra lección” dijo, haciendo que no pensara en nada más que en Chilsten y su malvada boca sobre la de ella.

CAPÍTULO CINCO

Cyrus maldijo interiormente sus travesuras. Caminaba por una cuerda floja que lo llevaría a su ruina y la de su hija. Necesitaba una esposa de estatus, y había muchas disponibles en la *sociedad*: Duquesas y Marquesas viudas, listas y dispuestas a casarse con un pícaro como él.

Y, sin embargo, allí estaba, en un comedor de entre todos los lugares románticos, besando por segunda vez a una debutante virginal. Julia se derritió en sus brazos, sus labios tan suaves y flexibles como él los recordaba. Su discusión sobre los amantes fuera de los lazos del matrimonio le había hecho desearla con una necesidad que iba más allá del pensamiento razonable.

Ella lo distraía tanto como cualquier otra mujer que hubiera conocido, y la idea de que buscara un amante en caso de casarse con un tonto le dio ganas de gritar por la vergüenza de semejante tragedia. Julia merecía pasión, numerosos besos, y amor. Su reacción hacia él le dijo que no podía sufrir un matrimonio sin amor, y que, si él la ayudaba a navegar por el mercado matrimonial, se aseguraría de que tuviera éxito con uno.

“Es tan hermosa” dijo él, deteniendo el beso, y mirándola a los ojos.

Ella parpadeó, sus labios brillaban por el beso. No podía negarse a sí mismo. Volvió a besarla, empujándola contra la pared. Sus lenguas se enredaron, las manos de ella se deslizaron por debajo de su chaleco y su camisa. Los suyos también buscaban lo que anhelaban. Apretó su pequeña cintura, deleitándose con la sensación de sus nalgas, antes de agarrar un muslo largo y ágil.

Demonios, tenía las piernas largas. La idea de que se envolvieran alrededor de su cintura lo puso duro como una roca.

Ella suspiró cuando él levantó la pierna contra su cadera, empujándola contra ella, mostrándole lo que quería sin palabras. No es que pudiera tenerla. Ella nunca sería suya, pero él podía jugar un poco y mostrarle lo que debía buscar en un esposo y amante.

Pecado y delicioso placer.

Era tan malvado como podía serlo, pero no podía detenerse. No podía detener la necesidad de deleitarse con lo que ella le hacía sentir, hundirse en este éxtasis entre ellos y quedarse allí todo el tiempo que ella se lo permitiera.

Ella se echó hacia atrás, mirándolo fijamente, con las mejillas sonrosadas por el abrazo, pero sus ojos tenían una pregunta que él sabía que quería que le respondieran.

“¿Qué estamos haciendo? Una cosa es que me ayude a guiarme a través de las aguas turbias de encontrar un marido dentro de la *sociedad*, pero otra muy distinta es besarme en una habitación abandonada en un baile. ¿Necesito recordarle que no me está buscando como novia, y

que solo me casaré con un hombre que me ame? Besarme no ayuda a mi causa, mi Señor”.

Cyrus se quedó boquiabierto. ¿Cómo había sido capaz de pensar cuando él la estaba besando así? Su mente no era más que pensamientos y necesidades ardientes. ¿Estaba él más nervioso por su beso que ella? ¿Tal vez no la desconcertaba en absoluto?

La idea era un poco mortificante para sus artimañas libertinas.

Respiró hondo y volvió a poner su pierna en el suelo, alejándose de ella y dándole espacio. Permanecía apoyada en la pared, con los pechos apretados contra el corsé con cada respiración. No importa cuán tranquila y serena fuera su voz, su cuerpo desafiaba sus palabras. Ella se había sentido tan afectada por el beso como él, y la expresión de sus ojos marrones le decía que le daría la bienvenida a otro si él presionaba.

“Tiene razón. Esto no ayuda en absoluto, y si nos atrapan, solo nos hará la vida difícil y causará escándalo a nuestras familias. Le pido disculpas, Julia. No volveré a besarla. Me aseguraré de que todas nuestras reuniones futuras sean públicas e irreprochables”, dijo, con la esperanza de poder cumplir su promesa.

La idea de que su hija fuera ridiculizada porque no podía encontrar una esposa lo suficientemente alta de sociedad como para protegerla nunca funcionaría. Si Julia fuera Duquesa o Marquesa viuda y aceptara casarse con él antes de enterarse de su escándalo, todo iría viento en popa.

Ella asintió. “Buenas noches, mi Señor”. Julia huyó de la habitación, sus faldas crujieron mientras caminaba rápidamente por el vestíbulo y regresaba al salón de baile. Cyrus cerró la puerta, apoyando la cabeza en el roble oscuro. Necesitaba detener esta locura. Al día siguiente empezaría a buscar en serio una esposa que se adaptara a sus necesidades. Ayudaría a Julia cuando necesitara aclaraciones o ayuda.

No volvería a resbalar. Ella merecía algo mejor de lo que él podría darle, y estaba decidido a dárselo si no podía darle nada más.

Julia paseaba por el parque Hyde a la tarde siguiente, con sus hermanas, la Duquesa de Derby y la Vizcondesa Leigh, a su lado, hablando del evento de esa noche, un baile en la finca de Lady Owens, en las afueras de Mayfair. El baile era una mascarada, y las invitaciones habían sido limitadas y muy solicitadas. Julia no era tan tonta como para saber que había sido invitada simplemente porque sus hermanas ahora formaban parte del escalón más alto de la sociedad londinense.

Sostenía su sombrilla por encima de la cabeza y escuchaba distraídamente a sus hermanas hablar sobre el transporte y los vestidos que pensaban usar. Escuchó fragmentos de información sobre su propio vestido, pero su mente no estaba en la fiesta. Estaba ocupada en otro lugar.

En particular, en Lord Chilsten, que estaba sentado en un bote en el Serpentine con la Duquesa viuda de Barker descansando ante él como una diosa romana esperando a que él la alimentara con sus uvas.

Sintió que se le abría la boca y se le arrugaba el ceño al ver a Chilsten dejar caer la fruta verde en la boca dispuesta de su Gracia antes de que se rieran de sus travesuras.

Disimuló sus gestos antes de que sus hermanas notaran su reacción a las seductoras estrategias de su Señoría en el agua hacia su nueva amante. Tenía pocas dudas de que eso era lo que la mujer era para el hombre. Al fin y al cabo, era un pícaro, uno de los peores de Londres,

y ella sabía mejor que nadie lo bien que interpretaba ese papel, cómo sus besos robaban el sentido común de una mujer y la hacían desear cosas que nunca deberían.

Él mismo se lo había dicho. Necesitaba una esposa de estatus. Al verlo flotar por el lago con la Duquesa viuda de Barker, dijo sin palabras que el momento era ahora y que había tomado su decisión.

No es que ella pudiera odiarlo por su elección. Nunca le había mentido. Su propio corazón tonto le había permitido esperar después de dos besos devastadores y sin aliento que pudiera haber más entre ellos de lo que había pensado al principio.

Apartó la mirada justo cuando el toque de la mano de Hailey en su brazo la detuvo.

“Julia, estás a un millón de millas de distancia. Te hemos estado preguntando qué es lo que te parece tan interesante en el lago, pero luego vemos quién puede haberte interesado, lo que ahora nos interesa a nosotras”, dijo Hailey, sonriendo.

Julia miró más allá de su hermana mayor a Isla, que también tenía una sonrisa cómplice en su bonita cara. “¿Te gusta Lord Chilsten? Lo he visto varias veces ya que es buen amigo de mi esposo y de Hailey. Sería una buena pareja para ti” terminó, haciendo girar su sombrilla por si acaso.

“Es una vergüenza lo de su esposa, aunque se sabe muy poco de ella” dijo Hailey, mirando a Lord Chilsten con contemplación.

“No dice mucho de su esposa. Lo único que sé es que falleció poco después de su matrimonio” mencionó Julia, tratando de apartar su atención del hombre en discusión.

“Es extraño que haya regresado a la ciudad para disfrutar de la temporada cuando debería estar oficialmente de luto, ¿no estás de acuerdo?” Dijo Isla. “Pero bueno, tiene la reputación de eludir las reglas de la sociedad. Supongo que no debería sorprendernos tanto”.

Julia asintió, frunciendo el ceño pensativamente. “Los caballeros de su estatus, supongo, no ven la necesidad de obedecer las reglas”.

Nada más escandaloso y suficiente para hacer, para que *la sociedad* mueva la lengua, que alimentar a la Duquesa viuda de Barker en el Serpentine. Hailey hizo un gesto con la cabeza hacia Lady Shaw, que estaba de pie en la orilla del lago observando al Marqués y a su última conquista flotar como si fueran las dos únicas personas en el parque. “Lady Shaw parece dispuesta a apagar el fuego ante sus travesuras. No me gustaría pensar en lo que haría si se besaran”.

Un escalofrío recorrió la espalda de Julia y su atención volvió a centrarse en la pareja. “Bromeas. Lord Chilsten no se atrevería a hacer algo tan escandaloso” dijo, con la esperanza de que fuera cierto. La idea de que él besara a otra mujer después de su beso compartido la noche anterior la dejó devastada.

“He oído que lo ha hecho peor que eso”, dijo Hailey antes de encogerse de hombros. “No debería mencionar nada más. Todavía no estás casada, y esta conversación, si se queda en Lord Chilsten, no seguirá siendo apropiada”.

¿Qué más sabía su hermana que ella no sabía? Volvió a mirar hacia el lago y sus ojos se cruzaron con los de Lord Chilsten. La observaba desde el bote, y aunque podía oír la risa tintineante de la Duquesa viuda, sabía que no la estaba escuchando.

Julia podía sentir sus ojos clavados en su persona como si estuvieran de nuevo solos en el comedor, sus manos agarrando su cuerpo, moviéndola contra él y haciéndola desear cosas que no debería. No hasta que fuera una mujer casada, en todo caso.

La Duquesa viuda dijo algo, apartando la atención de Lord Chilsten. ¿Era esta la mujer a la

que convertiría en su esposa? Su Gracia era una de las viudas más ricas de Londres y una de las más jóvenes. Se llevarían bien el uno al otro.

“La Duquesa viuda tiene un hijo, ¿verdad?” preguntó Julia.

“Sí” dijo Hailey. “Tiene ocho años, creo, y asiste a Eton. La Duquesa no necesita casarse si no lo desea. Su hijo asegura su posición en la sociedad”.

Y ella sería la pareja elevada y poderosa que Lord Chilsten quería. ¿La había besado la noche anterior y luego había buscado los brazos reconfortantes de la Duquesa esa misma noche? ¿La estaba seduciendo mientras cortejaba a la Duquesa viuda? Se le hizo un nudo en la garganta y tragó saliva. Duro. Esto nunca funcionaría. Era su amigo. Debía ayudarla a encontrar un marido que se enamorara de ella y la hiciera sentir todas las cosas maravillosas que sentía cuando estaba en los brazos de Lord Chilsten.

No necesitaba convertirse en una debutante celosa y despreciada que se había comportado de manera poco respetable con un hombre y que ahora estaba pagando el precio de tales acciones inapropiadas. Si sentía celos, era culpa suya por permitirse esperar más de lo que su Señoría le ofrecía.

Era tan tonta e inocente.

CAPÍTULO

SEIS

“Señorita Woodville, qué oportuno es que nos encontremos. La vi al otro lado del parque y tuve que venir a hablar con usted”.

Julia desvió la mirada de Lord Chilsten hacia Lord Perry, obligándose a olvidar sus caprichosos problemas y concentrarse en un hombre que podría llegar a ser de su interés. “Lord Perry, es un placer verlo” dijo, haciendo una reverencia. “¿Va a tomar el aire con su hermana, o estará sola esta tarde?” preguntó, mirando más allá de él y sin ver a Lady Sally, a quien a menudo escoltaba en sus excursiones.

“Solo yo esta tarde, pero espero que sea de su agrado”. Hizo un gesto hacia el sendero. “¿Damos un paseo?” él preguntó, sonriendo a sus hermanas, que escuchaban como un par de matronas experimentadas, pero que eran todo lo contrario.

“Eso sería encantador” contestó ella, tomando el brazo que le ofrecía.

“Te acompañaremos, pero caminaremos un poco detrás”, dijo su hermana Hailey, lanzándoles a ambas una cálida sonrisa.

Pasearon por el sendero, otras parejas y toda la *sociedad* estaban haciendo lo mismo. Sin embargo, al igual que Lord Chilsten, algunos navegaban por el lago mientras que otros hacían un picnic en el césped. “Hoy es un día hermoso, ¿no es así?”, dijo, esforzándose por pensar en ideas conversacionales. Era terrible tratar de ver si tenía alguna conexión con otros caballeros si no podía encontrar algo de interés.

“La encuentro encantadora”, el respondió. “¿Eso cuenta?” preguntó, y su sonrisa hizo que sus mejillas se calentaran.

Ella soltó una risita, sin saber cómo responder a una afirmación tan audaz. Lord Perry parecía tener más agallas de las que pensaba al principio, y disfrutaba de un buen cumplido cuando se lo hacía. ¿Qué dama no lo haría? “Gracias.” Ella sonrió, incapaz de borrar la sonrisa de sus labios.

“Debo decir, sin embargo, mi Lord, que, a pesar de sus halagos, aún no me ha visitado. ¿Existe alguna razón por la cual no lo ha hecho?”

Su mirada se desvió hacia el lago, y ella se negó a mirar hacia donde sabía que Lord Chilsten flotaba con la Duquesa viuda. “No pensé que mi presencia sería bienvenida, pero verla hoy... bueno, puede estar segura de que la visitaré y a menudo después de hoy”.

Julia sabía a lo que se refería. A menudo se la veía a ella y a Lord Chilsten juntos, y tal vez eso había estado obstaculizando su capacidad para encontrar un marido en lugar de ayudar como esperaba. No es que Lord Perry tuviera que preocuparse de que ella siguiera ocupada con el Marqués. Su arreglo había terminado después de hoy. Parecía más que feliz con la Duquesa viuda, y ella no haría el ridículo suspirando por un hombre que deseaba seguir siendo un

libertino y hacer cosas innombrables por todo Londres con cualquier dama dispuesta.

“Espero con ansias su compañía”, dijo. “¿Va a asistir a la mascarada esta noche en casa de Lady Owens? Es el evento de la temporada, se dice”.

“Estaré presente. ¿Puedo preguntarle si será fácil de reconocer? No me gustaría pasar la noche buscándola solo para irme decepcionado cuando no pueda localizarla, Señorita Woodville”.

Él la miró fijamente, y ella pudo ver en sus ojos que hablaba en serio. ¿Que tenía toda la intención de buscarla y cortejarla, tal vez? Su estómago se retorció en una bola de nervios y la esperanza tomó vuelo. ¿Era Lord Perry el hombre que había estado esperando? Nadie más la había hecho sentir tan mareada como él acababa de hacerlo. Bueno, al menos nadie más que Lord Chilsten, pero él no era una opción, y ella necesitaba recordar ese hecho.

“Si le digo lo que llevo puesto o qué mascarilla llevaré puesta, eso le dará una ventaja injusta. Debería reconocermé sin importar lo que me ponga o cómo me presente”, bromeó, queriendo ver si él podía hacer lo mismo. Nunca podría enamorarse de un hombre que no supiera coquetear o ser un poco salvaje de corazón.

“Oh, la reconoceré, Señorita Woodville, no importa su traje, pero sólo me haría encontrarla más rápido si supiera los detalles”.

Por primera vez en esta temporada, Julia se encontró sonriendo e interesada en algo más que discusiones superficiales que había tenido tantas veces antes, con los otros caballeros que la habían cortejado o bailado con ella.

Lord Perry parecía muy versado en el arte del cortejo, y eso le gustaba de él. Era tan refrescante como lo era el día en el parque. Caminaron, saludando a otros que pasaban junto a ellos a su paso.

“¿Puedo pedirle que me dé el primer baile, si no revela lo que se va a poner? Insisto, Señorita Woodville”.

Julia no veía nada malo en semejante petición, y quería bailar con él, algo que aún no había hecho. Hasta ese momento, su compañía había sido agradable, y algo le decía que bailar y estar en los brazos de su Señoría sería lo mismo. “Si quiero”, contestó ella.

“Me gustaría mucho, y espero que a usted también. ¿O es un poco demasiado atrevido de mi parte?”

“Tal vez un poco”, afirmó. “Pero, de todos modos, le reservaré un lugar en mi tarjeta”. Miró hacia atrás, sorprendida al ver los ojos de su hermana brillar de expectación y deleite. Julia se volvió hacia Lord Perry y trató de ignorar la esperanza que sus hermanas se llevaban de aquella estancia en el parque.

“Creo que tiene una finca en Kent. ¿Es así, o me he equivocado con esa observación?”

“No hay error”, dijo, con una pequeña sonrisa de satisfacción cruzando su rostro. “La casa Allenvale es donde paso la mayor parte de mi tiempo. Tengo entendido que es de Grafton, en Northamptonshire. Eso está muy lejos de mi casa. No es de extrañar que nuestros caminos no se hayan cruzado hasta ahora”.

“Es muy comprensible, ¿verdad?”

“¿Se establecería lejos de sus padres y del lugar donde creció, Señorita Woodville?”

Nunca había pensado en ello hasta ahora, pero entonces supuso que todas sus hermanas solteras tendrían que enfrentarse a esa perspectiva con el tiempo. A menos que los caballeros con los que se casaran vivieran cerca de Grafton, por supuesto. “Por mucho que eche de menos a mi familia, sé que me estableceré en otro lugar, pero tener una familia propia pronto aliviará

cualquier dolor de tristeza en el que incurran mis pensamientos”.

“Creo que cualquier hombre que tenga el privilegio de ser su esposo hará todo lo posible para hacerla feliz y mantenerla contenta”.

Su Señoría la miró fijamente, y su mente se quedó en blanco, incapaz de dar una respuesta ingeniosa para aligerar el momento.

“Es muy cierto, Lord Perry” dijo Lord Chilsten, con la Duquesa viuda del brazo y mirándola con interés.

Julia tragó saliva, sin haber visto a Chilsten salir del bote ni dirigirse hacia ellos.

“Espero que cualquier caballero que corteje a una dama en la ciudad, esta temporada o la siguiente, siempre se esfuerce por obtener tales resultados”. Se volvió hacia la Duquesa y alzó la ceja. “¿No está usted de acuerdo, su Excelencia?”

“Por supuesto” dijo con una voz sensual que erizó los pelos del cuello de Julia. “Ya he tenido la suerte de haberme casado por amor y afecto. Espero que usted también lo haga, Señorita Woodville” dijo burlonamente. “Ese es su nombre, ¿no es así? ¿Señorita Julia Woodville?”

¿Se burlaba la Duquesa viuda de ella por su nombre común? Julia miró a Chilsten y notó que no parecía darse cuenta de cómo la Duquesa había tergiversado su nombre para hacer un punto con él. “¿No era usted la Señorita Parker antes de casarse con el Duque? Debo ofrecer mis condolencias, Su Excelencia. Todavía debe estar muy desconsolada por su pérdida” dijo Lord Perry, saliendo en defensa de Julia.

Los ojos de su Gracia se entrecerraron y Julia sintió que el músculo del brazo de Lord Perry se tensaba bajo su mano. Disimuló sus gestos, al saber que la Duquesa tenía un derecho de nacimiento similar al suyo. Lord Perry había sido su campeón defendiendo el desaire a su persona y a su familia.

“Ha sido muy duro” convino Su Gracia, mirando a Chilsten con un puchero. La mujer era una actriz maravillosa, pero no engañaba a Julia. Podía leer a través de la falsedad de la mujer, y comprendía muy bien que estaba considerando a Lord Chilsten como su próximo amante o esposo.

La idea hizo que a Julia se le erizara la piel y luchó por controlar su ira. Su molestia era tanto con la Duquesa como con Chilsten por permitir que una mujer así se aferrara a él, como si fuera un salvador sin el que no podía vivir.

Era un hombre como cualquier otro.

No lo es.

Echó un vistazo al parque, a cualquier parte menos a las dos personas que tenía delante, deseando que la conversación terminara. Puede que fuera amiga de Lord Chilsten, pero eso no significaba que quisiera que sus posibles esposas y amantes se presentaran ante ella, que hicieran alarde de ellas y que declararan como si no le importara.

No debería importarle.

Julia tragó saliva. Pero le importaba. En el fondo, esperaba que él la viera como la mujer que más le convenía.

La bilis se le subió a la garganta. Odiaba la idea de que los dos estuvieran casados.

Basta, gritó su mente. Sal. Ahora. Antes de que estés al tanto de más de sus acciones de las que no tienes derecho a estar celosa. Llévate a Lord Perry y aléjate. Trata de encontrar lo que sientes cuando estás cerca de Chilsten en otra persona. Esfuérzate más si no está sucediendo de forma natural.

“Bueno, debemos irnos. Veo que mis hermanas nos hacen señas para que nos reunamos con

ellas” mintió Julia, apartando a Lord Perry de Chilsten y de su última presa.

Chilsten miró por encima del hombro y localizó a sus hermanas. “Parecen absortas en su conversación con Lady Shaw”. Se volvió hacia ella, sonriendo de esa manera traviesa que la hacía querer desmayarse a sus pies. “Pero si desean partir, buenos días para los dos. Estoy seguro de que nos volveremos a encontrar. Esta noche, quizás. En el baile de máscaras”, dijo.

Julia asintió, queriendo alejarse lo más posible de Chilsten y de cómo la hacía sentir. Celosa, enojada, desenfrenada, triste y feliz. Demasiadas emociones para contarlas. “Tal vez lo hagamos. Buen día a los dos”.

Julia suspiró aliviada cuando Lord Perry la siguió sin decir una palabra más. Caminaron hacia sus hermanas en silencio, con la mente demasiado ocupada en Chilsten como para pensar en otra cosa que decirle al hombre que estaba a su lado.

Un buen partido para ella y un hombre que parecía evocar cierta emoción en ella, similar a Chilsten. ¿Podría hacer crecer ese sentimiento? ¿Podría aprovechar esa pequeña chispa y convertirla en el infierno que su cuerpo anhelaba tanto como el aire?

¿Tanto como anhelaba a Chilsten?

Esperaba que así fuera. Chilsten parecía decidido a casarse bien y ella también. Su familia esperaba mucho de ella ahora que sus hermanas eran parte de la *sociedad*. No podía defraudarlos.

Julia sonrió a Lord Perry. “Esta noche, ¿tal vez podríamos cenar juntos también, mi Señor? Es más que bienvenido a unirse a mis hermanas y a mí, la Duquesa y la Vizcondesa si quiere”.

Lord Perry asintió, con los ojos encendidos de placer. “Sería muy bienvenido, Señorita Julia. Voy a contar las horas”.

Y ella también lo haría, pero no por la misma razón. Su razón estaba a varios metros detrás de ella. La mirada de Chilsten hacía que se le erizaran los pelos de la nuca, al igual que hacía que su sangre bombeara rápidamente y sus pulmones se quedaran sin aliento.

Malditos sean los pícaros y los bribones de Londres. Deberían estar fuera de la ley.

CAPÍTULO SIETE

Cyrus no estaba seguro de lo que había hecho para que Julia huyera de él en el parque esa tarde, pero podía adivinar. Se ajustó la máscara, se desplomó contra una pared y observó cómo la propia Señorita se reía y hablaba con varios amigos en el baile.

Por supuesto, era absolutamente encantadora y cautivaba a todos los que hablaban con ella. Él mismo incluido. No era inmune a sus encantos, sabiendo como ella sentía en su abrazo. Perfección de verdad.

No es que debiera estar pensando en esas cosas. En este momento, podría tener a la Duquesa viuda de Barker escondida en su casa de Londres y haciendo todo lo que el pícaro que había en él anhelaba. Pero ya no.

Aquella tarde, en el momento en que había visto a Julia observándole, la devastación que había cruzado su rostro le había dicho que sentía mucho más por él de lo que le hacía creer.

Amigos de verdad.

¿Podría ser posible tal cosa entre un hombre y una mujer? ¿Especialmente si ese hombre y esa mujer no podían mantener sus manos separadas el uno del otro cuando estaban solos, sin importar lo que declararan exteriormente?

Le había dicho que las complicaciones de su vida le obligaban a casarse con una mujer de estatus. Su último matrimonio solo se había celebrado para que su hija fuera legítima. Sabía que su próxima novia tenía que ser de alta cuna dentro de la *sociedad*, no simplemente emparentada con alguien. La Duquesa viuda encajaba perfectamente en el puesto.

Pero ella no era a quien él quería.

Julia llevaba más color en los labios esa noche de lo que él había visto antes, y con la máscara negra que le cubría los ojos y la nariz, sus pestañas perversamente largas la hacían parecer extraña y misteriosa.

Se bebió lo que le quedaba de brandy, colocó el vaso de cristal sobre la repisa de la chimenea y debatió qué hacer.

Por el bien de su hija, debería dejarla en paz. Dejar que la corteje Lord Perry, a quien parecía gustarle bastante hoy en el parque. Apretó la mandíbula y vio al tipo no muy lejos de Julia.

Las primeras notas del baile de apertura del baile sonaron en el salón, y una ráfaga de parejas salió a la pista. Julia parecía buscar a Lord Perry, que ya estaba a su lado antes de que pudiera volver la cabeza.

¿Le estaba engañando? Un nudo de pavor se asentó en sus entrañas. No le gustó la idea.

“He visto esa mirada antes, y si fuera un hombre de apuestas, diría sin rodeos que conozco tu próximo movimiento”.

Los tonos de risa de su buen amigo, el Duque de Derby, sonaron a su lado, sacando a Cyrus de su obsesión con Julia Woodville bailando con Lord Perry y pareciendo demasiado feliz por ese hecho.

“¿Soy tan obvio?” suspiró, pasándose una mano por la mandíbula. La barba le picó la palma de la mano. Realmente debería haberse afeitado antes de irse esta noche. “Pensé que era mejor para ocultar mis pensamientos y deliberaciones. Obviamente, no lo soy”.

“No cuando se trata de mi cuñada, Julia”. El Duque le dio una palmada en el hombro, riendo. “Vamos, hombre, ¿qué estás pensando, de verdad? Los he visto juntos varias veces. ¿Hay algo que debas admitir? ¿Tal vez incluso a ti mismo?”

Cyrus quería admitir todos sus pecados a su amigo. Pedirle a Derby, que a Julia no le importara su indiscreción con la criada que resultó en una hija, pero que se estaba engañando a sí mismo al oír esas palabras. Derby y Julia se sentirían decepcionados, y Julia nunca se casaría con él. Qué grosero acostarse con la criada de uno y tener una hija como resultado. Querría casarse con un hombre que no tuviera antecedentes escandalosos.

Él no era ese hombre. Ni siquiera antes de haberse acostado con su doncella.

“Somos amigos, y eso es todo. Me gusta, pero no es más que eso”. Hizo una pausa, tratando de localizarla en la pista de baile. “Le dije que la ayudaría a elegir un esposo que fuera adecuado para ella. Uno que no estuviera manchado por las deudas o fuera un pícaro que le romperá el corazón”.

“Entonces, con esos puntos, ¿supongo que te has descartado de la contienda?” Declaró Derby.

“Por supuesto”, aceptó. “Estoy demasiado manchado, y deseo seguir estándolo, como para casarme con una Señorita tan inocente”.

“Casarte de nuevo, quieres decir” dijo Derby, mirándolo. “No has dicho quién era tu esposa. Lamento enterarme de su fallecimiento. ¿Pertenece a una familia que yo conocería en Escocia?”

Cyrus odiaba este tipo de conversaciones. Fue un desgraciado por acostarse con Fanny, a pesar de que la muchacha lo persiguió mucho antes de que él la tuviese. Ella no era virgen, y él sabía que había estado con otros, pero la había encintado. Marqués inglés y Duque escocés o no, nunca flaquearía en sus responsabilidades como su propio padre. Había viajado a Escocia en el momento en que se enteró de que estaba a semanas de dar a luz.

Incluso si eso significaba que se había ido solo un día después de su devastador beso con Julia. Uno que no esperaba. Un beso que le había hecho desear cosas por primera vez, desafiado su mentalidad de seguir siendo un pícaro para siempre.

Ojalá las cosas hubieran sido diferentes...

“Se llamaba Fanny, y no, no pertenecía a ninguna familia prominente”. Se aclaró la garganta, no queriendo admitir su vergüenza por haber embarazado a su criada. Sacudió la cabeza, preguntándose en qué había estado pensando en ese momento. O, más sinceramente, lo que sus necesidades básicas habían querido sin pensar en absoluto.

“Lord Perry sería un buen partido para la Señorita Julia. Hablaré más de él esta noche con ella. Pero, por favor, no lles mi interés por la Señorita más allá de eso. Soy su amigo tanto como tuyo, y nada malo está sucediendo entre nosotros”. O volvería a suceder, enmendó.

El Duque entrecerró los ojos, pero pareció aceptar sus palabras. “Muy bien, entonces. Tus palabras aliviarán las preocupaciones de mi esposa, y sabes que nunca me gusta ver a mi esposa disgustada. No hagas nada que pueda causar daño a Julia, Chilsten. Eres mi amigo y no quiero tener una pelea contigo”.

Cyrus asintió, cediendo el punto del Duque. “Lo entiendo, y puedes estar seguro de que no sobrepasaré mis límites y arruinaré sus posibilidades de un buen partido. Estoy allí solo para ayudarla. Nada más”.

“Buen hombre” dijo Derby antes de dejarlo con sus reflexiones. Vio a Julia bailando una vez más, pero no con Lord Perry. Esta vez, el Señor Watts la llevó a la pista del salón de baile. Ambos rieron y sonrieron durante el rápido y animado baile.

¡Qué hermosa era, animada de alegría!

Las palabras que le había dicho a Derby lo perseguían, burlándose de él. Necesitaba mantener sus conversaciones y encuentros públicos sin la amenaza de un escándalo. Pero ¿cómo iba a hacer lo que había prometido?, porque siempre que estaba cerca de ella, quería escabullirse con ella y tenerla de todas las maneras posibles.

Correría hacia las colinas si supiera lo que él quería hacer con ella. Donde quería besarla, saborearla. Respiró hondo. Donde él la tendría.

Maldito sea todo al infierno. Estaba condenado, y necesitaba detenerse antes de condenarla junto con él.

La noche era mágica, el salón de baile se llenaba de opulentos vestidos y máscaras que le daban a la noche un aire de misterio. Por supuesto, no había sido capaz de reconocer a algunas personas hasta que hablaron en alguna conversación, pero a otras las pudo distinguir por momentos.

Lord Chilsten, era uno de ellos.

En toda la noche no se había movido de su sitio. Permaneció junto a la repisa de la chimenea, callado y atento a la *sociedad* mientras bailaban, bebían, y comían.

La cena había sido agradable, y había seguido hablando con Lord Perry, de quien estaba segura de que la cortejaba en verdad. Un giro positivo para ella en una temporada que, por lo demás, había sido un poco decepcionante para los caballeros admiradores. Afortunadamente, Lord Payne había dejado de insistir en su demanda cuando ella empezó a mostrar interés en los demás. No es que él hubiera hecho nunca una declaración formal de amor hacia ella.

Julia estuvo con sus hermanas y sus maridos mientras hablaban del baile y de los chismes que circulaban en Londres esta semana. A menudo se incluía a sí misma con un *sí*, o un *no*, o un “*oh*” *en serio*, pero nada más que eso, porque no podía dejar de mirar a Lord Chilsten y a la Duquesa viuda de Barker, que por fin lo había encontrado y no se apartaba de su lado.

No es que el hombre pareciera decepcionado por ese hecho.

El pícaro.

Ella misma había querido hablar con él. Se suponía que la estaba ayudando, pero parecía un poco frío y distante. Normalmente, la habría buscado, le habría hablado de los pocos caballeros con los que ya había bailado, pero esa noche no lo había hecho.

Había mantenido la distancia y apenas la había mirado. Bueno, de eso no estaba del todo segura. Solo podía suponerlo porque él había estado conversando con otra persona cada vez que ella lo miraba.

Reflexionó sobre todo esto, observándolo en secreto y esperando que nadie se diera cuenta. Era poco probable esta noche, ya que todos usaban máscaras, y su hermana Hailey hizo que su criada le pintara los ojos con un tono oscuro similar al carbón que la hacía lucir aún más reservada debajo de su máscara.

Sus hermanas se lanzaron a la pista de baile, dejándola sola por un momento, y ella trató de mezclarse más con la multitud de invitados, ya que no quería bailar ni distraerse con nadie. Lo único que deseaba era estar sola, observar a Chilsten y ver qué hacía. No es que ella tuviera ningún derecho sobre él, no lo tenía. Él podía hacer lo que quisiera, pero, aun así, algo dentro de ella rechazaba la idea de eso. Quería estar a solas con él y con nadie más. Quería besar sus dulces labios y sentir sus manos sobre su persona.

Ella lo quería...

La Duquesa Barker miró en su dirección, y la suficiencia de su rostro le heló la sangre. La mujer también quería a Chilsten y, por lo que parecía, estaba consiguiendo lo que quería.

La cólera se apoderó de ella y Julia se esforzó por no mirarlos a los dos. ¿A qué estaba jugando, besándola a ella y a otras, como a su Gracia? ¿Pensaba que su falta de control excusaba los besos que le había dado porque le había dicho que no cumplía con sus expectativas de esposa?

Ella no debería estar tan molesta, le había devuelto el beso, sabiendo esta verdad, pero su corazón no se dejaba llevar por pensamientos sensatos. Ella estaba indignada, él la había tomado por la tonta ingenua e inocente que era, y ella no lo toleraría.

“Julia, aquí estás. Por fin te he encontrado”. Su amiga, Reign, le dio un pequeño codazo antes de pararse a su lado. “Llego tarde. Pido disculpas.”.

“Eso no es problema” dijo, contenta de que su amiga estuviera allí por fin antes de que hiciera algo estúpido como cruzar el salón y arañar los penetrantes ojos azules de la altiva Duquesa.

Reign la estudió un momento antes de que su mirada se dirigiera a Lord Chilsten. Sus labios se adelgazaron en una línea de disgusto. “Veo que Lord Chilsten se ha mudado a pastos más verdes, dispuestos a saciar su apetito infinito”.

Julia se mordió la risa. Reign siempre había tenido un don con las palabras, bastante inocente pero cortante en la verdad. “Parece ser el caso. Los vi hoy temprano en el parque. Navegaban juntos. Solo puedo suponer que ha encontrado a su nueva Marquesa” dijo Julia, con la esperanza de sonar realista y no tan devastada como lo estaba en realidad. Su corazón tonto e inocente tenía mucho que aprender cuando se trataba de los libertinos de la *sociedad*.

“Sé que necesita una esposa de estatus, pero nos hemos besado. Pensé...” Se encogió de hombros, tragándose el nudo que se le hizo en la garganta. “Pensé que podría significar algo que me hubiera besado. Tal vez había cambiado de opinión. Qué tonta he actuado”.

Reign le lanzó una mirada consoladora. “Tal vez un poco, pero los besos de los pícaros son difíciles de negar”.

Julia estudió a su amiga un momento, preguntándose si tenía verdades que revelar. Esperó, pero cuando Reign no dio más detalles, no presionó. Su amiga le diría cualquier cosa que quisiera que supiera cuando estuviera lista.

“¿Crees que ya son amantes?” preguntó Julia, las palabras eran gruesas y difíciles de decir en voz alta.

La Duquesa está envuelta sobre él como una sábana. Creo que es seguro decir que lo son”. Reign se volvió hacia ella. “Lo siento mucho, querida. Pero al menos puedes estar segura de que no revelará la indiscreción entre ustedes. No se atrevería al ser Derby tu cuñado y su amigo”.

Todo cierto, y algo de consuelo, supuso. No le había contado a nadie de su primer beso la temporada pasada antes de escabullirse a Escocia, por lo que parecía querer mantener en secreto lo que sucedió entre ellos.

“Voy a salir a la terraza a tomar un poco de aire. ¿Quieres unirme a mí?” preguntó Julia.

Reign negó con la cabeza. “No puedo, al menos no todavía. Le prometí el próximo baile a Lord Lupton-Gage”.

Julia alzó la ceja, pues no sabía que Reign conocía tan bien al Marqués. Ella sonrió, con la esperanza de que su amiga también encontrara una pareja digna de su amor. “Muy bien. No tardaré mucho. Iré a buscarte después de tu baile”.

“Lo espero con ansias”.

Julia se abrió paso entre la multitud, dando un suspiro de alivio cuando el aire fresco del exterior la revitalizó. El salón estaba repleto, y el movimiento era casi imposible excepto en la pista de baile. Se acercó a la barandilla, contemplando los jardines. Mucha gente estaba al aire libre. Grupos de amigos se sentaba en varias mesas, todas iluminadas con velas, una especie de extensión del salón de baile en esta cálida noche.

“Señorita Julia, pensé que le gustaría un vaso de ratafía” sugirió Lord Perry, tendiéndole un vaso.

Ella sonrió, estudiando a su Señoría, necesitando hacer ver a los demás por lo que eran y no por lo que les faltaba en comparación con Lord Chilsten. Su Señoría se había perdido para ella, la Duquesa viuda se convertiría en la próxima Marquesa de Chilsten y poco podía hacer al respecto.

Mientras que Lord Perry estaba más que dispuesto a establecerse y formar una familia. Julia sonrió, tomó el vaso que le tendió y bebió un sorbo. “Gracias, mi Señor. Es muy amable de traerme una bebida refrescante”.

“Es un placer”. Los ojos de su Señoría se oscurecieron por el calor, y Julia supo que podría amar a este hombre con el tiempo. Parecía saber cómo coquetear y ser un poco travieso. No tan diabólico como Chilsten, pero eso no era un fallo. Julia se estremeció por dentro, conteniéndose para no seguir por el camino del pensamiento. El camino de Lord Chilsten conducía a un callejón sin salida, y ella ya no estaba dispuesta a recorrerlo.

“¿Vamos a pasear?”, le preguntó.

“Eso me gustaría”. Se movieron a lo largo de la terraza, alejándose de los demás huéspedes, hasta donde la sombra de la gran casa los ocultaba un poco de la vista. “Esperaba que pudiéramos hablar en privado. Quería decirle lo contento que estoy de haberla conocido, y espero que podamos continuar nuestra amistad con más interludios como este”.

Sus palabras la hicieron sentir cálida y cómoda, como si la hubieran envuelto en un abrigo de piel y la hubieran sostenido en fuertes brazos. “A mí también me gustaría, mi Señor” aceptó ella.

Sin previo aviso, extendió la mano y le colocó un rizo de cabello detrás de la oreja. “¿Sería atrevido de mi parte pedirle que me guardara el primer y el último baile de cada baile al que asistiéramos?”

Julia miró fijamente a Lord Perry. ¿Estaba diciendo algo tan hermoso? En realidad, suponía que él la estaba cortejando, y que pronto llegaría una oferta si seguían llevándose bien.

¿Quería que le propusiera matrimonio? ¿Podría verse casada con el hombre que tenía delante por el resto de su vida?

La imagen de Lord Chilsten pasó ante ella, burlándose, y ella la apartó, la cerró con llave para que no pudiera confundirla más.

“Nada me gustaría más, mi Señor” contestó ella, esperando que la decepción que la apuñaló con su respuesta no fueran más que nervios y nada más siniestro.

Como el amor no correspondido por otro.

CAPÍTULO OCHO

“Le sugiero que suelte el pelo de la Señorita Woodville en este mismo instante y retroceda, Perry” sonó la voz de advertencia de Lord Chilsten detrás de ella.

Julia se volteó, sin haberle oído acercarse a ellos, y por la mirada de sorpresa que había visto de Lord Perry, él tampoco lo había visto. ¿Estaba el hombre al acecho? ¿Y por qué iba a acechar en absoluto, especialmente cuando estaba tan ocupado con la Duquesa viuda?

“Le ruego que me perdone, Chilsten, pero no hay nada por lo que sentirse tan molesto. Le estaba haciendo un favor a la Señorita Woodville, al acomodarle el pelo”.

Julia asintió, acercándose a Chilsten. Su corazón se tambaleó con la ardiente ira que se arremolinaba en sus ojos. Ojos que estaban clavados en Lord Perry con intenciones mortales.

“No hacemos más que hablar, mi Señor, al igual que todo el mundo en la terraza, como puede ver” dijo, señalando a los demás que estaban sentados y paseaban por la zona. “No haga una escena”.

“En las sombras, no lo hacen” afirmó, dirigiendo su atención hacia ella por primera vez. La decepción nubló sus ojos antes de parpadear, y desapareció. “Si pudiera volver al baile, Lord Perry. Deseo hablar con la Señorita Woodville”.

“Usted no es mi guardián”, le recordó.

“No, pero soy uno de sus amigos más íntimos, y creo que tengo derecho a hablarle de su conducta”.

Ella suspiró por la audacia del hombre.

“Volveré al baile y me reuniré con usted para el último baile, Señorita, como estaba previsto”.

Julia observó cómo Lord Perry desaparecía por las puertas de la terraza antes de mirar a Chilsten. “¿Cómo se atreve a castigarme como si tuviera algún derecho a hacerlo? Amigo de Derby o no, no tiene nada que decir sobre con quién hablo, bailo, o a quién permito que me toque”.

“No la volverá a tocar”.

Ella se burló, riéndose de su prepotencia. “¿Y lo va a detener? Pensé que estábamos de acuerdo en que encontraría a un caballero que hiciera que mi corazón latiera rápido, y usted me diría si era adecuado tanto en respetabilidad como financieramente. Que no tuviera secretos ocultos que aparecieran y me arruinaran en la sociedad más tarde. ¿No es eso correcto?”

“Puede que sea correcto” dijo, pasándose una mano por el pelo y dejándoselo de punta. Julia se tragó un suspiro por lo guapo que le hacía parecer la acción. Qué desaliñado y similar a cómo se había visto después de su primer beso hace un año. “Pero ya no creo que deba tocar o besar a

ninguno de los hombres que hacen que su corazón lata rápido. No es apropiado y se arruinará”.

“Es absurdo”, dijo. “Así que está bien que yo lo bese, pero a nadie más. No es que yo vaya por ahí besando a los caballeros para ponerlos a prueba contra mis sentimientos, pero ¿quién es usted para decir que no puedo? Si quiero besar a Lord Perry, lo haré, y no hay nada que pueda hacer al respecto”.

Él gruñó, mirándola fijamente, y el aliento en sus pulmones se entrecortó. “No me ponga a prueba, Julia. No querré oír que se ha arrojado a los brazos de Lord Perry”.

Levantó la ceja, no queriendo que un hombre que no tenía derecho a hacerlo le dijera lo que tenía que hacer. “¿Qué cree que me hará si voy en contra de sus órdenes? ¿Castigarme de alguna manera? No creas que mi familia va a tolerar eso”.

“Tampoco soportarían que bese a los hombres por todo Londres como si fuera una ramera”.

Julia sintió que se le abría la boca y apretó los puños para no abofetearlo por sus palabras. “¿Por qué las mujeres no pueden ser como usted me acusa de ser? Ha actuado como un mujeriego la mayor parte de su vida adulta. ¿Por qué se le ha de permitir hacer lo que yo no puedo?”

“No soy una ramera”, argumentó.

Ella se encogió de hombros, se alejó de él y se adentró en la oscuridad. No sabía a dónde iba. A ella no le importaba, siempre y cuando no estuviera cerca de su presencia. “Digo lo que creo, y encuentro que es un hombre ramera”.

Él la alcanzó, su fuerte mano rodeó la parte superior de su brazo y la arrastró hasta detenerla. Miró más allá de él y se dio cuenta de que se habían alejado de los demás en la terraza. “Si me vuelve a decir tal cosa, la pondré sobre mis rodillas y le demostraré lo libertino que puedo ser”.

En lugar de hacer que el miedo corriera por sus venas, la calidez y el asombro ondularon en su lugar. ¿Qué quiso decir con esas palabras? Quería llevarla al borde del abismo y que descubriera lo loco y salvaje que podía ser el pícaro.

Ella lo miró fijamente y supo que la estaba esperando. Esperando a ver si tenía el valor de enfrentarse a él de esta manera. Algo dentro de ella le decía que siempre estaría bajo su hechizo si no se enfrentaba a él ahora. Que sería incapaz de defenderse cuando fuera necesario. Tener voz.

“Ramera” repitió ella, incapaz de detener la sonrisa en sus labios. “Ahí lo dije. Ahora, ¿qué va a hacer al respecto?”

Cyrus miró fijamente al demonio de Grafton, se preguntó cuándo y cómo una mujer, que creció en el campo y fue mimada la mayor parte de su vida, podía hablar con un hombre de esa manera. Atrevida, obstinada, y muy valientemente. Quería castigarla, reprenderla por como lo había llamado. Pero en realidad, tenía razón. Tenía una reputación terrible, y eso le había dejado muchos escándalos en el pasado. Sin contar el matrimonio con su doncella. No es que Julia supiera esa vergüenza, pero un día lo sabría, y la dama que tenía delante volvería a encontrarle una falla.

La tomó de la mano, encontró la primera puerta que daba a la casa y la empujó hacia adentro. La habitación estaba a oscuras, cerrada para el baile y perfecta para su castigo. No es que ella quisiera una discusión de este tipo. Su mirada burlona y su barbilla levantada le dijeron que estaba lista para reírse de él, burlarse de él.

Él no quería, no *podía* tener eso.

“Le advertí que la pondría sobre mis rodillas si me llamaba ramera una vez más”.

Ella se echó a reír, se acercó a un sofá cercano y pasó la mano por el cojín de seda. “No se atrevería” se burló ella, inmovilizándolo con sus grandes ojos marrones.

Le devolvió la mirada, la necesidad y la determinación palpitaban a través de él. Debería darse la vuelta e irse. Sabía que ella lo estaba presionando, poniéndolo a prueba, y estaba a punto de fracasar. Miserablemente. Ella sonrió, y fue la gota que colmó el vaso.

Se acercó a ella, se inclinó y la enganchó sobre su hombro. Ella gruñó, y sus manos con el puño golpeando su espalda.

“Bájeme, imbécil. ¿Cómo se atreve a cargarme simplemente porque tengo una opinión suya que, debo añadir, es completamente exacta?”

La quitó de su hombro, la colocó en su regazo cuando se sentó y la mantuvo allí. “Se lo advertí, Julia. Ahora debe pagar el precio de su grosería”.

“Mi grosería” gruñó mientras él le subía lentamente el vestido por las piernas. Su pene se endureció al ver sus medias de seda y los bonitos lazos de cinta azul en sus muslos. Podía sentir su respiración acelerada, pero ella no luchaba por escapar, y eso en sí mismo era revelador.

Aprovechó la oportunidad para sentir su muslo, cálido y suave bajo la palma de su mano. Maldita sea, él la quería. “¿Tiene idea de lo que quiero hacerle ahora mismo, Julia?”, preguntó.

Ella negó con la cabeza, pero no respondió. La miró y vio que se mordía el labio, con los ojos cerrados.

“Bueno, le voy a decir...” Su mano se deslizó más a lo largo de su muslo, el calor entre sus piernas era provocador y embriagador. “Quiero deslizar mi mano entre sus piernas, tocarla donde ningún hombre la ha tocado antes. Quiero acariciarla hasta que se estalle en mi regazo, gritando mi nombre”.

Ella hizo un pequeño gemido, se balanceó en su regazo, poniendo su mano perversamente cerca de hacer lo que él amenazaba. Le levantó el vestido por encima del trasero, y su muselina le dio poca discreción. “Le advertí, ¿verdad?, que le daría una nalgada si me llamaba ramera”.

“Sí, me lo advirtió” gruñó mientras su mano apretaba una deliciosa nalga.

El sonido de su mano cayendo sobre su dulce trasero sonó en la habitación. Ella gimió, sus manos se flexionaron contra los cojines de la silla. “Me ha dado una nalgada” gruñó ella, mirándolo por primera vez. “¿Cómo es que no se siente como un castigo?”

Las ganas se apoderaron de él y le dio una segunda palmada en el trasero. Sus ojos se llenaron de deseo, y él supo que era tan libidinosa como él. También sabía que ella tenía poca o ninguna idea de lo que significaba ese sentimiento o cómo aliviar esa sensación.

“Me lleva demasiado lejos, Julia. A su alrededor, no quiero actuar como un caballero”.

Ella se retorció en su regazo para arrodillarse a su lado. Sus manos lo rodearon mientras se sentaba a horcajadas sobre su regazo, empujándolo para que se recostara en el sofá. “¿Qué pasa si nunca siento lo que estoy sintiendo en este momento con alguien más que conozca? Muéstreme lo que puedo tener antes de que el deber me aleje de usted”.

Sus palabras le desgarraron el pecho con dolor. No quería que se la arrebataran, y ciertamente no quería que fuera tan íntima como lo había sido hasta ahora con nadie más. Ni siquiera su maldito marido, quienquiera que fuera ese enemigo sin rostro.

La acercó a ella, su cuerpo provocaba al suyo, con su intimidad presionada contra su pene, que le dolía en los calzones. “No debería tocarla. Nunca debí haberla traído aquí”.

“Pero lo hizo”, argumentó ella, robando audazmente un beso rápido y suave. “Y ahora debes

darme lo que quiero. Lo que ambos queremos”.

Oh, él la quería. De eso no había duda, pero él no podía. Se merecía mucho más que una follada rápida en una habitación vacía en un baile. Pero él podía darle alivio. Le pasó la mano por la cintura y la metió por debajo del vestido. Sus ojos brillaban como diamantes en la oscuridad, su respiración se aceleraba mientras su mano rozaba su pubis, acariciando sus dulces labios.

Ella gimió, levantándose un poco en su regazo y dándole más espacio para explorar. Jugueteó y enrolló el dulce botoncito endurecido bajo sus dedos que sabía que quería ser acariciado. Ella ondulaba en su mano. El fuego lo atravesó, amenazando con consumirlo por completo.

“Dígame lo que quiere” gimió mientras su mano acariciaba su abertura, mojada y chorreante por la necesidad de él.

“Quiero” logró él, tragándose un gemido mientras ella se dejaba caer un poco en su mano, clavándose en su dedo. “Quiero follarla. Quiero que mi pene esté donde está mi mano en este momento. Quiero guiarla hacia mí y follarla hasta que grite mi nombre. Eso es lo que quiero”.

Ella gimió, besándolo, su lengua enredada con la de él. Estaba perdiendo el control. Podía sentirlo. Le dolían los testículos apretados en los calzones de seda. Quería que ella lo tocara, y no pudo contener la súplica de su voz cuando se lo pidió.

“Tóqueme, Julia. Por piedad, tóqueme antes de que muera”, le suplicó.

Ella buscó a tientas sus caídas, su pene, duro y largo, se deslizó en su mano cuando lo liberó de sus ataduras. Se apoyó en el sofá y observó con los párpados entrecerrados mientras ella lo estudiaba. Su dedo recorrió la longitud de él, con su pulgar deslizándose por la parte superior de su pene, limpiando la gota de semen que estaba allí.

Ella se metió el pulgar en la boca, saboreándolo, y él se quedó boquiabierto. Eso, no se lo esperaba. ¿Estaba tratando de matarlo en verdad? “Me deshace”, admitió.

Una sonrisa satisfecha de sí misma levantó sus labios antes de acariciarlo. Su mano se apretó alrededor de su pene, haciendo que su ingenio se volviera loco. Estaban en terreno peligroso. Ambos tocándose como sabían que no era apropiado. Si los atrapaban, el matrimonio sería el menor de sus problemas. Sabía que sus amigos, ahora la familia de Julia, querrían matarlo.

Aun así, no podía parar. No podía dejar de saborearla en sus brazos. Metió otro dedo en su calor húmedo, follándola a un ritmo que ella disfrutaba.

“Oh, sí, Chilsten” gimió ella, acercándose a él.

“Cyrus. No Chilsten”. Lo acariciaba con la misma locura embriagadora que él a ella. Se sincronizaron y, por primera vez en su vida, tener relaciones sexuales con la mujer en sus brazos se le escapó de la mente. Con esto bastaba. Llegar al clímax era casi más íntimo que el acto en sí.

Acercó sus labios a los suyos con la mano libre, besándola con una fuerza que lo dejó tambaleándose. Nunca se había sentido así con una mujer, y sabía que ver a Julia casada con otra persona sería su fin.

Sus testículos se tensaron aún más, y bombeó en su mano justo cuando su ritmo aumentaba, y sintió los primeros temblores de su liberación alrededor de sus dedos. Mantuvo su ritmo, queriendo que ella se hiciera añicos cuando se produjera su liberación. Bombeó sobre su camisa y chaleco, y supo que la fiesta había terminado para él. No es que le importara, él la había hecho venir, ella había encontrado placer en sus brazos, y no podía esperar para hacerlo de nuevo. Tal vez incluso algo un poco más travieso la próxima vez.

“Cyrus” gritó su nombre justo cuando él deseaba oírlo. Ella se aferró a sus hombros mientras el último orgasmo se disipaba.

Él la miró fijamente, observando la visión de una mujer bien satisfecha. Y no una mujer cualquiera, sino la que lo desarmaba en todos los sentidos y lo enloquecía también, en verdad.

Ella se desplomó contra él, sus labios le daban pequeños besos con mordiscos en el cuello. “¿Esto es lo que siente cada vez que está con una mujer? ¿Y las mujeres pueden sentir lo mismo que los hombres?”, le preguntó, con asombro en su voz.

“Sí, un buen amante, hombre o mujer, puede hacer que su pareja se sienta como nosotros ahora. Por supuesto, si la follo, bueno, ese es otro tipo de orgasmo, pero igual de satisfactorio”.

“Bueno” suspiró ella, levantando la vista para mirarlo a los ojos. “No habría sabido que el cuerpo era tan perversamente bueno. No tenía ni idea de que esto fuera posible en una pareja”.

Él sonrió, bajando la cabeza para robarle otro beso. “Esa conversación con sus padres puede ser incómoda, pero ahora sabe la verdad”.

“Sí, ahora sé lo que quiero” susurró ella, jugando con su pecho con la mano. “Me hiciste sentir tan maravillosa. ¿Cómo voy a dirigir mi atención a otro cuando sé lo que puede hacerme?”

Él gimió, la verdad de sus palabras lo golpeó como si alguien le hubiera dado un puñetazo en el estómago. El conocimiento lo obsesionó, y comprendió que verla alejarse de él y casarse con otro sería una tortura.

Pero era un pícaro. Un hombre que no sabía ser leal, no por largos periodos de tiempo. ¿Qué pasaría si otra mujer se cruzara en su camino y la deseara tanto como a Julia? Le rompería el corazón a Julia, y no podía vivir con tanta culpa. Era mejor dejarla casarse con otro hombre digno, un hombre que no se acostara con sus criadas y las dejara encinta. Lo odiaría si se casara con él solo para descubrir la verdad.

Tal vez no lo haría. *Dale a elegir* y verás, susurró una voz en su mente. Lo descartó, no queriendo darse ninguna esperanza. No se merecía ninguna.

CAPÍTULO NUEVE

Julia ordenó su caballo temprano a la mañana siguiente, necesitaba montar, sentir el viento en la cara y pensar. Eso por encima de cualquier otra cosa.

La noche anterior, en los brazos de Cyrus, la había dejado agitada e insegura de lo que debía hacer. Sabía con certeza que, independientemente de a quién hubiera conocido hasta ese momento, ninguno de ellos le había despertado los sentimientos que la embargaban cuando estaba cerca de Cyrus.

Entonces, ¿qué hacer con tal realidad?

Él quería casarse con alguien con poder e influencia, y aunque ella entendía que él tenía sus razones para esto, eso no detenía lo que ella estaba empezando a sentir por el hombre. O, más sinceramente, lo que ella *sentía* por él.

Entró al Parque Hyde y se dirigió hacia la pista Rotten, con su mozo siguiéndola. Julia suspiró, perdiéndose en los muchos recuerdos maravillosos y deliciosos de cómo él la había hecho sentir. Su toque, sus manos en su cuerpo. Lo que habían hecho. Su devastador clímax la hacía estremecer incluso ahora.

Su estómago se agitó, una punzada de renovada necesidad. ¿Cómo iba a intentar adaptarse a otra persona cuando lo único en lo que se centraba su mente era en dónde estaba Cyrus en un momento dado? ¿Con quién estaba hablando? ¿Parecía feliz o molesto? ¿Le estaba dando a otras mujeres más atención de la que correspondía? ¿Más atención que a ella misma?

La Duquesa viuda de Barker había dejado claras sus intenciones, y aunque Julia quería saber si había algo más entre ellos que un coqueteo, no se lo había preguntado la noche anterior.

La pista Rotten apareció a la vista, y se alegró de ver que no estaba tan llena como había pensado, especialmente con la temporada en pleno apogeo. Salió trotando a la pista, manteniéndose en el borde y fuera del camino de los hombres que pensaban galopar a lo largo, aunque no estaba permitido.

A esa hora temprana, había otras damas que estaban presentes, pero al igual que ella, parecían más que felices de guardarse para sí mismas sus propias reflexiones.

Julia oyó el estruendo de los cascos y se volvió para ver a Lord Chilsten que venía hacia ella. Se le secó la boca al verlo. Parecía como si acabara de levantarse de la cama, se hubiera puesto la camisa y apenas hubiera tenido tiempo de abotonársela, y que ni su sirviente le hubiese atado bien la corbata.

Su mandíbula estaba ensombrecida, lo que demostraba que no se había bañado esa mañana, y el cuerpo de ella palpitaba con renovada necesidad de él. Verlo de nuevo, sintiéndose como lo hacía, como si su corazón fuera a estallar y su estómago se agitara como una mariposa, le dijo

aún más que antes que nunca podría casarse con nadie que no fuera el hombre que tenía delante.

Pero ¿cómo convencerlo de ese hecho?

Está aquí, ¿no es así? ¿Te ha elegido una vez más?

Todo era cierto, pero, aun así, él parecía decidido a seguir soltero, y ella quería un matrimonio como el que disfrutaban sus hermanas. Quería un marido que la amara. ¿Tenía Cyrus algún sentimiento por ella, o simplemente la encontraba lo suficientemente atractiva como para besarla cada vez que se presentaba la oportunidad?

Eso no lo sabía, pero necesitaba averiguarlo.

“Julia” dijo él, y el uso de su nombre de pila la dejó sin aliento.

Ella le sonrió, con su montura resoplando y pisoteando la abrupta parada de su carrera.

“Se ha levantado temprano esta mañana, mi Señor. Una no puede evitar pensar que aún no se ha acostado”. Esperaba que eso no fuera cierto, especialmente después de lo que habían estado haciendo juntos en el baile. Pero, en realidad, parecía como si no hubiera dormido.

Él sonrió, la mirada diabólica que hizo que los dedos de sus pies se enroscaran en sus botas de montar. “He dormido y he soñado con usted”, bromeó.

Puso los ojos en blanco y caminó con su caballo hacia adelante. “No soñó conmigo, mentiroso. Tal vez con la Duquesa de Barker, pero no conmigo” sugirió, necesitando saber sus intenciones con la dama. Oírle decir que no había soñado con la Duquesa en absoluto...

Él se echó a reír y echó la cabeza hacia atrás antes de mirarla a los ojos. “¿Está celosa de su Gracia?” La estudió un momento antes de ponerse serio. “No lo esté. No pasa nada entre la Duquesa de Barker y yo. No la estaría besando por todo Londres si ese fuera el caso”.

Sus palabras la complacieron y el calor inundó sus venas. “¿No lo haría? Tienes la reputación de ser un libertino. Besarme normalmente no le impediría besar a otras, a menos que me haya enterrado tanto bajo su piel, que sea todo lo que ocupe esa mente suya”.

Él abrió los ojos ampliamente antes de alcanzarla, deteniendo su montura. “Es una traviesa muy directa esta mañana, ¿no es así? ¿Sucedió algo anoche que la hace expresar tan abiertamente su opinión?” preguntó él.

Mirando a su alrededor y no viendo a nadie cerca, extendió la mano, colocando su mano sobre su muslo, apretándolo un poco. “Anoche soñó conmigo. Por eso parece que no ha pegado ni un ojo porque lo he mantenido despierto toda la noche. ¿Qué contenía su sueño? Tengo curiosidad por saberlo, mi Señor”.

Le cubrió la mano con la suya. Era frío y, sin embargo, hacía que la sangre le corriera caliente por las venas. “Soñé con usted, y es por casualidad que nos hemos encontrado aquí esta mañana. Necesitaba despejar mi mente, detener la dureza de mis calzones antes de que mi sirviente pensara que me había acercado a él. En cuanto a lo que hizo en mis sueños, Julia, bueno...” Deslizó la mano de ella a lo largo de su muslo, más cerca de donde su virilidad sobresalía contra sus calzones. “La follé como quería anoche y disfruté de cada delicioso orgasmo que tuvo mientras estaba clavada sobre mí”.

Julia tragó saliva. Se movió en la silla de montar, le dolía su vagina al oír sus palabras y podía sentir que la había mojado. Otra vez.

El hombre era imposible. Frío y calor. Decidido a casarse, pero se contentaba con torturarla con lo que quería pero que nunca podría tener. Bueno, dos podrían jugar en su juego. Sabía muy bien lo que quería, con quién quería casarse, y el coqueto extraordinario Lord Chilsten, libertino de damas inocentes, lo era. Ella cambiaría su opinión y lo dejaría sin otra opción que casarse con ella.

Ella se burló, levantando las cejas ante sus palabras. “Qué lástima que sea solo un sueño, mi Señor. No hay ninguna prueba de que hayamos sido tan íntimos” dijo, retirando la mano y agarrando las riendas con determinación, “De que hubiera tenido tanto éxito. Una cosa es tocar, jugar y acariciar a la persona, pero otra muy distinta es cuando uno realiza... el acto para tener un éxito similar”.

Se aclaró la garganta, sus labios se crisparon. “Puedo asegurarle, Señorita, que soy más que capaz de hacerla disfrutar tanto, incluso cuando haga *eso* que usted dice”.

Ella se encogió de hombros, empujando su caballo hacia adelante en un paseo. “Qué lástima que nunca vaya a descubrir la verdad de su declaración”.

La alcanzó, con los ojos centelleantes de alegría y determinación. Se estremeció al verlo mirarla como si quisiera devorarla o algo así. Ahora podía imaginar lo que era ese algo.

“Se burla de mí. ¿Nadie le ha dicho nunca, Señorita, que no debe pinchar al león hambriento?”

Ella se echó a reír, desestimando sus palabras con un gesto de la mano. “De verdad, Lord Chilsten. ¿Era un jugueteón y ahora es un león hambriento? Lo que hemos hecho hasta ahora es todo lo que voy a permitir, que es más de lo que debería haber hecho. Es un libertino y está decidido a permanecer soltero. Tendré que quedarme en sus sueños, mi Señor. Porque nunca me tendrá en la vida real”.

Ella lo observó y no pasó por alto la sombra que nubló sus ojos un momento antes de que parpadeara, y desapareció. “Estamos solos, Julia. ¿Por qué ha vuelto a llamarme Lord Chilsten?” preguntó, apartándola de lo que estaban discutiendo.

Miró hacia adelante y se dio cuenta de que estaban lejos de cualquier otra persona en el parque. “Puede que estemos solos, pero estamos en un parque público. Lo mejor es seguir fingiendo que somos meros amigos y nada más”.

“Pero somos más. Mucho más” dijo él, inmovilizándola con su mirada oscura y entrecerrada que la hacía sentir cálida y deliciosa.

“No, no lo somos. La verdad es que no. Aun me voy a casar con otra persona, y no tendría sentido que siguiera besándolo. Incluso si su enseñanza es tan útil para hacerme entender el tipo de matrimonio que me gustaría”, mintió, sabiendo muy bien que quería casarse con el hombre que tenía a su lado y con nadie más. “Nuestros interludios íntimos deben cesar, y debe volver a ayudarme con cualquier Señor que me llame la atención. Hacerme saber si es noble y sin escándalos. Creo que eso es lo mejor”.

“¿Y si no puedo apartar mis manos de su persona? ¿Entonces qué?”, le preguntó, con el músculo de la mandíbula moviéndose bajo su mejilla.

“Lo hará, porque me aseguraré de que no surja la oportunidad de que volvamos a estar solos”. Lanzó a Lord Chilsten una sonrisa consoladora. “Lo siento, mi Señor, pero si quiere tenerme en plenitud, tendrá que casarse conmigo.”

“¿Está usted proponiéndome matrimonio, Señorita Woodville? ¡Qué moderno de su parte!”

Ella se echó a reír. “¿Diría que no si lo estuviera haciendo?” Detuvo su montura y lo miró a los ojos.

Sus ojos se abrieron un poco, y su boca se abrió y cerró varias veces antes de encontrar su voz. “¿Me está tomando el pelo, Julia?”

Ella no apartó la mirada, queriendo que él se preguntara si estaba o no bromeando con él. Lo cual, en realidad, no hacía. Era su pareja, en todos los sentidos. El pícaro tonto necesitaba darse cuenta de ese hecho por sí mismo. Y si ella tenía que hacer que él la deseara tanto que le

ofreciera matrimonio, entonces eso es lo que haría. “Cásese conmigo, Lord Chilsten, y averigüe si estoy bromeando o no en la boda”.

Él sonrió y se echó a reír, señalándola como si hubiera hecho un comentario gracioso. Por supuesto, no lo había hecho, pero le dejaría pensar que estaba bromeando. “Tiene sentido del humor. A los hombres les gusta eso, y a mí me gusta eso. Debería hacérselo saber a los caballeros que le interesen”.

Quería gritarle. Ella se lo había mostrado, pero gracioso o no, era lo que quería y lo que obtendría.

“Tengo que irme, pero nos vemos esta noche en el baile de Lord y Lady Lawrence, ¿verdad?”

“Sí, estaré presente. Continuaremos su búsqueda esta noche. Buen día para usted” dijo él, inclinándose el sombrero, con su boca malvada tentándola más de lo que ella quería admitir.

“Buenos días a usted también, mi Señor.” Julia empujó su montura al trote y luego al galope mientras salía del parque. Lo que ella había dicho era cierto. Necesitaba que él estuviera suficientemente desesperado por ella para que le ofreciera matrimonio. Estaba segura de que una vez casado con ella, su mirada no se desviaría. Que su vida como uno de los peores libertinos de Londres dejaría de existir.

Esperaba...

CAPÍTULO DIEZ

Fiel a su palabra, Julia no había permitido que pasara otra noche en la que estuvieran solos o pasando juntos en un salón a oscuras. Para su disgusto, permitió que un grupo de hombres la cortejaran, su risa tintineante hizo que se le erizaran los pelos de la piel.

Los muchos bailes que tuvo que no fueron con él fueron demasiados para contarlos, y lo que es peor, en algunas de esas interacciones él pudo ver que ella disfrutaba y agradecía la atención del caballero.

Habían pasado casi dos semanas desde su interludio en el salón vacío del baile de máscaras, y era demasiado tiempo. No podía soportarlo. No podía dormir pensando en ella. Ella invadía sus sueños y lo excitaba hasta dejarlo sin sentido con imágenes de ella reuniéndose con él en su cama, acostándose a su lado y entregándose a él, agradeciendo su caricia.

Y maldita sea, quería tocarla.

Y, desde luego, no quería que nadie más la tocara.

Pero ¿qué hacer al respecto? Sabía lo que tenía que hacer, pero dar ese salto era otra cosa. ¿Le daría la bienvenida a su mano? ¿Cómo le diría la verdad de su matrimonio y de la hija que había resultado de él? Julia Woodville era amable. Demonios, la familia era conocida por su calidez hacia los demás. ¿Se extendería esa naturaleza comprensiva a un libertino que hubiera deja a una sirvienta encinta?

Se pasó una mano por la mandíbula, debatiendo qué hacer. No era el diamante de la sociedad. Era una heredera, pero con pocas conexiones aparte de los grandes partidos de su hermana. Eso era algo que él suponía... Mejor de lo que habría sido si sus hermanas se hubieran casado con caballeros sin título.

Pero ¿sería ella lo suficientemente alta en la sociedad como para resistir las consecuencias de sus acciones cuando se conocieran? Y sabía que algún día lo harían. Era solo cuestión de tiempo. Nada permanecía en secreto en la *sociedad*, y ciertamente, un caballero que se acostaba con su criada era alimento para los que vivían para el chismorreo.

Julia tendría que navegar por esos mares tormentosos a su lado y perdonarle su pecado. Había cometido un error, pero no podía arrepentirse de la niña que había surgido de ese error. Era la querubina más adorable, y él la mandaría a buscar para que volviera a Inglaterra tan pronto como hubiera conseguido una novia.

Su atención revoloteó por todo el salón de baile antes de detenerse en la Duquesa viuda de Barker. Era una Duquesa viuda. Lo suficientemente alta en la nobleza como para despreciar a cualquiera que dijera una palabra fuera de lugar sobre su marido o sus debilidades. Sabía que ella estaba de vuelta en Londres, en busca de un nuevo marido o amante, lo que viniera primero. Ella

se casaría con él y soportaría cualquier pasado escandaloso que él poseyera después del hecho. Pero tampoco era la mujer que él anhelaba.

Cyrus volvió la vista hacia donde Julia había estado un momento antes y la vio observándolo, con una expresión molesta en su rostro normalmente bonito. ¿Lo había sorprendido observando a la Duquesa viuda? ¿Tenía celos? Esperaba que así fuera y que lo que él sentía no fuera solo su condición para resistir.

Julia comenzó a moverse entre la multitud de invitados, y poco después se unió a él. Ella lo miró, con un gesto burlón en los labios. “Todavía suspira por la Duquesa viuda, ya veo. No se preocupe, mi Señor, su ayuda conmigo terminará pronto, y podrá casarse con su amante”.

Él la miró con el ceño fruncido, observándola hasta que ella lo consideró digno de mirarlo a los ojos. “¿Qué le hace pensar que es mi amante?”

“La otra semana en el Serpentine, parecían una pareja bastante unida, navegando, riendo y siendo demasiado familiares. Habría pocos que no pensarán que ese era el caso”.

“Usted y yo hemos tenido intimidad desde entonces. ¿Cree que estoy con varias mujeres a la vez? No tiene una alta opinión de mí”. La idea de que ella pensara eso lo dejó frío, y un nudo duro se asentó en la boca de sus entrañas.

“¿Me está diciendo que no ha pensado en acostarse con la Duquesa viuda? Estoy segura, por la forma en que lo mira, incluso ahora, de que le daría la bienvenida a su cama”.

Cyrus no estaba seguro de qué había despertado este temperamento en Julia, pero también le gustaba su espíritu ardiente. Ella sería una buena pareja para él, lo mantendría alerta. Algo que le preocupaba a la hora de elegir una esposa, o al menos si elegía una que no le fuera impuesta por sus malas acciones. Había esperado casarse con alguien por quien no sintiera demasiado, cuando finalmente encontrara una esposa adecuada, para enfrentar la tormenta que se avecinaba con su verdad. Pero no podía decir eso acerca de la mujer a su lado.

Se preocupaba por Julia y la buscaba en todos los bailes y fiestas. Cuando no podía verla presente, todo el disfrute de la noche se disipaba con esa verdad.

“Ella puede darme la bienvenida, y puede haber habido un momento en que yo me hubiera acostado a su lado. Pero ya no”.

Las palabras, cástate conmigo, estaban en la punta de su lengua, pero no podía pronunciarlas.

“¿En serio? ¿Alguien más se ha cruzado en su camino, y el libertino dentro de usted suspiró en señal de aprobación?”

¿Qué estaba pasando aquí? ¿Por qué estaba siendo tan despectiva con él de repente? ¿No podía leer entre líneas sus palabras y darse cuenta de que hablaba de ella, que era la mujer que ocupaba todos sus pensamientos? “Disculpe si la he ofendido de alguna manera, Señorita Julia, pero pensé que éramos amigos. ¿Ha ocurrido algo de lo que no soy consciente que la haya puesto en mi contra?”, le preguntó, inmovilizándola en el lugar.

Sus labios se adelgazaron en una línea de disgusto, y él pensó mucho en lo que podría haber sido lo que la había hecho enojarse tanto con él esa noche. Tenían un acuerdo, ¿no? Él la ayudaría y ella se casaría con otro. Eso no ha cambiado, al menos no exteriormente.

Pero él había cambiado y ya no quería eso para ninguno de los dos, y pronto se lo diría. Tenía que hacerlo, porque no podía seguir mucho tiempo sin tenerla de nuevo en sus brazos. Incluso ahora, con ella molesta y enrojecida a su lado, con las manos apretadas y el ceño fruncido por la molestia, él la deseaba. Quería estrecharla en sus brazos y besar sus dulces labios, saborear su deseo y deleitarse con la sensación de su tacto en su piel. Declarar ante todo Londres que Julia Woodville era suya y que nadie, ni Lord Perry, ni el Señor Watts, ni el temido Lord Payne, tenía

ninguna posibilidad de ganar su mano.

Porque él la había conquistado y se casaría con ella. La convertiría en la próxima Marquesa de Chilsten y Duquesa escocesa de Rothens.

“No, seguimos siendo amigos, pero eso es todo, y así seguirá siendo. He decidido permitir que Lord Perry me visite en casa. Vamos a dar un paseo en carruaje hasta las ruinas del antiguo castillo cerca de Richmond, y luego iremos a Gunter para tomar té y pastel. Nunca se sabe, Lord Chilsten. Mañana por la noche, a esta hora, puede que esté comprometida, y ya no será necesario que me ayude, pero siempre le estaré agradecida”.

La ira se apoderó de él ante la mención de su salida planeada. Tantas oportunidades para que Lord Perry la tocara. Robara un beso. Ofrecerse a casarse con ella. “No aceptaría su oferta de inmediato, ¿verdad? Ni siquiera conoce al hombre. Podría...”

“Lo conozco tanto como a usted, pero es un caballero diferente a usted, Lord Chilsten” interrumpió ella. “Puede que no me haya besado como usted, pero creo que eso es honorable, no es algo digno de lástima. Sé que no sabe cómo estar cerca de una mujer sin reprimir su necesidad de acariciarla de alguna manera, pero no todos los hombres son como usted. Afortunadamente” añadió, levantando su pequeña nariz en el aire como si hubiera terminado con su punto.

Rechinó los dientes, incapaz de apartar la mirada de ella. “Puede ser cruel, y no lo sabría hasta que estuviera casada. No actúe apresuradamente simplemente porque esté enojada conmigo por algo”.

“¿Y por qué estoy enojada con usted? No tengo nada por lo que estar enojada”, afirmó, con un tono rosado asomándose en sus mejillas. Había visto cómo se le había subido el color antes, pero en medio de la pasión, y le recordaba la última vez que estuvieron solos. Hizo que la desesperación dentro de él se elevara hasta ser casi salvaje en la naturaleza.

“Conozco su secreto, Julia, porque es el mismo que el mío”. Allí lo había dicho. Su boca se abrió con un suspiro, y necesitó toda su fuerza para no besarla en el salón de baile. Tomar sus labios y disfrutar de ella, calmar la desesperación reseca dentro de él. Calmar su ira.

“¿Nuestro secreto es el mismo? No creo que eso sea cierto”, bromeó, con tono burlón.

“Está celosa, Julia. Celosa, de que la Duquesa viuda pueda seducirme para llevarme a su cama. Que no será usted quien caliente mis sábanas de seda noche tras noche, sino ella. Sé que esto es así, porque no quiero verla cerca de Lord Perry. No quiero oír hablar de usted cabalgando con él, tomando el té en la casa Gunter. La idea de que lo bese me envía a una espiral de pánico y odio. Quiero golpear a su Señoría hasta convertirlo en pulpa y al mismo tiempo felicitarlo por ganarla”.

Ella lo miró fijamente como si le hubiera crecido una segunda cabeza y, en realidad, no estaba seguro de que no lo hubiera hecho. Nunca había sido tan honesto, tan brutal con sus palabras. La miró a los ojos, los sostuvo y esperó que ella no se riera ni desestimara lo que decía.

En cambio, huyó. Lo empujó, antes de que pudiera ver adónde se había ido, había desaparecido entre la multitud de invitados. No fue una hazaña fácil debido a su altura. Él se movió en la dirección en la que ella se fue, con la necesidad de encontrarla, aunque solo fuera para asegurarse de que estaba bien y de que su honestidad no la había lastimado.

La vio dirigiéndose al vestíbulo. El amontonamiento de la fiesta dificultó alcanzarla, y no fue hasta que ella subió al carruaje ducal que finalmente se puso a su lado. “¿Se va?”, preguntó.

Ella no lo miró, simplemente se acercó con la ayuda del sirviente, quien luego trató de cerrarle la puerta en las narices. “Discúlpeme joven pero no he terminado de hablar con la Señorita”.

El sirviente miró a Julia, quien asintió con la cabeza y le dio la razón. Sin pensarlo, subió al vehículo y golpeó el techo, haciendo señas para que se fueran. El carruaje avanzó tambaleándose. El único sonido que se oía era el de las ruedas de la calle empedrada y las notas desvanecidas de la fiesta alejándose.

“¿Está contento, mi Señor? No debería estar aquí conmigo”.

Se pasó una mano por el pelo, luchando por controlar lo que sentía por la mujer que tenía delante. “Admita que lo que dije es verdad. No puedo ser el único afectado con esto... Con todo esto...”

Levantó una ceja burlonamente. “¿Con sentimientos, mi Señor? Sé que no sufre de tales dolencias a menudo, pero ¿es eso lo que estás tratando de decir?”

“Me molesta y se burla de lo que estoy tratando de decirle. Sé que me quiere tanto como yo la quiero a usted. Admítalo”.

“Creo que olvida algo importante y necesario para que yo admita tales sentimientos, mi Señor. Esperaré a que diga lo que quiero oír antes de darle mi opinión”.

Él la miró boquiabierto. ¿Hablaba en serio? ¿Qué más quería que hiciera? ¿Rogar? ¿Ponerse de rodillas? La idea de arrodillarse ante ella en un carruaje tenía mérito, y ahora que lo había pensado, lo deseaba más que nada en ese momento.

Se deslizó del asiento, agarrando sus largos y delgados muslos. Muslos que quería besar después de tenerla sobre su regazo. Cyrus se inclinó, besándole la rodilla, cubierta por metros de seda verde y oliendo a lirios dulces. Sintió que se estremecía bajo su toque, y no fue suficiente. La necesitaba. Vivir estas dos últimas semanas sin ella había sido una tortura que no quería repetir.

“¿Tiene idea de lo que quiero hacerle a usted, Julia?” preguntó, ya no demasiado orgulloso para decir lo mucho que la deseaba y disfrutaba.

Ella lo miró fijamente, sus ojos brillaban de deseo. Se mordió el labio, negando con la cabeza. “¿Me lo dirá?”, preguntó.

Cyrus no creía que pudiera endurecerse más por ella, pero sí ante sus palabras sensuales y susurradas. Cerró los ojos un momento, armándose de valor para no perder el control. Él sonrió, deslizando su vestido por los muslos para revelar sus muslos delgados y cubiertos de seda. “No, querida. No le voy a decir nada, pero sí se lo mostraré. Con mi boca”.

CAPÍTULO ONCE

Julia se mordió el labio. Observó, embelesada, cómo Cyrus le subía el vestido hasta la cintura, exponiendo sus innombrables y mucho más que eso a su inspección. La maldad alteró sus gestos, y ella se preguntó qué iba a hacer.

“¿Sabía que una mujer puede sentir tanto placer como un hombre y sin necesidad de tener relaciones sexuales?” dijo, separando sus muslos.

Julia sintió que el calor le besaba las mejillas, y, demasiado embelesada por lo que decía y hacía, no trató de detener su intento. Su cuerpo ya no se sentía como si fuera suyo. El fuego corría por su sangre. Quería moverse, acercarse a su boca embriagadora que provocaban sin piedad con sus palabras.

“Un poco”, admitió. “Me ha mostrado algo”. Y ella quería más. Mucho más de lo que podía darle.

Suspiró, bajando la cabeza para besarla justo por encima de la media de seda que llevaba en el muslo. Se le puso la piel de gallina y se aferró a los cojines a su lado. “¿Qué más puede hacer?” preguntó ella, queriendo saberlo, queriendo que él hiciera todo lo que se le ocurriera a su imaginación.

Le separó las piernas, exponiendo su húmedo pubis a su vista. Debería estar horrorizada, escandalizada por las libertades que le estaba dando, pero no lo estaba. Un poco avergonzada, sí, pero su necesidad superaba todos los nervios, y no le quedaba nada más que desearlo.

Sus labios abrieron paso a lo largo de su muslo, su cálido aliento la hizo temblar. Sus dedos recorrieron su sexo, y ella se tragó un gemido mientras el deseo se acumulaba donde sus dedos la provocaban. Se deslizó dentro de ella, un golpe lento y enloquecedor que la hizo querer gritar. “Así es como la follaré, Julia, sin comprometerla nunca”.

Apoyó la cabeza en el respaldo, cerró los ojos y se entregó a lo que él le hacía. Sus palabras murmuradas de perfección, del dulce sabor de ella, flotaron en sus oídos. Todo eso se perdió en ella, porque todo lo que podía hacer era respirar, aguantar y evitar gritar que quería más. Mucho más que eso.

A pesar de lo encantador que era aquello, ella lo deseaba a él, a todo él, sin importar las consecuencias.

“¿Qué más puede hacer, mi Señor?” preguntó, encogiéndose ante la desesperación que teñía su tono.

Apartó los dedos de ella y la miró a los ojos. Paralizada, observó cómo él se metía los dedos en la boca, saboreando su sabor como si estuviera comiendo un postre dulce. “Es jodidamente deliciosa”.

Ella se retorció, impaciente por más. “¿Hay más?” preguntó ella, sabiendo por la luz ardiente de sus ojos que lo había.

“Mucho más” dijo, inclinando la cabeza hacia donde estaban sus dedos un momento antes. Ella suspiró, se aferró a su cabello y lo abrazó. No estaba segura de si alejarlo o acercarlo antes de que su lengua se deslizara por un lugar delicioso en ella que hizo que su ingenio se tambaleara.

“Cyrus” exclamó ella, con las piernas abiertas, dejándole que la atacara de la forma que quisiera. La acción era desenfadada, escandalosa, pero a ella no le importaba mientras él continuara con lo que había empezado.

Él la chupó y ella se estremeció, nunca antes había sentido una sensación tan embriagadora y cautivadora. Su boca estaba por todas partes, besándola, torneándola, chupándola y provocándola sin descanso. Ella gimió su nombre, se inclinó contra su boca, sin prestar atención a su apariencia, siempre y cuando él continuara lo que estaba haciendo.

El placer surgía, fluía y refluía a través de ella como una marea. Una y otra vez, la besaba allí, sus dedos a veces se unían a su boca. La presión se acumuló en lo más profundo de su ser, la liberación estaba cerca, y la deseaba con una desesperación que rayaba en lo absurdo.

“Por favor, Cyrus. Por favor, deme lo que quiero” le suplicó, sin pensar en la necesidad de lo que sabía que él podía darle.

Le alzó las piernas por encima de los hombros, tirando de ella hacia abajo sobre los asientos y acercándose a ella, besándola más profundamente con caricias frenéticas. Giró la cabeza de un lado a otro, aferrándose a él por miedo a perderse más allá de esta tierra.

¿Cómo era posible que semejante maldad pudiera ser tan buena?

Y entonces sintió los primeros temblores corriendo a través de su vagina, hacia afuera, hacia su cuerpo, a través de cada parte de ella. Se tapó la boca con la mano, gimiendo su nombre mientras convulsión tras convulsión la transportaba a una utopía de placer.

Abrió los ojos y lo encontró besándole la pierna, alejándose lentamente de su pubis mientras volvía a colocarle el vestido sobre las rodillas. Se sentó sobre los talones, con el color más alto, y el bulto de los calzones aún más alto.

Bajó con él al suelo del carruaje, rodeándole el cuello con los brazos. “Quiero darle placer. Déjeme darle lo que me acaba de dar” suplicó ella, sabiendo que debía ser lo mismo para él si era posible hacerle tal cosa.

Él le dedicó una pequeña sonrisa, pero negó con la cabeza. “Ya casi hemos regresado a la casa de Derby, y debería irse a casa antes de que alguien vea que la llevan conmigo en un carruaje. Si nos quedamos aquí mucho más tiempo, le permitiré hacer lo que quiere, y no está bien. Todavía no”.

Ella se estremeció ante sus palabras. Quería presionarlo más para ver si podía obtener lo que deseaba.

Justo en ese momento, el carruaje se detuvo y la decepción le dejó un sabor amargo en la boca. “No puedo estar en casa tan pronto. No quiero dejarlo”, admitió, esperando no ser demasiado atrevida. Se suponía que debía hacer que él la anhelara, que la deseara a ella y a nadie más. No entregarse como disponible para continuar.

Su autocontrol le había fallado desde el primer momento en que se había puesto a prueba.

“Tenemos tiempo, Julia” dijo, ayudándola a volver a sentarse en el asiento justo cuando se abrió la puerta. El sirviente bajó los escalones y Julia bajó a regañadientes. Se volvió y encontró a Cyrus sentado donde estaba antes, el respetable Señor una vez más. A pesar de que solo un

momento antes, había sido todo lo contrario.

“A la cuadra San James” gritó al cochero mientras el sirviente del Duque cerraba la puerta. Julia lo miró a los ojos y vio que estaba decidido a irse. Se giró sobre sus talones, entrando, necesitando planear y pensar más en cómo volvería a poner en marcha su pequeño plan. El carruaje rodó por la calle, y ella se negó a verlo partir en la noche. Mañana iba a salir de excursión con Lord Perry. Ella se aseguraría de que tuviera éxito y que la noticia de su éxito llegara a Cyrus. Ponerlo celoso parecía la única manera de hacerlo actuar. Y con suerte, después de mañana, lo haría.

CAPÍTULO DOCE

A la mañana siguiente, el carruaje llevó a Julia a tiempo y según lo planeado con Lord Perry. Ella lo saludó ante la casa ducal de la ciudad, contenta de estar al aire libre hoy, ya que el clima era cálido y tranquilo, un día perfecto para explorar las ruinas del antiguo castillo.

Julia tomó la mano extendida de Lord Perry y subió al carruaje. Su sirvienta la siguió poco después y se levantó de un salto para sentarse al lado del conductor.

“Buenos días, ¿No crees que será deliciosa nuestra tarde?” preguntó Lord Perry, informando al conductor de que emprendiera su viaje.

Se sentó en el asiento y se acomodó las faldas. “Creo que la excursión será muy agradable. ¿Cuánto tiempo cree que tardaremos en llegar a las ruinas del castillo?”

Se reclinó en el asiento, sonriendo. “Una hora, no más. Muchos londinenses viajan a Richmond, al parque, y van a ver las ruinas. No creo que estemos solos” dijo él, sonriéndole como si supiera un secreto que ella no conocía.

Julia asintió, pero no reaccionó a sus palabras. Le gustaba Lord Perry, pero no quería casarse con él. Solo había un hombre con el que deseaba casarse, y después de hoy, enfriaría su relación con su Señoría. No merecía ser un peón en el juego que ella jugaba con Lord Chilsten.

“Mi criada espera con ansias el momento tanto como yo”, le recordó.

Él lanzó una mirada hacia adelante y el desagrado cruzó su rostro. Ella lo observó, preguntándose cuánto había cambiado desde el baile cuando la invitó a esta aventura. ¿Qué le pasaba al hombre para comportarse de manera tan extraña con su acompañante?

“¿Le importa a menudo lo que piensen sus criadas? Sé que a mí no”.

Julia se tragó su ardiente réplica y esperó que Masie no hubiera oído lo que había dicho. Su doncella era viuda y una mujer respetable. Esas palabras la herirían. “No seré cruel ni severa con nadie si puedo evitarlo. Creo que más personas deberían aspirar a esos modales. ¿No cree?”, le preguntó, con la esperanza de que este cambio de temperamento no fuera más que nervios y que él no fuera tan desagradable en todo el día.

Se encogió de hombros, su boca se convirtió en una sonrisa de disgusto. “No seré cruel ni hiriente con usted. Solo quiero que su día sea agradable y lleno de diversión y risas”. Hizo un gesto hacia una canasta a sus pies. “Le pedí a mi cocinera que preparara un picnic en caso de que necesitáramos romper nuestro ayuno. Espero que le guste el pastel de cerdo”.

Julia cerró los ojos, la sola idea de comer cerdo la obligaba a querer decir lo que sentía. Nunca le había gustado el sabor de la carne, y tenerlo como única comida sería una verdadera tortura. “Voy a echar un vistazo a lo que ha preparado su cocinera. Estoy segura de que habrá algo que me tentará”.

El carruaje se dirigió hacia el suroeste fuera de la ciudad, y pronto estuvieron en el campo. Lord Perry tenía razón, había otros carruajes en la carretera, pero también, podían estar viajando hacia el este, a Bath.

“Me han señalado como un gran anfitrión, y estoy seguro de que disfrutará de los pasteles de cerdo. Los sirvo a menudo en los eventos que organizo. Al fin y al cabo, son mis favoritos”.

Julia luchó por no poner los ojos en blanco. No se casaría con Lord Perry, aunque sólo fuera porque comía cerdo. Se estremeció y miró hacia adelante. “El camino está bastante polvoriento, ¿no es así?, con todos los carruajes y caballos”.

“Así es, pero daremos la vuelta justo adelante, y entonces no estaremos lejos del castillo”.

Excelente, porque ahora que estaba en esta excursión durante la tarde, no podía esperar a que terminara. Cuanto antes llegaran, inspeccionaran las ruinas y comieran el horrible almuerzo que le esperaba, antes regresarían a Londres.

El hombre que estaba a su lado no se parecía en nada al caballero que la felicitó y habló de cosas interesantes en el último baile en el que estuvieron juntos. Este hombre parecía un poco frío, maltratando a su criada y mandón. Nadie quería que le dijeran que tenía que comer un determinado alimento. No tenía cinco años y no estaba bajo la tutela de una niñera.

“Ahí está”. Julia señaló la parte circular de la ruina que se vislumbraba rápidamente a través de los árboles. Se inclinó hacia adelante, tocando a su doncella para mostrársela. “Mira, Masie, ahí está. Tendré mucho que decirle a Hailey esta noche, lo majestuoso que es”.

Su doncella asintió con la cabeza y Julia sonrió, emocionada por estudiar las ruinas a medida que se acercaban. Lord Perry se aclaró la garganta. “Su doncella puede esperar en el carruaje mientras caminamos por las ruinas”.

Julia se quedó quieta ante sus frías palabras. Por el bien del decoro, necesitaba a Masie con ella, incluso si deseaba estar a solas con su Señoría, cosa que no hacía. “Masie se unirá a mí, mi Señor. No la dejaré en el carruaje. Ella es mi chaperona”, le recordó.

Un músculo se tensó en su mandíbula, y no podía comprender porqué tener a su doncella con ella lo irritaba tanto. Era común que las mujeres solteras trajeran a sus doncellas. A menos que... Tragó saliva, con la boca del estómago hecha un nudo. La había traído aquí hoy para tratar de forzar su mano de alguna manera. Su cuñado, el Duque, dijo que no era raro que las herederas se vieran comprometidas. Tal vez no debería haber venido.

“Si lo desea” dijo él, dedicándole una pequeña sonrisa.

Julia asintió, sabiendo que era lo que deseaba y lo que ocurriría. Su intento de apaciguarla no funcionó, y los nervios se apoderaron de él y no amainaron.

El carruaje comenzó a subir una pequeña pendiente. En la parte superior, parecía haber un claro para que los carruajes y los caballos se estacionaran para aquellos que deseaban explorar el castillo. No había otros carruajes, ni caballos, lo que la inquietaba más.

La rueda chocó con una hendidura en la carretera y sonó un crujido justo antes de que el carruaje se inclinara hacia un lado. Su doncella se quedó sin aliento, y Julia se agarró al costado del carruaje para evitar caer en el regazo de Lord Perry. Los caballos saltaron hacia adelante, la rueda rota los sobresaltó un poco, pero afortunadamente el conductor mantuvo las monturas y evitó que se enredaran mientras aún estaban unidas al carruaje.

Se detuvieron, el carruaje estaba en una terrible pendiente que dificultaba el descenso. “La rueda se ha roto” dijo Lord Perry, con la voz tan sorprendida como su rostro. “Eso es inesperado”.

Mucho, pensó Julia, sujetándose a un lado y tratando de no deslizarse hacia Lord Perry.

“¿Puede ayudarme a bajar, mi Señor?” preguntó, queriendo bajarse del vehículo, sin confiar en que los caballos salieran corriendo, ya que parecían menos que calmados, pero todavía enganchados como estaban. “Salta, Masie” le ordenó a su doncella.

Lord Perry la ayudó a bajar, rodeándole la cintura con el brazo y empujándole contra los pechos de la manera más desagradable. Ella ignoró el calor que brillaba en sus ojos y simplemente se alejó de su agarre lo más rápido posible.

Cuando el suelo se encontró con sus botas de cuero, suspiró aliviada y se dirigió a su criada, que se mantenía a una distancia prudente del carruaje.

Lord Perry bajó de un salto e inspeccionó el carruaje, ahora sin una rueda, antes de ayudar al cochero a desenganchar los caballos. “Tendré que volver a Londres con mi chófer y traer otro carruaje. Puede mirar las ruinas y tener el picnic que había empacado. Volveré cuando haya hecho todo eso”.

Julia miró a Masie y no pasó por alto la preocupación en sus ojos. “Muy bien, mi Señor. Pero, por favor, dese prisa. No es seguro para nosotras estar aquí solas sin un acompañante masculino”. La idea de toparse con un maleante de caminos, con ladrones o, peor aún, con personas que ni siquiera quería contemplar, hizo que su estómago se retorciera de pavor.

“No tardaré más que dos horas, Señorita. No se preocupe” dijo Lord Perry, sacando a los caballos de los rieles de enganche y alejándolos del carruaje averiado. Ató las monturas a un árbol y luego regresó al carruaje, sacando la canasta de picnic que había estado a sus pies.

“Aquí está su almuerzo. Creo que al otro lado de las ruinas del castillo hay un río si quiere refrescar la ratafía que había embotellado para nuestro viaje”.

“Gracias, mi Señor” dijo ella, quitándole la cesta y observando cómo él y su cochero saltaban sobre los caballos sin silla, volviéndolos hacia la dirección en la que habían venido. Ella extendió la mano justo antes de que él partiera, tomó las riendas del caballo y lo detuvo. “Tal vez esta sea la elección equivocada. Estoy segura de que habrá otros que tendrán una excursión aquí hoy. Tal vez esperemos todos juntos, pidamos que nos devuelvan a Londres en lugar de que nos deje aquí”.

Él se echó a reír, inclinándose y acariciándole la mejilla. Ella se tambaleó por su toque, sin saber porqué la había tocado de manera tan inapropiada. “No se preocupe, Señorita. No le pasará nada. Volveré antes de que me echen de menos”.

Julia dio un paso atrás, observando a los dos hombres trotar colina abajo. Se volvió hacia Masie y la miró fijamente durante un largo momento, sin estar segura de que las dejarían solas para defenderse en medio de la nada.

“Vamos, Señorita. Iremos a las ruinas, encontraremos un lugar para romper nuestro ayuno. Un lugar menos visible antes de que decidamos lo que vamos a hacer”.

Julia asintió, siguiendo a su doncella, que recogió la cesta antes de dirigirse a las ruinas. Si Julia hubiera querido explorar el lugar, habría sido maravilloso, pero su mente y su estómago no se calmarían ni dejarían de tener preocupación ahora que estaban solas.

Tardaron una hora en llegar a ese lugar y, por lo tanto, regresar a Londres les llevaría varias. Ni sus botas ni los zapatos de la criada eran lo suficientemente resistentes para una caminata tan larga. Por no hablar de quién sabía con quién se encontrarían en la carretera de Bath. Es posible que su salvador no lo fuera en absoluto.

Julia asintió y siguió a su doncella por un camino desgastado que conducía al castillo, enclavado al pie de una pequeña colina. De hecho, un río corría por el lado opuesto, y pudieron encontrar asientos improvisados cerca del agua, pero ocultas a la vista de cualquiera que pudiera

explorar las ruinas más tarde ese día.

“Si alguien llega, lo observaremos por un momento y luego evaluaremos si es seguro para nosotras hablar con ellos. Tal vez podamos pedir que nos lleven de vuelta a Londres en caso de que vayan en esa dirección. Seguramente nos cruzaremos con Lord Perry a su regreso, y él se detendrá para seguirnos a casa”.

Masie rebuscó en la cesta, sacando la botella de ratafía y un poco de pan envuelto en un paño. “Tome, Señorita. Tome algo de comer. Estoy segura de que Lord Perry hará lo que dijo y regresará rápidamente. Deberíamos pasear alrededor de las ruinas y no dejar que este incidente arruine nuestra excursión”.

Lo que decía su doncella tenía sentido, pero, aun así, a Julia no le gustaba estar sola. Eran vulnerables aquí sin protección. No es que necesitara necesariamente un hombre para no serlo, pero un mosquete sería útil en este momento.

Aun así, durante más de una hora, caminaron por las ruinas, maravillándose con la estructura que alguna vez fue grandiosa. Ahora era nada más que una cáscara de lo que alguna vez pudo haber sido. Encontraron un área de picnic segura cerca de la orilla del agua, pero nadie llegaba a hacer turismo como ellas. El día estaba inquietantemente tranquilo y la puso en guardia.

“Llevamos aquí más de dos horas, Masie. ¿No debería haber regresado Lord Perry a estas alturas?”

Su doncella miró en la dirección en la que llegarían los carruajes, con el ceño fruncido. “No sé porqué no ha vuelto. Tal vez tardó más en conseguir otro carruaje. Estoy segura de que no debería estar muy lejos”.

Julia no estaba tan segura, y se le revolvió la boca del estómago. Algo no estaba bien. Pero bueno, Lord Perry no sabía que la rueda de su carruaje se rompería, por lo que no había razón para que no regresara.

Ojalá lo hiciera, para que pudieran irse. Se estremeció cuando el Sol se ocultó bajo la línea de árboles. Tenía que regresar antes de que tuvieran que pasar una noche en el bosque con nada más, que sus inútiles vestidos de día y chales, para mantenerse calientes.

Lo que no las mantendría calientes en absoluto.

CAPÍTULO TRECE

Lord Chilsten llegó a la casa del Duque de Derby en la cuadra Berkeley con ganas de visitarlo, y si por casualidad se topaba con la Señorita Julia, mucho mejor. Una sonrisa alzó sus labios mientras el recuerdo de su última vez juntos flotaba en su mente.

Le entregó al sirviente su sombrero y sus guantes, y se detuvo al oír el tono preocupado de la Duquesa procedente de la biblioteca.

“Espere aquí, por favor” dijo el mayordomo, dirigiéndose hacia la puerta de la biblioteca justo en el momento en que se abría, y el Duque salió decididamente al vestíbulo. Se detuvo de golpe, con la Duquesa pisándole los talones, casi chocando con su espalda.

“Chilsten” dijo, acercándose y estrechándole la mano. “Tengo prisa, pero estaré en nuestro club más tarde esta tarde si quieres ponerte al día” dijo, llamando a su carruaje.

“Por supuesto” dijo Cyrus, notando el pálido semblante de la Duquesa. “¿Está todo bien?”

El Duque le quitó su abrigo a un sirviente, y su esposa le ayudó a ponérselo. “Es la Señorita Julia. No ha regresado de su excursión de esta mañana con Lord Perry. Viajaron a las ruinas del castillo cerca de Richmond con su doncella, pero aún no han regresado. Hace mucho tiempo que deberían haberlo hecho”.

Un nudo frío se asentó en sus entrañas, su piel se erizó por la inquietud. “¿Cree que le ha pasado algo al vehículo? No hay ninguna razón por la que no tendrían que haber vuelto. ¿No van a cenar en casa de Lord y Lady Shaw esta noche antes del baile?”

“Lo íbamos a hacer, y cuando no regresó a tiempo para preparar la cena, la Duquesa me informó de su preocupación. Es extraño y no es habitual en su comportamiento”.

La Duquesa resopló, y Cyrus notó su molestia. “Iré contigo. Tengo mi carruaje afuera, y es lo suficientemente grande en caso de que necesiten una escolta a casa”.

“Esa es la cuestión” dijo el Duque, frunciendo el ceño a su esposa antes de acariciarle la mejilla y susurrarle algo al oído. “Lord Perry ha sido visto de nuevo en la ciudad esta tarde. La doncella de la Duquesa estaba haciendo recados y vio a Lord Perry en San James, pero ni rastro de Julia ni de su doncella. Envié a un sirviente a preguntar, pero no ha podido localizar a Lord Perry”.

“Vámonos ahora. Solo tenemos una hora, dos a lo sumo, antes de que oscurezca por completo”.

“Sí” dijo el Duque, siguiéndole.

Cyrus le dijo a su chófer su ubicación y la prisa con la que debían salir de Londres, y pronto se dirigieron hacia el oeste, hacia Richmond. Cyrus observó cómo la ciudad daba paso a verdes pastos y árboles, las tierras y los animales que vivían en ellas se establecían para pasar la noche.

La idea de que Julia y su doncella estuvieran fuera en tales condiciones, sin protección, lo dejó frío. “¿Cuál sería el propósito de Lord Perry de dejarlas en las ruinas, si es que realmente están allí? ¿Habrán regresado a Londres, y tú simplemente no lo sabes?”

El Duque negó con la cabeza. “No, Julia es una mujer sensata. No quería preocupar tanto a su hermana, pero no sabría decirte cuál fue el propósito de Lord Perry. Me ha pedido la mano de Julia, pero tal vez no quiera esperar el mes necesario para que se llamen las prohibiciones”.

“¿Le has dado permiso para casarse con ella?” preguntó Cyrus, pensando seriamente en lo que haría si el Duque quisiera tal matrimonio. Sabía que algún día tendría que casarse con una mujer de estatus e influencia, pero tampoco quería que Julia se casara. Era lo suficientemente egoísta como para querer que ambos permanecieran como estaban ahora y no se comprometieran con nadie.

No puedes seguir saltando cerca de la ruina con ella. Ella se merece algo mucho mejor que eso.

El Duque asintió, pero no pareció muy contento con la idea. “Lo he hecho, por supuesto. Lord Perry es respetable y no tiene deudas ni escándalos vinculados a su nombre. No es que vaya a suponer una diferencia para la Señorita. Cuando le conté la petición de Lord Perry, se rio y dijo que podía pedírselo, pero que eso no significaba que tuviera que decir que sí. Se necesitará un hombre de voluntad fuerte y paciente para casarse con la hermana de mi querida esposa. La quiero. Ella es posiblemente mi favorita de todas, pero qué mujer es. Le deseo suerte a cualquiera que la desee como su esposa”.

Los labios de Cyrus se crisparon. Era una mujer encantadora y deliciosa a quien siempre quería en sus brazos.

“¿El carruaje tiene mantas? Estarán frías si es que se quedaron varadas en las ruinas”.

“Sí, varias bajo los asientos”.

“Muy bien”. El Duque meneó la cabeza, absorto en sus pensamientos. “Para arruinarla y forzarla, Lord Perry tendría que volver a la ciudad con ella después de una hora respetable. Si alguien los viera, con una doncella a cuestas o no, a altas horas de la noche, no habría mucho que pudiéramos hacer para salvar su reputación. Pero está en Londres. Dejarlas ahí no tiene ningún sentido”.

“No lo tiene, pero pronto estaremos allí, y esperemos ante todo que estén sanas y salvas. Entonces buscaremos las respuestas a nuestras preguntas”. De cualquier manera, Lord Perry tenía que dar muchas explicaciones, y no solo al Duque, sino también a Cyrus. Si se enteraba de que el bastardo buscaba quitarle la elección a Julia, lo golpearía hasta convertirlo en pulpa.

Julia envolvió a su doncella en sus brazos cuando el sol finalmente se ocultó detrás de la colina. Había sido un espectáculo mágico e interesante solo unas horas antes, ahora, las ruinas parecían premonitorias, frías, cerniéndose sobre ellas como la perdición.

“No entiendo porqué Lord Perry no ha vuelto. ¿Por qué dejarnos aquí?”, dijo su doncella por centésima vez, y, aun así, Julia no tenía una respuesta para ella.

“No lo sé, Masie”. El frío del aire besaba su piel, y trataron de acurrucarse ambas bajo su ligero chal lo mejor que pudieron, pero era inútil. Se congelarían si no hicieran algo.

“Ven, caminaremos. Nos mantendrá calientes, y tendremos más posibilidades de volver a Londres por carretera que aquí, en las ruinas”.

“Pero ¿qué pasa si nos encontramos con alguien que desea hacernos daño? ¿Qué haremos?”

Julia miró lo mejor que pudo a la luz moribunda. “Tomaremos dos palos grandes y los sostendremos. Prepárate para usarlos como arma. Aparte de eso, no sé qué hacer. Ninguna de las dos puede encender un fuego para mantenernos calientes durante la noche”.

Su doncella empezó a sollozar al oír sus palabras, y Julia le frotó la espalda. “Estaremos bien, Masie. No te preocupes. Te llevaré a casa pronto y sana y salva. No te preocupes”.

“¡Julia!”

Suspiró al oír su nombre en el tono familiar que conocía tan bien como el suyo. “¡Lord Chilsten!” gritó. “Estamos aquí abajo” gritó, ayudando a su criada a ponerse de pie mientras salían de su escondite.

Los pies crujiendo sobre la grava y las espinas rotas resonaban en la oscuridad. Justo cuando salían de los árboles, ocultándolos de la vista, Julia vio a Lord Chilsten y a su cuñado, el Duque, que caminaban en su dirección.

Sin pensarlo, Julia corrió hacia el abrazo de Cyrus, dando la bienvenida a sus fuertes brazos que la rodearon. Se aferró con fuerza a él, olvidando que el Duque observaba cada uno de sus movimientos. Sintió el roce de los labios de Lord Chilsten sobre su cabeza antes de que él la apartara y la mirara fijamente.

Por fin estaban a salvo.

Y Cyrus parecía furioso.

CAPÍTULO CATORCE

“¿Qué pasó para que estén aquí solas? ¿Derby mencionó que estaban en una excursión con Lord Perry?”

Julia se soltó de su agarre, se enderezó y respiró hondo. Una que se sintió como la primera en otras tantas horas. Estaban a salvo. Derby la llevaría a casa con su hermana, y esta excursión de pesadilla finalmente terminaría.

“Lord Perry nos recogió antes del almuerzo de hoy para visitar estas ruinas, pero al llegar, la rueda del carruaje se rompió. Volvió a buscar otro carruaje, pero no regresó”.

El Duque frunció el ceño a Chilsten antes de acercarse y tomarla del brazo. “Ven, Julia, te devolveremos a casa con Hailey. Está terriblemente preocupada y molesta”.

Julia asintió, dirigiéndose al carruaje. Pronto todos estaban instalados y en camino de regreso a Londres. Julia se estremeció en su chal, la noche se volvía más fría cuanto más oscura se volvía. “¿Se han encontrado por casualidad con Lord Perry cuando venían a recogernos? ¿Creen que le pasó algo y por eso no regresó?”

El conductor gritó antes de que el carruaje se detuviera. Julia se encontró con los ojos sorprendidos de su doncella, pero antes de que pudiera mirar para ver lo que estaba sucediendo, el Duque y Lord Chilsten estaban saliendo del carruaje.

“¿Bandidos?” murmuró su doncella, con los ojos muy abiertos por la alarma.

Julia se deslizó hacia la ventana y miró hacia afuera. La ira reemplazó al miedo que la había invadido al ver a Lord Perry saltar de su montura. El repugnante sonido del puño chocando con la carne sonó en el aire, y ella se quedó mirando, con los ojos muy abiertos, la visión de Lord Chilsten golpeando a Lord Perry directamente en su nariz.

El hombre bajó, tapándose la cara y gritando una multitud de insultos hacia Cyrus.

“¿Cómo se atreve a golpearme?” dijo, poniéndose en pie y echando a andar hacia el Marqués. Derby se interpuso entre ellos, empujando a Lord Perry a un lado.

“¿Cómo me atrevo? ¿Cómo se atreve a dejar a dos mujeres solas e indefensas en el bosque?”

Julia entrecerró los ojos, no estaba segura de que le gustara que la calificaran de indefensa. Al fin y al cabo, iba a coger un palo y estaba segura de que sabría cómo golpear algo si surgía la necesidad. Aun así, permaneció en silencio, esperando a ver cómo Lord Perry le explicaba, cómo se libraba de sus acciones.

“Necesitaba conseguir otro carruaje”.

“¿Y eso le llevó toda la tarde y hasta la noche? Me estremezco al pensar en lo que podría haberles pasado si hubieran estado aquí toda la noche. ¿Tiene alguna idea de lo peligrosas que fueron sus acciones aquí hoy?” gritó Cyrus, la ira se apoderó de él, haciendo que el corazón de

Julia se acelerara.

“Vine tan pronto como pude” se defendió Lord Perry.

“Eso no es cierto. La criada de mi esposa lo vio entrar en Whites. Explíquelo, si puede”.

“Yo no tenía otro carruaje. Tuve que pedir prestado el de Lord Roberts” dijo, dirigiendo la mirada hacia ella.

“Tendría que haber venido a verme” dijo el Duque. “¿Por qué no lo hizo, a menos que todo esto fuera un plan para llegar a Londres a altas horas de la noche? O no volver hasta altas horas de la madrugada, cuando mi mano puede verse obligada a adherirse a las reglas de la sociedad y exigirle que le ofrezca matrimonio a la Señorita. ¿Era eso lo que intentaba, Lord Perry?”

“No me atrevería” tartamudeó. Julia pudo ver cómo el color de Lord Perry se elevaba a la luz de las lámparas del carruaje, incluso desde donde estaba sentada. “No necesito engañarla para casarme con ella, para ganarme su mano”.

Cyrus se pasó una mano por el pelo, paseándose. “Nunca ganará su mano, y nunca volverá a estar a solas con ella ni la llevará a ningún lado. ¿Lo entiende?”

Lord Perry se llevó las manos a las caderas, ofendido. “¿Y quién se cree que es, que me ordena sobre una mujer que, si no me equivoco, no es su esposa? Tuvo una. Tal vez si la hubiera cuidado más, todavía estaría viva”.

Si Julia hubiera parpadeado, se habría perdido el ver el segundo puñetazo que golpeó a Lord Perry en la barbilla. Su cabeza se echó hacia atrás y tropezó, pero no cayó al suelo.

“No hable de mi familia, o no volverá a levantarse, Lord Perry. Nunca, tal vez”.

Julia se mordió el labio, nunca había visto a Cyrus tan emocionado, enojado y preocupado a la vez. Y sobre todo por ella.

“Basta ya” dijo el Duque, apartando a Cyrus. Miró a Perry, ambos hombres parecían querer asesinarsen el uno al otro en ese momento.

“No volverá a acercarse a la dama. ¿Lo entiende?” dijo el Duque, con un tono que no admitía discusión.

“Creo que eso depende de la propia dama” replicó Perry, decidido, al parecer, a no permitir que nadie le diera órdenes. “Después de todo, ella ha estado sola, y por lo que la sociedad sabe, ha estado conmigo. Es posible que no tengas más remedio que casarse conmigo”.

Julia suspiró. ¿Era esto lo que Perry había planeado todo el tiempo?

Cyrus se echó a reír, apartando al Duque. Se ajustó el abrigo, se puso de pie en toda su altura y se elevó por encima de Lord Perry, que pareció encogerse ante su postura. “La Señorita no se casará con usted ni con nadie, porque se casará conmigo antes de que yo le permita arrojarle a sus pies”.

¿Casarse con Cyrus? No se lo había pedido a ella y hasta ese momento le había dicho que necesitaba una mujer de rango, no una joven del campo.

¿Qué le había hecho cambiar de opinión?

Su salida de hoy ciertamente no debería haber sido suficiente. Al fin y al cabo, había estado acompañada, e incluso sin escolta masculina, nadie se había encontrado con ellas que pudiera hablar a menos que Lord Perry se hubiera pronunciado sobre el suceso.

“Señorita Julia, ¿Lord Chilsten le propuso matrimonio?” le preguntó su doncella, con los ojos todavía bien abiertos, pero ahora por una nueva razón.

Julia se recostó en el asiento, sin saber muy bien qué estaba pasando. Quería a Lord Chilsten, de eso no le cabía la menor duda, pero quería que él también la deseara a ella y que no se limitara a ser el salvador de sus problemas, en caso de que surgieran después de la situación de hoy.

Ella quería que él la amara. Que se enamorara de ella. Estar con ella y con nadie más. Era un libertino, y su reputación era una de las peores de Londres, sino de toda Inglaterra. ¿Sería fiel? ¿Podría aprender a amarla y construir una vida juntos?

“Si se le puede llamar propuesta” dijo, justo en el momento en que se abría la puerta del carruaje, viendo que Derby y Chilsten se acercaban y tomaban asiento frente a Julia y su doncella. Vio a Lord Perry desempolvar su chaqueta y volver al carruaje que había traído para recogerlos. Lo vio pasar y Julia se apartó de él. El hombre las había dejado más tiempo del necesario. Podría haber alquilado un coche si su excusa para conseguir otro carruaje fuera cierta. Con suficiente entereza, cualquiera habría viajado a las ruinas. Después de todo, no estaban muy lejos de la ciudad.

La atención de Julia se movió a través del espacio oscuro, y sus ojos se encontraron con los de Lord Chilsten. Él la observó, y ella pudo ver que quería decir algo, pero no estaban solos.

“No te preocupes, Julia. No habrá escándalo por la excursión fallida de hoy” dijo el Duque, lanzándole una pequeña sonrisa.

Ella asintió, con la esperanza de que eso fuera cierto. “¿Y qué hay de su propuesta, Lord Chilsten? ¿Quiso decir lo que dijo en el camino justo antes? No creo que me haya pedido que fuera su esposa, pero parece que piensa y estás dispuesto a declarar que vamos a casarnos”.

El Duque se aclaró la garganta y Julia ignoró la sonrisa divertida en su rostro que intentaba ocultar a todos.

Los ojos de Cyrus se oscurecieron con determinación, y ella lo observó, no dispuesta a dejar que sus hermosas y pícaras artimañas la hicieran desmayarse a sus pies, como solía hacer. A menudo olvidaba sus planes cuando estaba cerca de él, y él terminaba siendo quien los guiaba en este alegre baile en el que habían estado participando en las últimas semanas.

“Creo que debería aceptar mi oferta de matrimonio. Es probable que Lord Perry se sienta bastante molesto después de mi actuación de esta noche. Tratará de vengarse de mí, y a través de usted, sin duda. No permitiré que manche su nombre y, por lo tanto, creo que es necesario un matrimonio entre nosotros”.

“Entonces, ¿me estás pidiendo que me case con usted?” preguntó, con un tono dulce, pero no se sentía nada encantada ante la perspectiva. Ella no quería casarse con él porque tuvieran un escándalo inminente o porque él se sintiera moralmente obligado. “No quiere casarse conmigo. Usted mismo me ha dicho que está buscando una esposa de rango, por la razón que sea que no ha revelado. ¿Por qué ofrecer su cuello en una guillotina así?”

Cyrus se aclaró la garganta. “Tampoco quiero que se case con Perry”.

“Entonces, está proponiendo matrimonio por celos y no quieres que nadie más me tenga. ¿Es eso correcto, mi Señor?” Julia negó con la cabeza, no dispuesta a casarse con nadie en tales circunstancias. Incluso si la idea de ser la esposa de Cyrus tenía sus ventajas y era algo que había anhelado desde su primer beso un año antes. Pero si él no la amaba, ella tendría pocas esperanzas de mantenerlo leal, y un matrimonio en el que ella jugara el papel secundario después de la cama de una puta o de alguna otra matrona de la *sociedad* no le convendría.

“Discutiremos el asunto cuando esté a salvo en la casa de Derby” dijo Cyrus, desestimando su pregunta.

Ella entrecerró los ojos, sin confundir la autoridad que él ejercía sobre ella, algo que ella se resistía a permitir. Un matrimonio sería una asociación, un entendimiento mutuo de amor y amistad. Él no se lo volvería a decir, ni como amiga ni como esposa.

“Muy bien”, reconoció. “Cuando estemos de vuelta en la casa de la ciudad, le pido poder

hablar con Chilsten, Su Excelencia. Solos. ¿Lo permitirá?”

El Duque la miró a los ojos antes de que su atención se dirigiera a la de Chilsten. Su boca se entrecerró en una línea de desaprobación antes de asentir. “Muy bien, pero no por mucho tiempo. ¿Están los dos de acuerdo?”, preguntó.

“De acuerdo”, dijeron al unísono.

CAPÍTULO QUINCE

El momento en que el carruaje se detuvo ante la casa de Derby fue la primera vez que Cyrus sintió que podía respirar. Julia y su doncella estaban a salvo. No les había sucedido nada malo, y estaban en casa sin un rasguño ni un escándalo.

Fue una conclusión afortunada. Podría haber terminado con ella comprometida con Lord Perry, sin que ni él ni Derby pudieran hacer nada al respecto.

Derby les hizo un gesto para que usaran su biblioteca para su discusión. Cyrus le pidió a Julia que fuera delante de él, mientras él la seguía hasta la habitación, su abundancia de libros y el cálido fuego de la tarde eran un respiro de bienvenida, después del frío viaje en carruaje que acababan de soportar la última hora.

La siguió hasta el lugar, contemplando las llamas un momento y bebiendo el calor que proporcionaba a su persona. “¿En qué estaba pensando al salir con Perry con su criada como acompañante? Es una heredera. A muchos hombres como Perry les vendría bien una situación como la que usted le entregó para forzar un matrimonio que usted no desea. La dejó y no regresó, haciéndola vulnerable a un peligro desconocido y al amor de la *sociedad* por los chismes. Podría estar en este mismo momento entrando en un entendimiento con él. ¿Es eso lo que quiere?”, le preguntó, su enojo por toda la situación hizo que sus palabras fueran más contundentes de lo que pretendía.

“Olvida, mi Señor, que tenía permiso del Duque y de mi hermana para ir. Que la rueda se rompiera no era algo que nadie pudiera prever. Aunque no sé si Lord Perry cambió de opinión para utilizar el incidente a su favor, no es bienvenido que usted me reprenda por los acontecimientos de hoy. No es mi tutor ni mi padre. Usted se ofreció a ayudarme a encontrar un caballero libre de escándalos, y afortunadamente he escogido varios que usted ha dicho que son adecuados. Que esté aquí, regañándome por una situación fuera de mi control, apesta a un hombre que se está extralimitando”.

Ella fue a empujarlo y él la agarró de la mano, apretándola contra él. El tacto de ella, su olor, sus ojos grandes y bonitos le hacían doler, y supo que tenía razón. Todo lo que dijo era cierto. Él la estaba regañando, y no era su lugar. Tampoco se lo merecía. Pero la idea de que se casara con gente como Perry le revolvió el estómago.

“No es mi intención castigarla, Julia. Estaba preocupado, eso es todo”.

“¿Por qué estaba tan preocupado? ¿Hay algo que desee decirme, Lord Chilsten? ¿O es que sólo piensa irse y ocuparse de sus asuntos hasta que de nuevo me encuentre en una excursión con otro caballero que no aprueba y, por lo tanto, me lo haga saber?”

Cyrus respiró hondo. Un error, porque el aroma de sus lirios se incrustó aún más en su mente,

dejándolo con ganas de más. “No es mi intención interponerme en su camino”.

“¿No?” Ella se echó a reír y retiró la mano. “Esta noche le ha dado un puñetazo en la cara a Lord Perry. Si eso no es interponerse en mi camino, no sé qué es”. Giró la cabeza hacia un lado, estudiándolo como si fuera una rareza. “Admita la verdad a usted mismo si no me la admite a mí”.

“¿Y qué verdad es esa?” susurró él, y su atención se centró en sus labios, que estaban un poco azules por el frío. Aun así, anhelaba probarlos, besarlos hasta que estuvieran calientes. Ella era tan dulce, amable y apasionada, todo lo que él no requería en una esposa, pero todo lo que su cuerpo y alma anhelaban.

“Que está celoso de los hombres que me cortejan. Que en el fondo de ese corazón encapuchado suyo, tiene sentimientos por una mujer sin rango que proviene de un pueblo tan insignificante, que estoy segura de que nadie sabe dónde está. Que desea a una mujer que se sienta más a gusto sola en el campo con sus caballos y sus perros que en los *salones de baile de la sociedad*. Que esta vez me pida que sea tu esposa como es debido, y no al borde de un camino, si eso es lo que quiere, antes de que otro caballero me lo pida, y que yo le diga que sí”.

Un escalofrío recorrió su espalda ante la veracidad de sus palabras. Él la miró fijamente, maravillándose de su belleza y de su capacidad para ver a través de su rostro. Que supiera lo que quería en lo más profundo de su alma. Un hecho aterrador y liberador.

“Hay cosas que no sabe de mí, Julia”.

Ella soltó una risita, agitando la mano y desestimando sus palabras. “Sé todo lo que hay que saber sobre usted, Lord Chilsten. No me asusta ni me intimida. Sin embargo, usted...” dijo ella, pasando un dedo por su chaleco y clavándole en el corazón, “me intriga y me enfurece con su terquedad. Creo que nos adaptaríamos mejor de lo que cree”.

¿Significaba eso que ella aceptaría ser su esposa? Él la miró fijamente, sabiendo que quería que fuera suya. Después de aquella noche, por el miedo que le invadía al pensar que Lord Perry había aprovechado el drama imprevisto del día a su favor y la había obligado a casarse con él, sabía que eso nunca funcionaría.

No podía ver a la mujer que tenía delante casarse con otro. Hacía que su corazón se acelerara, que su cuerpo la anhelara. Él no podía tener esa reacción hacia ella si ella estaba casada con otra persona. Sabía lo que iba a pasar entonces. Presionaría para que se produjera una aventura clandestina, y la ganaría.

Pero no sería suficiente.

No querría dejarla ir una vez que la tuviera.

“¿Se casará conmigo, Woodville?” preguntó, cogiéndole las manos y sintiendo el frío de sus dedos a través de los guantes. Pasó sus manos sobre las de ella, tratando de calentarlas. “¿Sería mi esposa y futura Marquesa?”

Ella se sobresaltó al oír sus palabras. Claramente, ella no pensó que su insistencia terminaría la conversación con una propuesta, pero tenía razón. No podía verla caminar por el pasillo con nadie más que con él. Sabía que no se lo había contado todo, pero que lo haría en cuanto se casaran y sus vidas se unieran para siempre. Con el tiempo, ella le perdonaría su error, y llegaría a amar a su hija tanto como él. Julia era un alma cariñosa. Ella no lo odiaría para siempre.

Esperaba.

“¿Quiere casarse conmigo de verdad?” preguntó ella, sin creer sus palabras.

Él asintió. “Sí, eso es lo que estoy preguntando. No debería haberlo soltado en el camino esta noche, pero quiero que se case conmigo. Que se convierta en mi esposa”. Bajó la mirada hacia

sus manos entrelazadas, incapaz de sostener su mirada. “Tiene razón, no puedo sentarme y verla casarse con nadie más, y, por lo tanto, como caballero, debo pedir su mano para que sea mía y de nadie más”.

“Me prometí a mí misma que no me casaría con ningún hombre a menos que lo amara tanto como él me amaba a mí. No romperé mi juramento”.

“Creo que después de hoy, ese deseo puede ser imposible. Supongamos que Lord Perry usa su presencia con él después del anochecer y a solas para forzar una unión. En ese caso, es posible que se encuentre comprometida con su Señoría” mintió, sabiendo que nunca permitiría que Perry usara la situación a su favor. Pero tampoco podía profesarle el amor que ella deseaba, no cuando todavía no estaba seguro de que las emociones que se alborotaban en su interior fueran realmente ese sentimiento.

“Sé que no estaba en verdad sola con él, pero nadie puede probar lo contrario, y no puedo permitir que ninguna sombra manche su nombre”.

Se preocupaba demasiado por ella por eso. ¿No era eso suficiente para hacer un matrimonio feliz y pleno? Ciertamente esperaba que así fuera.

Miró fijamente sus manos, con el ceño fruncido por los pensamientos. “No puedo permitir que mi familia sufra por mis acciones de hoy, aunque no hayan sido mi culpa. Si hay algún indicio de un escándalo, puede poner en peligro a mis hermanas, que aún no han debutado”. Ella suspiró, y él detestaba que ella pareciera abatida por su oferta.

“Seré fiel, Julia. Prometo ser el mejor esposo que pueda ser para usted”, dijo, necesitando que ella supiera que trataría de hacerla feliz. Trataría de hacer que su matrimonio fuera lo mejor posible. Ella no era lo que él había pensado que necesitaba para una esposa, pero ciertamente era lo que él quería. Y eso anulaba todas las demás consideraciones.

“Muy bien” asintió ella, mirándolo a los ojos. “Me casaré con usted, Lord Chilsten”.

Sonrió, un peso que no sabía que estaba presionando sobre sus hombros se disipó. Habría pensado que habría ocurrido lo contrario. Era extraño que no fuera así.

CAPÍTULO DIECISÉIS

A la tercera semana de que se llamaran las prohibiciones, Julia le dio la bienvenida a la ciudad, a su madre, a su padre y a su hermana menor Ashley, que iba a debutar al año siguiente. Su amiga Reign había regresado a Grafton dos semanas antes, pero prometió asistir a la boda.

Julia sabía que últimamente había estado tan ocupada que no había visto a su amiga en varios eventos, pero no pudo evitar preguntarse si Reign habría regresado a casa porque el Marqués de Lupton-Gage había anunciado su compromiso con Lady Sally, la hermana menor de Lord Perry. Un anuncio recibido con sorpresa y mucha decepción por parte de su amiga. Si Julia conocía a su amiga, entendía que estaba desconsolada.

Se sentó bajo la sombra de un sauce en los jardines de la casa ducal de Londres y se deleitó en estar sola por un momento. Allí reinaba la paz y, afortunadamente, alguien había colocado un asiento de madera bajo el árbol para aquellos que quisieran esconderse.

Sólo la más leve brisa se atrevía a mecer las ramas, y el canto de los pájaros completaba la tranquila escena. Ojalá su vida fuera igual de pacífica. Las pruebas de su vestido de novia habían ocupado gran parte de las últimas semanas, y ahora su madre estaba ocupada preparando sus pertenencias y un nuevo guardarropa para enviarlo a la casa del Marqués de Chilsten cuando se casaran.

Miró fijamente el techo verde, pensando en cómo sería la vida casada con Cyrus, cómo sería estar con él cada noche, besarlo y abrazarlo cuando quisiera.

Las mariposas revolotearon en su estómago. Quería que esta última semana terminara ya para poder ser la próxima Marquesa de Chilsten.

Él no te declaró su amor, Julia.

Ella frunció los labios. Con el tiempo, cuando estuvieran casados y vivieran juntos, cuando formaran su familia, llegaría el amor. Estaba segura de ello. Su corazón no podía permanecer distante e intacto para siempre. No si seguía desmenuzándolo. Ya había declarado que sería fiel, lo cual fue un tremendo paso adelante para el libertino que era.

“Ahí está. Me informaron que estaba en los jardines, pero no podía encontrarla”.

El corazón de Julia dio un vuelco al oír la voz de Lord Chilsten. Apartó las ramas de sauce a un lado y entró en su mundo cubierto de hojas. Ella suspiró para sus adentros al verlo. Tan alto, sus anchos hombros hacían que el pequeño espacio debajo del árbol pareciera aún más pequeño. Le picaban las manos por tocarlo, recordarse a sí misma que era suyo y que ninguna Duquesa viuda podía interponerse entre ellos.

“La casa está ocupada y necesitaba tiempo a solas”, dijo, moviéndose a un lado de la silla para que él pudiera sentarse. “Pero bienvenido, por supuesto”.

Él sonrió y su estómago se retorció en deliciosos nudos. El hombre tenía una manera de inquietarla, y hoy no era diferente. Desde el anuncio de su compromiso, apenas habían estado solos, y todo lo que ella había deseado era eso.

Para poder hablar con él, calmar los nervios que la atormentaban de que de alguna manera se arrepintiera de su oferta. Que él sería todo lo que ella esperaba en un marido, y en lo que se convertiría su matrimonio.

“Me alegra escucharlo”. Se inclinó y le robó un beso.

Julia se inclinó hacia él, sin saber cuánto necesitaba que la tocara, que la tranquilizara y la consolara. El conocimiento de que él no la amaba todavía la atormentaba.

Julia le pasó la mano por el cuello, jugando con el pelo de la nuca. “¿Está seguro de que esto es lo que quiere, mi Señor? Es para siempre, necesito recordárselo”.

La observó un momento antes de levantarla del asiento y colocarla en su regazo. Le estrechó las mejillas con las manos, haciéndola mirarlo a los ojos. “No le habría pedido su mano si no la quisiera como mi esposa, mi Marquesa. Soy muchas cosas, como bien sabe, pero no soy un hombre que no conozca su propia mente. Y tomé una decisión en el momento en que pensé en usted casada con alguien más que no fuera conmigo”.

“Palabras muy dulces, en verdad. Si no lo conociera mejor, incluso podría creer lo que dice” dijo, tratando de aligerar el ambiente. Y, sin embargo, sus palabras no estaban lejos de la verdad. Era un libertino, famoso por sus diferentes amantes y escándalos. El mayor el matrimonio hasta el momento, su apresurado matrimonio el año anterior con una dama escocesa que nadie conocía. Y ahora aquí estaba, comprometido de nuevo...

“Me hiere”. Él soltó una risita y su mano se deslizó por su muslo. Se le puso la piel de gallina al tocarla. Una semana más y se casarían, y él podría tocarla y besarla tanto como ella deseara que lo hiciera cuando quisiera.

Sus ojos se oscurecieron, brillaron con calor y su respiración se entrecortó. “¿Qué está haciendo?”, le preguntó. Su vestido se amontonó en su mano mientras él lo subía por encima de su pierna, dejando al descubierto su media de seda.

“Tiene las piernas tan largas. Deberían ser vistas más, ¿no cree?” preguntó, su sonrisa maliciosa dejándola con pocas dudas sobre lo que tenía en mente.

“No se puede hacer nada aquí y ahora. Estamos en el jardín, y cualquiera puede venir y vernos”.

Él se encogió de hombros y sus largos y cálidos dedos se deslizaron entre sus piernas. Ella suspiró, las abrió sin protestar y se maldijo a sí misma por lo desenfrenada que era cuando estaba en sus brazos. “La quiero, no he pensado en nada más que en cuando pudiéramos estar solos” susurró él, besándola en el cuello.

Ella lo empujó, tratando de ponerse de pie, y él la volvió a sentar en su regazo. “Pero ese es el punto, mi Señor. No estamos solos. Estamos en el jardín de mi hermana y mis padres están aquí. No puede seducirme bajo el sauce”.

Frunció la boca. “¿Dónde puedo seducirla entonces? No puedo esperar hasta nuestro matrimonio para tenerla”.

Julia negó con la cabeza, intentando desprenderse y obtener su libertad. “No, no lo permitiré. Ya he dado demasiadas libertades, y si algo impide que nuestra boda siga adelante... No quiero que me comprometa”. Se acercó para garantizar la privacidad. “¿Y si quedara embarazada?”, le preguntó. ¿No ha pensado en esas cosas? ¿Eran sus artimañas tan imprudentes que no le importaba? Solo podía esperar que lo que él dijera fuera cierto, y que una vez que se casaran, él

sería fiel.

“Nada me impedirá casarme con usted, Julia. Nada” dijo de nuevo, su mirada decidida calmó un poco los nervios que no amainaban.

La copa del árbol fue apartada y su hermana Hailey se puso bajo la sombra. Levantó la ceja hacia Chilsten, que se limitó a mirarle como si la mantequilla no fuera a derretirse en su boca perversamente caliente.

“Chilsten, no debería estar aquí con mi hermana. *Solos*”, acentuó. “Y, de todos modos, lo buscan en la biblioteca. Mi Padre y Derby desean discutir los contratos matrimoniales”.

Julia vio cómo se ponía de pie y se ponía delante de su hermana, y sin importarle nada, bajó la cabeza y la besó. Julia no se movió por miedo a romper el hechizo que él tejía a su alrededor. Él le sonrió, sintiendo su conmoción, antes de despedirse.

Julia miró a los ojos contentos de Hailey y se alegró de que no estuviera enojada. “Chilsten parece enamorado de ti” dijo su hermana, tomándola de las manos. “Tu matrimonio será feliz, creo”.

Julia asintió, con la esperanza de que fuera cierto. “Él no me ama como el Duque te amó a ti antes de tu matrimonio. O lo mucho que el Vizconde Leigh ama a Isla. ¿Y si la difunta Lady Chilsten fuera el amor de su vida? ¿Sostendrá su corazón para siempre?”

Hailey entrelazó sus brazos mientras caminaban de regreso hacia la casa a través del césped. “¿No has visto cómo te mira Chilsten, Julia? Puede que no haya dicho que te ama, pero tengo pocas dudas de lo que siente. Simplemente no creo que conozca la emoción aún para poderla expresar”.

Una porción de esperanza cobró vida dentro de ella. A veces lo había sorprendido observándola, con una mirada melancólica y divertida. Pero ¿era eso amor o solo lujuria? “Quería saber que mi esposo me ama antes de comprometerme. Pero después de la salida fallida con Lord Perry, supongo que no tendré esa indulgencia”.

“No, no la tienes, pero no tengo ningún temor de que tu vida no sea feliz y muy agradable con Chilsten. ¿No se dice que los libertinos son los mejores maridos?”

“No lo sé. Tal vez deberías decírmelo. ¿No tenía Derby un poco de reputación antes de su matrimonio?” bromeó Julia.

Hailey soltó una risita, un ligero rubor se apoderó de sus mejillas. “Te diré esto, mi querida hermana. Serás feliz. No hay nada que no sepamos sobre Chilsten para mancillar tu unión. Todo estará bien, él te cuidará y amará como te mereces. No habría permitido que la unión siguiera adelante si no pensara que ese era el caso. No importa el escándalo que Lord Perry haya tratado de provocar”.

Julia abrazó el brazo de su hermana, muy feliz de tener a alguien a quien contarle sus preocupaciones y saber que nunca la llevaría en la dirección equivocada ni le daría falsas esperanzas. Hailey siempre había sido honesta y directa.

“¿Tomamos un poco de té, ya que los caballeros están tomando algo más fuerte? Sé que Ashley estaba desesperada por hablar de los planes de la temporada del año que viene. ¿La patrocinarás?” le preguntó Julia.

“Yo puedo hacerlo, por supuesto, pero tú puedes hacerlo si quieres. Para entonces, serás la Marquesa de Chilsten, pero estaré contenta con lo que decidas”.

Entraron en el salón y encontraron, a su mamá y a Ashley sentadas juntas, bebiendo el último *Le Belle Assemblée*.

Ashley, morena como la mayoría de sus hermanas, no había alcanzado la altura de Julia, pero

eso no importaba. Julia siempre le había recordado a un ángel, tanto por su tez clara y perfecta, como por su amabilidad. Lo haría bien el año que viene, y Julia no podía esperar a ver cómo se desarrollaba su temporada.

“¡Hermana!” dijo Ashley, levantándose de un salto y abrazándola. “Estoy muy feliz de estar aquí, y no puedo esperar a que llegue esta noche. ¿Estás segura de que será apropiado que asista al baile de Lord y Lady Jenkin? Todavía no me he presentado en sociedad”.

Hailey asintió, sentándose al lado de su madre. “Soy la Duquesa de Derby y te estoy acompañando. Estarás perfectamente bien”.

Julia le devolvió el abrazo a Ashley, feliz de ver a una de sus hermanas, ya que extrañaba a las demás que aún estaban en casa. Hablaron de las últimas noticias sobre Grafton, principalmente del Señor Bagshaw y su esposa, una de las mujeres menos queridas del condado, y de cómo habían puesto fuera de juego a la mayor parte de la pequeña ciudad con sus modales y su interferencia en la vida de todos.

“Esta noche me pondré mi vestido malva, Julia. ¿Qué te parece?” le preguntó Ashley, sonriendo.

“Creo que sería encantador”.

“Deberías ponerte el vestido nuevo que te entregaron antes, Julia. Es un oro tan bonito y hará que tus ojos brillen”, dijo Ashley.

¿Estaba aquí su vestido? Lo había pedido hacía varias semanas y estaba contenta de que así fuera. Ahora que la noticia de su compromiso estaba sobre Londres, esa noche era el primer baile al que asistirían desde aquel anuncio y seguramente causaría un gran revuelo y mucha conversación.

“Creo que tienes razón. Me pondré mi vestido nuevo”. Ahora que iba a ser la Marquesa de Chilsten, no tendría que soportar las miradas sarcásticas de la Duquesa viuda de Barker. O tener que sufrir más conversaciones con Lord Payne o Lord Perry, que ni siquiera habían enviado una nota disculpándose por su excursión fallida a las ruinas del castillo.

Esta noche era el comienzo de una eternidad con Cyrus, y ella disfrutaría cada momento.

CAPÍTULO DIECISIETE

La velada en el baile de Lord y Lady Jenkin fue como la mayoría de los eventos de *sociedad*. La sala estaba repleta de invitados. Cientos de velas iluminaban el salón, dejando un poco de cera en el suelo y en los vestidos cada vez que goteaban. Las puertas de la terraza estaban abiertas, junto con las ventanas, para disipar el calor del salón, que ya era sofocante.

Su vestido de seda dorada se sentía como una segunda piel. Su modista se había superado a sí misma con el vestido. Con los diamantes amarillos de su hermana, prestados para la velada, parecía la futura Marquesa de Chilsten, de una de las familias más prominentes e influyentes de Inglaterra y Escocia.

Se abrieron paso entre la multitud de invitados, muchos de los cuales detuvieron a sus hermanas, a la Duquesa y a la Vizcondesa para hablarles y felicitar a Julia. Miró a Ashley, que parecía aturdida y abrumada, pero también emocionada. Julia tampoco pasó por desapercibido, las miradas interesadas de varios caballeros que se fijaron en la hermana menor de Woodville, nueva en la ciudad.

Una mano cálida y fuerte se posó sobre su espalda y, sin volverse, supo quién la sostenía. “¿Está usted aquí, mi Señor?”

Su cálido aliento le hizo cosquillas en el cuello, y mantuvo su atención en los invitados, sin necesidad de que nadie supiera cuánto le afectaban las caricias o las palabras de Chilsten. El hombre mismo no sabía lo que le hacía sentir, y ciertamente no quería que *la sociedad* supiera la verdad sobre lo mucho que estaba bajo el hechizo del libertino.

“Es nuestro baile de compromiso no oficial. ¿Cómo no iba a estar aquí con usted?” Una pequeña sonrisa se dibujó en su boca malvada, sus ojos se posaron en su vestido, deslizándose sobre ella como una caricia física. Se estremeció. “Se ve guapa, Julia”. Le cogió la mano y le besó los dedos enguantados. “Creo que nunca me había sorprendido tanto su belleza como esta noche al verla entrar en el salón”.

Ella lo miró a los ojos, viendo la verdad de sus palabras, y la calidez se extendió a través de ella. Pensaba que era hermosa. ¿Lo había dejado sin aliento? ¿Podría ella también robarle el corazón?

“Usted también está muy guapo” respondió ella, sin soltarle la mano y sosteniéndola a su lado. Sus dedos se apretaron contra los de ella, aparentemente contento de sujetarla también. “¿Quiere bailar conmigo?”, le preguntó, y empezaron a sonar las notas de un baile campestre.

“Siempre” dijo, llevándolos a la pista. La atrajo hacia sus brazos justo cuando comenzó el baile, mientras otras parejas se arremolinaban a su alrededor, envolviéndolas en su mundo.

“¿Cómo voy a sobrevivir la próxima semana sin tocarla, besándola todo lo que quiera?” Sus

ojos se oscurecieron ante sus palabras, y se acercaron a sus labios, que ella sintió la abrumadora necesidad de besarlos.

“Dígame, mi Señor. Si estuviéramos solos, justo en este momento, ¿qué haría?”, preguntó, curiosa por saber qué tan libertino sería él con ella si ella lo permitiera. Lo que muchas veces ya había hecho.

La hizo girar, volviéndola a sus brazos. “Primero, la besaría, la llevaría a un punto febril solo con mi beso”. Su mirada se posó una vez más en su boca. “Sus labios siempre me han fascinado. Llenos y tan suaves que uno no quiere dejar de probarlos”.

Los nervios se apoderaron de su piel, pero quería saber más. “¿Y qué más?”, preguntó, esperando a que el baile los volviera a juntar.

“La tocaría, le haría hervir la sangre al tocarla. Este vestido” dijo, flexionando la mano contra su cintura, “se lo quitaría de su cuerpo, pero no rápidamente, eso sí. Me tomaría mi tiempo, la expondría a mi inspección con el deber y el cuidado que merece antes de hacerle cosas malas”.

“¿Similar a lo que ya hemos hecho?”, le preguntó.

Suspiró, sus ojos se oscurecieron aún más. “Oh, sí, pero no terminaría nuestra noche con la boca. La quiero de todas las maneras y de todas las formas que pueda”. Cerró los ojos un momento, con una expresión de dolor en su rostro. “Me hace querer robarla ahora. No puedo esperar a que nos casemos”.

Julia tampoco podía, y esperaba que las emociones que la invadían significaran que su matrimonio podría sacar más provecho. Para hacerla sentir tanto como temía, ya lo sentía por el hombre que tenía en brazos.

Ella se preocupaba por él, quería escuchar su opinión y que él respetara la suya. Quería que él estuviera contento, que su tiempo fuera feliz y placentero. Quería que él la amara tanto como ella lo amaba a él.

“Yo también deseo que ya estuviéramos casados, mi Señor. Quiero estar a solas con usted de la misma manera. Espero que crea eso de mí, sin importar cómo surgieron nuestros esponsales o nuestra amistad inicial”.

“¿Se refiere a cuando me besó en el baile de su hermana la temporada pasada porque quería aprender?”, sonrió. “Debería haber sabido que nuestras vidas se enredarían a partir de ahí. Su corazón es tan malvado como el mío”.

Ella sonrió, sin dudar de que eso era verdad. “Una semana, y será mío.

¿Nos quedaremos en la ciudad o viajaremos a su finca en Sussex?”

“Viajaremos a nuestra casa de campo unos días después de nuestra boda. Quiero estar a solas con usted por un tiempo. Tenerla toda para mí”.

Ella se echó a reír justo cuando el baile llegaba a su fin. Él la acompañó de regreso a donde estaban sus hermanas y ella le presentó a su hermana menor Ashley antes de que se ofreciera a bailar con su hermana, quien, más que emocionada, aceptó antes de ser arrastrada a la pista de baile.

Julia se echó a reír, pero se dio cuenta de que su diversión pronto se desvanecía al ver a la Duquesa viuda de Barker caminando hacia ella. Su pandilla de amigas odiosas la seguían.

“Señorita Julia, mis felicitaciones por su compromiso. Debo admitir que me sorprendió que el Marqués pidiera su mano en matrimonio. No creía que su Señoría estuviera interesado en casarse de nuevo. Menos, con una persona de campo sin título”.

Julia esbozó una sonrisa que esperaba que no se le escapara. No quería que la viuda supiera lo mucho que la detestaba a ella o sus gestos desagradables hacia ella y hacia otras debutantes

que debutaban este año. Había sido rencorosa durante toda la temporada y el hecho de que se enfrentara a ella ahora era simplemente para ser mala.

“Gracias. Transmitiré sus felicitaciones a su Señoría cuando regrese”.

Hizo a un lado sus palabras, burlándose. “No se moleste, querida. Yo misma se lo diré a Chilsten la próxima vez que estemos solos. Somos viejos amigos, como sabe”.

Julia asintió una vez. “Por supuesto. Lo que prefiera” respondió ella, no queriendo causar más desagrado del que ya había, a pesar de que sus palabras le provocaron una oleada de miedo. ¿Estarían solos más tarde? Seguramente la Duquesa viuda no hacía más que ponerla en guardia y hacer que se preocupara por nada.

“Es una vergüenza lo de su primera esposa, ¿no es así? Qué zapatillas tan grandes tiene que llenar siendo la próxima Marquesa de Chilsten. Escuché que la difunta Marquesa era una gran belleza, amada por su personal y sus inquilinos en Inglaterra y Escocia. La echaremos mucho de menos”.

Julia entrecerró los ojos y se desvaneció sobre sus emociones. “¿Conocía entonces a la Marquesa?” preguntó, pensando que no muchos conocían a la dama de la sociedad. La difunta Marquesa no había salido de Escocia por lo que le habían dicho. ¿Se había equivocado ella también en eso?

La Duquesa se echó a reír, un sonido agudo que le hizo apretar los dientes. “Oh, no, no tuve tanta suerte. Se rumorea que al Marqués no le importaba tenerla fuera de su vista, y pasaban la mayor parte del tiempo en Escocia”. La Duquesa sonrió. “Creo que se mantenían agradablemente ocupados el uno al otro” dijo, sin que Julia pasara por alto su intención.

“Estoy triste por el Marqués por perder a una mujer a la que amaba tanto”. Julia levantó la barbilla, negándose a permitir que las emociones que estaban a flor de piel se revelaran. Especialmente frente a la Duquesa viuda.

Se tragó el nudo en la garganta y parpadeó, pensando en cualquier cosa menos en la idea de que se estaba casando con un hombre que no había declarado que la amaba en absoluto y, sin embargo, parecía haber tenido ya un matrimonio feliz y amoroso.

¿Estaba la Duquesa tratando de decirle que estuviera en guardia con el Marqués? ¿Qué protegiera su corazón contra el dolor y la decepción que seguramente vendrían?

Julia miró por encima de la multitud de invitados y pudo ver a Cyrus hablando con su mamá y su hermana Ashley después de su baile.

En realidad, ella sabía muy poco de él. Nunca había hablado de su esposa ni de su vida en común. ¿Era porque el tema le parecía doloroso? Esperaba poder ayudar a sanar su dolor y ser su próximo gran amor, pero ¿y si nunca lo fuera? ¿Y si él nunca proclamaba amarla como ella deseaba?

“No se vea tan abatida, querida” dijo la Duquesa viuda. “Se va a casar dentro de unos días, y será la nueva Marquesa de Chilsten. Estoy segura de que, dado que es hija de un granjero, sus inquilinos y su personal encontrarán intereses comunes en usted, y también serás muy querida”.

“Mi padre es un caballero, Su Excelencia. Somos dueños de la tierra, sí, pero no la trabajamos nosotros mismos, como estoy segura de que usted nunca ha trabajado en las tierras de su familia”. Julia escuchaba y permitía que ciertas palabras se movieran a su alrededor y no se incrustaran bajo su piel, pero no permitía que un desaire contra sus padres quedara sin respuesta.

“Por supuesto, querida” dijo ella, con el sarcasmo goteando de sus palabras como veneno. “No quise ofender. Espero que no haya sido el caso. Lo único que intentaba era guiarla un poco antes de que fuera una mujer casada y dirigiera una de las mayores propiedades de Inglaterra”.

Julia le dedicó una pequeña sonrisa, pero lo que realmente quería hacer era cortarle directamente a la mujer y a sus sonrientes amigas que estaban a su lado. Por supuesto, tenía la intención de insultarla y hacerla sentir incómoda por su próximo matrimonio, un hecho con el que no necesitaba más ayuda porque ya estaba ansiosa.

“Gracias por su consideración hacia mí, pero le aseguro que, como una mujer que tiene una Duquesa y una Vizcondesa como hermanas, estoy más que cuidada y guiada en esta sociedad”. Julia hizo una reverencia y se marchó, necesitando alejarse de ellas. Que esta vida, estas mujeres formarían parte de su existencia como nueva Marquesa le dejó un sabor amargo en la boca. Pero ella no iba a ceder a sus insistencias.

Julia respiró hondo, tratando de calmar los nervios que amenazaban con abrumarla. Su matrimonio con el Marqués sería un éxito. Llegaría a amarla. Estaba segura de ello. Solo necesitaban tiempo. Puede que no fuera así como ella quería comenzar su vida de casada, pero él era un hombre amable, atento y guapo que la hacía desear cosas que ninguna joven bien educada debería. Su comienzo sería mejor que el de otros en su esfera social. Eventualmente, serían incandescentemente felices. Tenían que serlo.

CAPÍTULO

DIECIOCHO

Cyrus estaba de pie en lo alto del altar de la iglesia, refrescándose mientras esperaba a su novia, que ya llevaba diez minutos de retraso. Volvió a mirar a Derby, su testigo, que le dedicó una pequeña sonrisa reconfortante. No hacía que los nervios que se deslizaban por su piel disminuyeran. ¿Iba a venir? ¿Estaba todo el *mundo* a punto de verlo abandonado el día de su boda? Qué golpe para un libertino de renombre y lo que, en verdad, se merecía. Casarse con Julia con gran parte de su vida oculta no era lo que debería haber hecho. Debería haberle dicho la verdad y haberle permitido elegir su futuro.

Las puertas de la iglesia se abrieron y el peso que no sabía que llevaba se quitó de los hombros. Un violinista empezó a tocar, y él observó, embelesado al ver a Julia caminando hacia él, con su padre sosteniendo su mano firmemente en su brazo.

Pronto, ella sería suya, y nada podría arrancarla de su lado, ni su pasado ni ninguna otra cosa. Se tragó el nudo en la garganta mientras la acogía. Su vestido de seda azul claro, adornado con costuras plateadas, la hacía parecer etérea y atemporal. Llevaba los diamantes del Duque de Rothes que él había enviado desde Escocia, sabiendo que no tenía joyas propias para la boda.

Brillaba como los diamantes que llevaba, perfecta e impecable. Algo en su pecho latió con fuerza y se frotó la mano por el chaleco, tratando de aliviar el dolor. Su padre le dio un beso en la mejilla y le susurró algo al oído que hizo que sus ojos brillaran antes de entregársela.

Cyrus le tomó la mano, decidido a no soltarla jamás. “Se ve hermosa, Julia” dijo, queriendo decir cada palabra. Respiró hondo y luchó para no permitir que las emociones que se reunían en su interior tomaran el control. Tragó saliva repetidamente y pensó que podría haber algo mal con él por un momento.

Ella le sonrió, con la boca seductora como siempre. La culpa le recorrió la espalda por casarse, ella no sabía todo lo que debía saber de su vida. De la vida en la que se estaba metiendo.

De esposa y madre. No es que pensara que ella no lo perdonaría por su hija. Los bebés nacían naturalmente después del matrimonio, pero él no le había hablado de su hija. O cómo se había casado con la madre de la niña.

Pícaro podía ser, pero no propagaría su semilla sobre Inglaterra y sin enfrentar las consecuencias de esas acciones como lo había hecho su padre. Pero ¿lo perdonaría su hermosa y dulce Julia? ¿Lo odiaría sabiendo que se casó con ella mientras le ocultaba una verdad tan grande?

“Repitan después de mí” oyó decir al reverendo.

Ambos siguieron las instrucciones, contestando y transmitiendo lo que el reverendo decía cuando era necesario, pronto sonó un bramido de ovaciones y aplausos, y ya estaban casados.

No dispuesto a esperar a que estuvieran solos, Cyrus atrajo a Julia contra él y la besó. Ella no rehusó a su caricia, y él supo que era la pareja perfecta para su alma, la otra mitad de su ser.

La nueva Marquesa de Chilsten.

Su esposa.

Se echó hacia atrás, mirándola fijamente, maravillándose de su pasión y belleza, su bondad y su buen corazón. “¿Feliz?”, le preguntó, con las emociones de placer, satisfacción y contento retumbando a través de él como el vino.

“Muy feliz”, respondió. “¿Y usted?”, preguntó ella a su vez.

“También” dijo, y las palabras no eran suficientes para expresar cómo se sentía en ese momento. Como si su corazón estuviera demasiado lleno de felicidad como para que pudiera estallar. “Muy feliz de que sea mía”. Finalmente.

El desayuno nupcial se celebró en su nuevo hogar y en la casa londinense del Marqués de Chilsten. Todo Londres estaba allí, y durante varias horas se mezclaron y agradecieron a los que habían asistido a su boda.

Por centésima vez desde que el reverendo los declaró marido y mujer, Cyrus se inclinó y le robó un beso. Su mano no había abandonado su cintura, y ella no podía evitar sonreír cada vez que sus dedos se flexionaban contra su cintura o el ligero movimiento que la acercaba a él.

“¿Dígame otra vez cuánto tiempo más tendremos que aguantar este desayuno antes de que pueda despedir a todo el mundo y tenerla toda para mí?” volvió a preguntar, con los labios entrecortados en una línea de disgusto. “Es más allá del almuerzo. ¿No deberían haberse ido ya?”

Ella soltó una risita, bebiendo un sorbo de vino. Cada vez que lo miraba, cuando sus miradas se encontraban, la boca de su estómago se revolvía y la hacía sufrir por lo que estaba por venir. Ya no necesitaban robar tiempo para estar juntos. Ahora podía besar y tocar a su marido todo lo que quisiera. Y le gustaba mucho.

“Pronto, creo, pero ya sabe, marido, que podemos escabullirnos. No necesitamos estar aquí para permitir que nuestros invitados continúen celebrando”.

La miró a los ojos, una luz diabólica brillaba en los suyos. “¿Ha sido mi malicia una mala influencia para usted, Julia? Creo que lo ha sido”.

Extendió la mano y le puso el chaleco en la mano. “No es el único que quiere, mi Señor. ¿No lo ve?”, le preguntó.

Su nariz se ensanchaba y su mano se flexionaba sobre su cadera antes de hundirse en su espalda. “¿Vamos a disculparnos entonces, querida? Creo que es el momento”.

Julia se soltó de su agarre y se dirigió a la casa sin decir una palabra. La expectación se apoderó de ella ante la posibilidad de lo que estaban a punto de hacer. Finalmente, ella estaría con él como había deseado durante tanto tiempo. No le importaba que sus invitados se quedaran preguntándose dónde estaban. Que chismorrearan y asumieran, ahora estaban casados y no estaban haciendo nada malo.

Cyrus le estrechó la mano para ir hacia la casa, y corrieron a través del salón, entraron en el vestíbulo y subieron las escaleras. Julia se rio ante las miradas de sorpresa de su personal mientras se dirigían a su suite.

Cyrus la llevó a su habitación, cerrando y poniendo cerrojo a la puerta tras él. El aliento en los pulmones de Julia se detuvo al ver lo que hacía. Tan viril y musculoso, su pecho subía y

bajaba con cada respiración. Su cabello estaba ligeramente alborotado por el esfuerzo, dejándolo despeinado y salvaje.

Julia se acercó a él, pasando las manos por sus mechones oscuros, apartando los pocos rizos rebeldes de su rostro. Quería verlo. Toda su belleza. Todo lo que amaba, mucho más de lo que creía posible.

Sin decir palabra, estiró la mano hacia atrás y comenzó a desabrocharse el vestido. Cyrus la observó un momento antes de despojarse de sus ropas. Su chaqueta y su chaleco cayeron al suelo y, con inquietud, observó cómo se levantaba la camisa por encima de la cabeza.

Se le secó la boca y se mordió el labio cuando su abdomen bronceado y musculoso apareció a la vista. Nunca lo había visto tan desnudo. Se llevó la mano a las caídas de los calzones, y Julia no pudo apartar la mirada de su persona. Con una lentitud que rayaba en la velocidad de un glaciar, abrió los botones y se reveló ante ella.

Se bajó los calzones, se quitó las botas y se paró ante ella desnudo y orgulloso. Sintió que se le abría la boca al verlo. ¡Su tamaño! ¿Encajarían? ¿Le dolería estar con él?

Él le dio la vuelta, besándole el cuello mientras la despojaba de su vestido. Estaba tan distraído por el roce de su cuerpo que solo había logrado desatar unos cuantos ganchos. Volvió a mirarla y se arrodilló, levantándole la pierna y regalándole una sonrisa maliciosa, antes de quitarle una media de seda de las piernas, besando su piel y dejando calor a su paso.

Y entonces ella estaba en sus brazos, siendo llevada con zancadas decididas a su cama. Cayeron sobre el colchón acolchado, con las piernas enredadas y los besos reinando. Él sabía a pecado y a vino dulce, y ella bebió de él, saciándose.

Se acomodó entre sus piernas, y ella pudo sentir su dureza contra su carne dolorida y húmeda.

“No tengas miedo, querida Julia. Solo dolerá un momento. Prometo hacer que esto sea maravilloso para ti”.

Su boca se apretó contra la de ella, y ella gimió, agarrando sus mechones y devolviéndole el beso con el deseo y la necesidad que ardían entre ellos.

“Eres tan hermosa. Tan maravillosa” murmuró él, agachándose y levantando las piernas de ella para acomodarse sobre sus caderas. Julia respiró tranquilamente, nunca se había sentido tan expuesta como ahora, pero sus besos, sus dulces palabras, calmaron la ansiedad que se levantaba ante la idea de hacer el amor con él por primera vez.

Nunca había hecho algo así. ¿Y si la encontraba deficiente? ¿Aburrida incluso? Se estremeció al pensarlo.

“Bésame” suplicó ella, necesitando que él la distrajera, incluso de sus propios pensamientos.

Cyrus no necesitó más insistencias. Le tapó los labios con los suyos, bebiendo de ella mientras se acomodaba para estar por fin con ella. Lentamente la empujó con todo el cuidado que pudo. La sensación de que allí era donde se suponía que debían estar se precipitó a través de él y lo mareó de placer.

Julia se quedó quieta debajo de él mientras él se acomodaba en lo más profundo de ella. Permaneció inmóvil un momento, no queriendo herirla más de lo que ya lo había hecho. Él no era un hombre pequeño, y ella era virgen. Necesitaba recordárselo a sus tendencias malvadas. Con el tiempo podrían hacer más, pero esta noche no era ese momento.

Ella echó la cabeza hacia atrás y él la besó en el cuello, enjabonándole la piel con la lengua. Ella levantó las piernas, ondulando sobre él y su mente se tambaleó. “Yo... ¿Te vas a mover?”, preguntó.

Él soltó una risita, aprovechando para agachar la cabeza y besarle los pechos. “¿Quieres que me mueva?” Se retiró y volvió a empujar.

Ella jadeó, sus ojos se cerraron con deseo. “Sí. Así”.

Segura de que estaba cómoda y relajada, Cyrus empujó más profundamente esta vez, provocando un gemido. Aceleró el paso, disfrutando del asombro, del placer que se asentaba en sus gestos. Quería complacerla, hacer de este día el más maravilloso, el más memorable de su vida.

Sus manos se deslizaron por su espalda, sus uñas marcaron su piel. Deseo, gusto y necesidad corren a través de él. Lo empujó con el pubis, buscándolo más profundamente, con más fuerza. Le dio lo que quería, olvidándose de que era su primera vez y que la follara como a ella le gustaba.

Duro.

Veloz.

Se agachó, sosteniendo una nalga e inclinando su pelvis. La acción era un truco que había aprendido y que siempre supo qué hacía que la mujer alcanzara su pináculo sin problemas.

Julia no era diferente. Sus grandes ojos se encontraron con los de él mientras él continuaba excitándola al máximo.

“Cyrus” suspiró, moviendo y moviendo las caderas para ayudarla a conseguir lo que quería. Julia le empujó el pecho, haciéndole perder el equilibrio, y él quedó boca arriba. Ella se acercó a él, colocándose sobre su pene y el aliento en sus pulmones se apoderó de él.

Era una diosa, una mujer que sabía lo que quería, y la tomaría sin cuestionarlo ni culparlo. Cómo la adoraba tanto.

Ella se lo folló sin restricciones. Él la observó, embelesado, pues nunca había esperado algo así de ella. Todavía no, al menos. Su cabello caía en ondas sobre sus pechos. Sus mejillas enrojecidas, sus labios hinchados y enrojecidos por sus muchos besos.

Luchó por el control, por mantener la calma y no acabar antes de que ella hubiera alcanzado su punto máximo. Ella lo tomó, echó la cabeza hacia atrás, lo montó y lo usó para su placer. El libertino que había en él suspiró de satisfacción, encantado de que su esposa estuviera tan animada.

Se le apretaron los testículos, respiró hondo y luchó por aferrarse a su autocontrol que pendía de un hilo. Él la agarró por las caderas, empujando fuerte y rápido. Sus dedos se posaron en su pecho. El sudor se acumulaba en su piel, el aroma del sexo, el deseo y el jazmín embriagaban el aire.

“Cyrus” suspiró.

Empujó con fuerza, una, dos veces, tomándola a su antojo. Gritó, sus pechos se balanceaban mientras llegaba al clímax. Sus adentros se apretaron espasmódicamente alrededor de su pene y atrajo su liberación hacia adelante con tal velocidad que su cabeza giró.

“Julia” exclamó, con la mente en un torbellino, sin aliento y sin sentido. Las palabras que nunca había pronunciado a nadie se quedaron en el borde de sus labios, pero no cayeron. Cyrus la miró fijamente mientras disfrutaba de su último placer.

Se dio cuenta de lo que casi había dicho.

Te amo...

Otra complicación que añadir a su larga lista.

CAPÍTULO

DIECINUEVE

Julia se despertó tarde al día siguiente, con su cuerpo descansado y contento. Sentía que estaba viviendo un sueño que no quería que terminara. Su primera noche como marido y mujer había sido una que ella no olvidaría y atesoraría para siempre.

“Su Señoría le ha preparado un baño, mi Señora” dijo su doncella, colocando una taza de té junto a su cama junto con una tostada, su desayuno básico.

“Gracias, Masie, eso suena encantador”, dijo.

Julia se recostó un rato en la cama, desayunó antes de sumergirse en la bañera y usó el jabón de lirio antes de que su criada la ayudara a vestirse con un vestido de muselina azul. Se envolvió un chal alrededor de los hombros mientras la mañana se volvía fría y el olor distintivo de la lluvia flotaba en el aire.

Bajó las escaleras, queriendo ver a Cyrus. Para estar cerca de él, leerle un libro mientras él trabajaba, o si ella podía convencerlo, seducirlo para que volviera a subir las escaleras para que pudiera mostrarle más del placer que se podía tener ahora que eran una pareja casada.

El sonido de la voz apresurada de una mujer frenó sus pasos en el vestíbulo y se detuvo frente a la puerta de la biblioteca que estaba entreabierta. Aunque los ocupantes dentro de la habitación no podían verla, ella podía escucharlos, y sus palabras enviaron un escalofrío a través de su corazón.

“¿Qué hace aquí?” preguntó Cyrus a la mujer desconocida. “Le dije que viajara directamente a mi finca de Sussex, no a mi casa de Londres. Debe irse. Ahora, antes de que nadie la vea”.

La boca del estómago de Julia se hizo un nudo y se apretó el estómago, sin saber de qué estaban hablando, pero sin que le gustara el tono de Cyrus ni las profusas disculpas que brotaron de los labios de la mujer.

“Mis disculpas, mi Señor. Debo haber leído mal la misiva”, dijo la mujer. Julia frunció el ceño cuando el sonido de una niña arrullada y tratando de hablar se unió a la conversación con Cyrus y su invitada.

La mujer hizo callar a la bebé, manteniéndola calmada. “Nos iremos enseguida. Espero no haberle causado ningún problema, mi Señor. Esa no era mi intención. Cometí un error y no volverá a suceder”.

“Todo estará bien” dijo Cyrus. “En la casa aún no está despiertos, y no se ha hecho ningún daño. Simplemente quería discutir este asunto con mi esposa en la casa Chapleigh, no aquí en Londres. Si pudiera llevar a Freya a Chapleigh, me reuniré con usted dentro de una semana o dos”.

“Muy bien, mi Señor”. Hubo una pausa antes de que la mujer continuara: “¿Le quito a Freya

ahora, mi Señor? Me iré inmediatamente”.

“Por supuesto”, dijo.

Julia ya había oído bastante. Abrió la puerta, entró en la biblioteca y se encontró con la mirada sorprendida de su marido y de la anciana desconocida que le hablaba. Pero aún más extraña era la visión de su marido entregando a una niña pequeña, de un año, si era que podía aventurarse a adivinar. Una niña con los más bonitos mechones dorados con un toque de rojo entretejido a través de ellos la miró y sonrió. Julia había visto esa sonrisa antes...

“Mi Señor” dijo, acercándose y estudiando a la niña llamada Freya. Era una pequeña querubina de rostro dulce, pero quién era y porqué estaba allí era un misterio. El hecho de que su marido, el Marqués, también tuviera en sus brazos a dicha bebé no tenía ningún sentido. “Preséntame a tus invitados”, dijo, tratando de ser educada y no dejarse llevar por el pánico.

Algo en el miedo que se despertó en los ojos de Cyrus le dio poco consuelo, y se armó de valor para lo que estaba por venir.

“Julia, querida, estas son la Señora McCallum y Freya. Simplemente se iban”.

La mujer tomó a la niña con éxito, esta vez de manos de Chilsten, y se inclinó, recogiendo una pequeña maleta de cuero a su lado. “Ha sido un placer conocerla, Lady Chilsten” dijo la Señora McCallum con una pequeña sonrisa.

Julia logró sonreír mientras estudiaba a la mujer. Una niñera, supuso. Ciertamente, la niña no se parecía en nada a la mujer mayor. Lo que dejó a Julia con la pregunta de a quién pertenecía la niña.

Antes de que pudiera preguntar, la mujer salió apresuradamente de la habitación como si el mismísimo diablo estuviera mordisqueando sus botas de cuero, y pronto se quedaron solos en la biblioteca, dejando a Julia preguntándose si se había imaginado a la mujer y a la niña en la habitación.

“¿Conoces a la Señora McCallum, mi Señor? No la has mencionado antes. ¿Está relacionada contigo? ¿Una prima, tal vez?” preguntó Julia, sentándose en la silla que tenía delante de su escritorio. Cyrus se pasó una mano por la mandíbula, se dejó caer en la silla frente a ella y repartió varias misivas sobre su escritorio.

Parecía nervioso y la inquietud le recorrió la espalda.

No dijo una palabra y esperó con toda la paciencia que pudo. Finalmente, Cyrus levantó la vista de su disimulo y la miró a los ojos. “No quería decírtelo tan pronto. Quería que pasáramos algún tiempo juntos, que aprendiéramos más el uno del otro antes de que mi pasado surgiera y te asustara”.

“¿Tu pasado?”, preguntó. “¿A qué te refieres?”

Él se encogió, se recostó en su silla y la observó. Su silencio era desconcertante.

“Cyrus, ¿quiénes eran esa mujer y esa niña?”

Cerró los ojos un momento antes de decir: “La mujer es la Señora McCallum, tal como se ha presentado. Ella es la niñera de Lady Freya Chilsten. Mi hija”.

Por un momento, Julia no pudo hacer otra cosa que parpadear. ¿Su hija? Miró por la ventana, pensando en sus palabras. No tenían sentido. ¿Su hija? ¿Cómo podía ser eso? Seguramente se lo habría dicho. ¿No era la existencia de una hija algo que uno le decía a otro antes de convertirla en su esposa?

“¿Tuviste una hija con tu primera esposa? Me molesta que no me hayas dicho algo tan importante sobre ti. ¿No crees que debería saber que voy a ser madre de un bebé antes de casarnos?”

“Por supuesto que merecías saberlo, pero no es por eso que no te lo dije. No me preocupaba que tomaras a la niña como si fuera tuya, pero hay circunstancias de su nacimiento que me preocupaba que no perdonaras”.

“¿Cómo?” La mente de Julia se aceleró con situaciones que podrían haber ocurrido y que impidieran que Cyrus le dijera la verdad. ¿No confiaba en ella lo suficiente como para ser honesto con ella? ¿Qué tenía de malo la niña que le impedía asumir la responsabilidad? Julia relajó las manos, dándose cuenta de que estaba agarrada al asiento como si temiera caer al suelo.

“Quiero decir que nunca tuve la intención de lastimar a nadie. Cometí un error de juicio, y espero que puedas encontrar en tu corazón el deseo de perdonarme”.

Julia levantó la mano, deteniendo sus palabras. “Por favor, dímelo, Cyrus. Empiezo a pensar lo peor, y tú me estás asustando”.

“La niña es de mi matrimonio con mi primera esposa. Nos enteramos de que estaba embarazada, y hui a Escocia para casarme con ella antes de que naciera la niña. No eludí mi responsabilidad y no permitiría que ningún descendiente mío naciera fuera del matrimonio”.

Julia asintió. Todo eso le parecía razonable. “¿Quién era la dama? ¿Su familia estaba enojada con ustedes dos por lo que habían hecho?” preguntó Julia, tratando de entender el porqué pensaba que no se haría cargo de su hija. O no entendería que tuviera una hija con su primera esposa. ¿Qué clase de persona sería ella que desaprobaba un suceso tan natural cuando uno estuviera casado?

“No tenía familia, Julia”. Frunció el ceño al ver sus manos sobre su escritorio, sus dedos jugando con una pluma. “Era mi criada”.

La habitación giró al oír sus palabras, y Julia miró fijamente al hombre con el que se había casado. Su marido ahora. Su matrimonio se consumó y no había vuelta atrás. ¿Su criada? Tragó saliva. Duro.

“¿Te acostaste con una mujer que trabajaba para ti? ¿Qué estaba bajo tu protección?”, preguntó, con la bilis subiendo a su garganta.

¿Acaso el hombre no tenía moral en lo absoluto? ¿Quién haría tal cosa? Su mente saltó de un pensamiento a otro. Imágenes de todas las criadas que tenían trabajando para ellos en esta casa. ¿Se había acostado con alguna de ellas? ¿Conocían a su maestro tan bien como Julia? Ella despreció la idea. Tal vez lo conocían mejor que ella, porque no conocía al mentiroso que tenía delante.

¿Su criada? Dios mío, él era el peor de los hombres.

“La criada era mayor de edad, y la noche en que ocurrió fue consensuada, aunque eso importe poco. Ella me escribió, hablándome del inminente hijo, y me negué a permitir que un hijo mío naciera fuera del matrimonio. Puede que haya sido un libertino, un sinvergüenza incluso a veces, pero tengo moral y no la dejaría enfrentarse sola a lo que ambos habíamos hecho. Hui a Escocia y me casé con ella, pero ella falleció en el parto”.

Un final triste, sin duda, y no uno por el que Julia pudiera culpar a Cyrus. Pero ella podía culparlo por las mentiras que eligió decir y continuó diciendo hasta su boda. “No sé quién eres en absoluto, ¿verdad? Fingiste ser mi amigo, pero un amigo no miente sobre algo tan importante en su vida. Tendrías que haberme hablado de Freya”.

“Tenía miedo de que no te casaras conmigo. Me di cuenta de que no podía soportar verte casarte con alguien más, y por lo tanto tú y yo éramos los más adecuados”.

“¿Y es por eso por lo que estabas decidido a casarte con una mujer de rango al principio de nuestra amistad?” Julia detuvo su mente saltando de un pensamiento a otro. “No era lo

suficientemente elevada como para salvarte de este escándalo que está a punto de sobrevenir cuando esto se sepa, ¿verdad? Por eso cortejaste a la Duquesa viuda de Barker, ¿no es así? Ella es lo suficientemente alta en la nobleza como para que cualquier escándalo o secreto que tengas en tu pasado pueda ser barrido por el rango que tendrías sobre la *sociedad*”.

“Pero conmigo, ese no es el caso. Soy de la alta burguesía, no de la nobleza. Sin embargo, ¿sobreviviré a tal caída en desgracia cuando esto se sepa? Porque si algo está muy claro hoy en día, es que te importa lo que la gente piensa mucho más de lo que dejas ver”. Ella negó con la cabeza. El dolor que la cortaba por dentro era insoportable. “No seré de ninguna ayuda para ti. Nosotros dos y tu hija seremos avergonzados y condenados a ser excluidos sin importar lo que yo haga”.

Sus ojos ardían al otro lado del escritorio, y ella se negó a apartar la mirada. “No pude casarme con nadie más porque en algún momento de nuestra amistad me enamoré de ti. No me importa lo que sea de mi nombre o lo que la gente piense de mí, siempre y cuando te tenga a mi lado. No podía perderte”.

Julia se quedó mirando, asombrada. “¿Me amas?” Ella se echó a reír, la idea de tal cosa era demasiado cómica para creerla. “No lo haces. No me amas en absoluto. Eres un mentiroso que se acostó con su criada, así como me sedujiste a mí antes de casarte. No sé porqué te ofreciste por mí. ¿Tal vez no te guste la idea de que yo no esté con nadie más, pero por amor? No, no me amas”.

Julia se puso en pie y se acercó a la ventana. Apartó las pesadas cortinas de terciopelo y observó a la gente en el parque al otro lado de la plaza. “Es posible que hayas estado celoso. Te concederé esa emoción, pero no amor”. Se giró y lo miró a los ojos, obligando a que el nudo en su garganta disminuyera. “Nunca te he mentado ni he ocultado ninguna verdad que pensé que debieras saber antes de nuestro matrimonio. Eso es amor, Cyrus. No lo que has hecho y ocultado de mí. Eso no es amor”.

Julia salió de la habitación y se encontró con su criada en el piso de arriba, que llevaba sábanas limpias a su habitación. “Por favor, empaque mis cosas. Me voy”, ordenó.

Su doncella se quedó boquiabierta antes de hacer una reverencia y seguirla a la habitación. “¿Quiere que haga muchas maletas, mi Señora? ¿O una bolsa de viaje? ¿Qué prefiere?”, preguntó.

“Empaca la mayoría de mis cosas. Nos vamos a la finca de Chilsten en Sussex tan pronto como se pueda enganchar un carruaje. Por favor, prepárelo también, si quiere”. Tenía una hija que conocer y cuidar adecuadamente, y estaría condenada si permitiera que su marido dejara que la niña se quedara sin padres un momento más. La niña era inocente en todo este lío. No le permitiría sufrir más por ello.

Sacudió la cabeza, pensando en la pequeña niña de doce meses que no sabía quiénes eran sus padres ni si alguien la quería. Una idea terrible que no permitiría que continuara ni un momento más.

Ahora era la Marquesa de Chilsten y, a través del matrimonio, era la madre de la niña desde ese día en adelante, y sería condenada si flaqueaba en esta responsabilidad. Ella se deleitaría con ello, y la niña prosperaría gracias a su cuidado y amor.

Y Lord Chilsten podría irse al demonio por su duplicidad si no lo enviaba allí ella misma.

CAPÍTULO VEINTE

Cyrus no vio a Julia durante el resto del día. Esperaba que mantener la distancia con ella ayudara a calmarla un poco después de su discusión varias horas antes. Terminó su cena solo en el comedor, ignorando las miradas cómplices de sus sirvientes que lo atendían.

Se suponía que esa noche iban a asistir al baile de los Mason, pero a la vista de la hora, no creía que eso fuera probable.

Subió las escaleras, decidido a hablar con ella, para explicarle mejor lo que había sucedido entre él y su doncella. No es que pudiera explicar mucho. Había actuado como un canalla cuando surgió la oportunidad y había procreado una niña a partir de ese error.

No sería el primer caballero al que le ocurriera una situación así, y dudaba que fuera el último, pero no era la niña, ni siquiera el hecho de que hubiera sido una criada con la que se había casado lo que molestaba a Julia, sino que había mentido al respecto. Si tan solo pudiera explicar porqué se había casado con ella, tal vez ella lo perdonaría.

Pero, aun así, él le había ocultado información importante, no permitiéndole decidir si él era el tipo de hombre con el que quería casarse. La imagen que él le había dado contenía falsedades, humo y espejos, y no sabía si ella le perdonaría alguna vez esos engaños.

Al llegar al piso de arriba, miró hacia su suite de habitaciones y la encontró vacía, excepto por el pequeño fuego que ardía en su chimenea y varias velas encendidas para la noche.

Cruzó el pasadizo, llamó a la puerta de la Marquesa y, al no oír respuesta, volvió a intentarlo. “Julia” gritó, esperando que ella le permitiera entrar. Necesitaban hablar, tratar de encontrar algún camino a seguir. “¿Puedo entrar?” preguntó, escuchando, pero sin oír nada.

“¿Mi Señor?”

Se dio la vuelta y encontró a la criada del salón de arriba observándolo, con una gran jarra de agua en las manos.

“¿Está buscando a Lady Chilsten?” le preguntó la doncella.

Él asintió. “Sí, ¿ya se ha ido al baile de Mason?” Suponía que no podía culparla por estar enojada con él y dejarlo atrás. Probablemente era la última persona a la que quería ver en ese momento. Ojalá le diera tiempo, le permitiera explicarse.

“Ella no está aquí, mi Señor. Esta mañana ha ordenado que le trajeran un carruaje”.

“¿Para viajar a dónde?”, preguntó, incapaz de ocultar la conmoción que rebotó en él. ¿Lo había dejado? ¿Había regresado a casa de su hermana, la Duquesa? ¿O a Grafton? ¿Había terminado su matrimonio antes de que hubiera comenzado? Extendió la mano, usando la pared para estabilizarse, cuando su visión se nubló.

Los ojos de su doncella se abrieron de par en par y respiró hondo antes de seguir asustando a

la criada.

“A vuestra finca de campo, mi Señor. Hizo que su criada empacara sus cosas, y partieron esta mañana en uno de los carruajes de la familia hacia la casa Chapleigh”. Miró a su alrededor, aunque insegura de sí misma. “Disculpe, mi Señor. Pensábamos que estaba al tanto”.

Corrió a su habitación y llamó a su sirviente. No, no lo sabía. No tenía ni idea de que había huido de Londres para viajar a su casa de campo. ¿Por qué había hecho tal cosa? Sus pasos vacilaron cuando se dio cuenta de ello. Ella había ido a su finca porque era hacia donde se dirigía su hija. ¿Deseaba conocerla o despedirla de esa casa? No pensaba que fuera esto último, a menos que fuera a él a quien ella despidiera de su vida.

No valía la pena pensar en la idea. Su sirviente entró en la habitación. “¿Ha llamado, mi Señor?”

“Recoja mis cosas, Smithers. Nos dirigimos a Chapleigh mañana a primera hora de la mañana. La Marquesa ya está en camino, y deseo pisarle los talones si es posible”.

“Por supuesto, mi Señor” dijo Smithers, acercándose a sus armarios, sacando y evaluando lo que iba a empacar. Cyrus lo observó un momento y luego se acercó a la jarra de whisky que guardaba en su habitación y se sirvió un gran trago.

Ella lo perdonaría por mantener a su hija en secreto. Con el tiempo comprendería porqué se había casado con su criada y no se limitaría a dejarla sufrir las consecuencias de acostarse con un hombre que no era su marido ni su igual.

Julia tenía que perdonarlo, porque no estaba seguro de poder vivir si ella lo odiaba para siempre. No ahora, cuando la amaba tanto y no quería otra cosa que estar con ella, amarla, tal como se merecía.

El carruaje se detuvo ante la casa Chapleigh. La magnífica edificación cuadrada de estilo georgiano parecía tener cientos de habitaciones y otros tantos sirvientes. Una fila de sirvientes y doncellas estaban fuera de las puertas dobles, y ella bajó de un salto, contenta de que el mayordomo se adelantara y se presentara.

“Lady Chilsten, esperábamos que llegara, y estamos muy contentos de conocerla”. Le hizo un gesto para que entrara, y ella sonrió al personal mientras se dirigía a la casa. Si el exterior de la casa la había dejado sin aliento, el interior la dejó sin palabras.

Suelos de mármol y una gran escalera central de caracol le daban la bienvenida. La casa estaba limpia, y las flores estaban en dos aparadores ornamentados en el vestíbulo, magníficas pinturas familiares colgadas en cada pared.

“Sus habitaciones están preparadas y esperándola arriba. Haré que su doncella desempaque sus cosas”.

“Gracias” dijo ella, siguiendo al mayordomo, incapaz de dejar de asimilar el inesperado regalo que era la casa. Sabía que la familia con la que se había casado era poderosa y rica, pero esta casa parecía más grandiosa que la de su hermana, la Duquesa, en Kent. Las responsabilidades que ahora tenía duplicadas en peso, sin mencionar a la niña que tenía que conocer y criar, también era una sorpresa.

La idea de la niña le produjo una oleada de instintos maternos y de protección. Puede que no fuera noble o que no hubiera nacido dama, pero era respetable y no permitiría que Lady Freya fuera menospreciada, sin importar cómo se hubiera producido su nacimiento.

Su habitación, que tenía una puerta contigua a la del Marqués, era espaciosa, con su propio vestidor y baño. El papel pintado de seda floral era bonito y le recordaba la belleza natural de los jardines de Grafton. No pensó en cambiarlos, eran tan perfectos que le sentaban bien.

Paseó por la habitación, contemplando sus muebles, el diván ante el fuego y la pequeña peinadora cerca de la ventana.

“¿Espero que todo sea aceptable, mi Señora?” preguntó el mayordomo, de pie en el umbral.

“Es precioso, gracias”. Hizo una pausa y se encontró con su mirada complacida. “Si puede llamar a la Señora McCallum y a Lady Freya, por favor. Quiero hablar con ella en el salón. Si también me mostrara dónde está, sería muy bienvenido”.

El mayordomo hizo una reverencia, haciéndole un gesto para que lo siguiera. “Si viene por aquí, mi Señora, la llevaré allí directamente y haré lo que me pide”.

Julia lo siguió por un largo pasillo hasta el lado opuesto de la casa. Hizo un gesto con la cabeza hacia una habitación vacía con grandes ventanales que daban a los cuidados jardines de abajo.

“Volveré con la Señora McCallum y Lady Freya, mi Señora. También haré que le traigan té. Debe estar sedienta después de su largo viaje”.

“Gracias” dijo Julia, acercándose a las ventanas y contemplando los jardines. Si no hubiera estado tan enfadada con Cyrus, la casa y los jardines la habrían mareado de alegría al ver que todo esto era ahora suyo. Pero el canalla le había mentido. La había engañado.

No era tanto que tuviera una hija con su primera esposa, sino que había roto la confianza entre empleador y empleado. Durmiendo con una criada. ¿En qué había estado pensando el hombre? La pobre niña, ahora también huérfana de madre, entristeció aún más la situación.

¿Cómo pudo haberme mentido?

“¿Lady Chilsten?”

Julia se volvió para ver a la mujer que había visto en la biblioteca de Lord Chilsten dos días antes, de pie frente a ella con una niña pequeña que la tomaba de la mano a su lado. “Buenas tardes, Señora McCallum. Estoy feliz de conocerla”. Julia se agachó, sonriéndole a la niña. “Hola, Freya. Mi nombre es Julia. Es un placer conocerte por fin”.

La mujer mayor se metió la mano en el bolsillo y sacó un pañuelo.

Julia la miró y vio que estaba abrumada por la emoción. “Le preocupaba que no fuera amable con la niña, ¿verdad?”. Acercándose a la mujer mayor, Julia le dijo: “Venga, siéntese conmigo y hablemos. Tenemos mucho que discutir”.

La niña miró a Julia y ella extendió las manos, esperando que la niña se acercara a ella. Freya corrió hacia ella con una sonrisa brillante y extendió la mano para que la recogieran. Julia la atrajo hacia sus brazos, mirando la carita tan parecida a la de su padre, y su corazón dio un vuelco.

“Eres una querubina muy dulce. Espero que podamos ser amigas y que me permitas ser tu mamá”. No es que Julia esperara que Freya entendiera o comprendiera sus palabras, pero quería que supiera que, desde el principio, Freya era tan suya como hija de Chilsten. Y nadie discutiría eso.

Se sentaron en los sofás ante el fuego, y Julia sonrió mientras Freya jugaba con la pequeña muñeca que sostenía en sus manos. “Como sabe, ahora soy la Marquesa de Chilsten y, como tal, soy la madrastra de Freya. Pero no me gusta ese término, así que seré solo su mamá, por así decirlo. Vengo de una familia numerosa y cariñosa, y le prometo, Señora McCallum, que haré todo lo que pueda para proteger y amar a Freya como si hubiera nacido de mi propia carne.

Espero que se quede como su niñera, ya que parece muy cariñosa y confía en usted, y su adaptación aquí puede llevar tiempo, y buscará personas en las que confiar”.

La mujer mayor sollozó, frotándose las mejillas. “No puedo expresar lo agradecida que estoy de oírle decir esto, mi Señora. Lord Chilsten se preocupa por la muchacha y la ama, pero regresó a Londres, y siempre supimos que con el tiempo se casaría de nuevo. Que se haya casado con una mujer de tanta moral, con un corazón tan cariñoso y bueno, me alegra el corazón que sea la nueva Marquesa”.

Julia sonrió, más que feliz de ser madre de Freya. Ella misma quería tener muchos hijos, y tener a Freya simplemente significaba que ese deseo se hacía realidad más temprano que tarde. No es que su felicidad por conocer a la niña y cuidarla de alguna manera absolviera a Cyrus de las mentiras que le dijo. No sería tan fácil de perdonar.

“Me alegro de que haya sido un buen padre para ella, y no tiene que preocuparse más por cómo trataré a Freya. No podría vivir conmigo mismo si culpaba a una niña inocente por los sucesos de sus padres. La cuidaré y la amaré como si fuera mía. Se lo prometo”.

Llamaron a la puerta y entró el mayordomo con una bandeja de té y bocadillos. “Ya ha pasado el almuerzo, pero el cocinero le preparó algo de comida, mi Señora. Si desea romper su ayuno”.

“Gracias” dijo, cogiendo un pequeño bocadillo y pasándoselo a Freya, cuyos ojos brillaron al ver la comida. “¿Le gustaría a usted un poco, Señora McCallum?” preguntó Julia, sirviéndoles té a las dos. “Hay más que discutir. Probablemente deberíamos conformarnos con un *pequeña reunión*”.

La mujer mayor sonrió, tomando la taza de té que Julia le tendió. “¿De qué más quiere hablar, mi Señora? Estaré encantada de transmitirle cualquier información que desee. O hablar de la agenda de Lady Freya”.

Julia se recostó en el sofá, sonriendo mientras Freya se acostaba y colocaba la cabeza en su regazo, con el sándwich a medio comer todavía apretado en su pequeña y regordeta mano.

“Hábleme de la mamá de Freya. Si ella desea saber de ella más adelante en la vida, yo debería saber todo lo que pueda sobre ella. Empecemos por ahí” dijo, acomodándose para aprender todo lo que pudiera de la vida de Chilsten, de la que no sabía nada.

Una vida que había mantenido oculta para ella hasta ahora.

CAPÍTULO VEINTIUNO

Cyrus llegó tarde a la casa Chapleigh y sólo encontró al sirviente despierto en el vestíbulo. Ordenó al joven que se quedara dónde estaba, que no necesitaría nada para pasar la noche, y subió a su suite.

Después de bañarse y despedir a su sirviente, se dirigió a la puerta contigua que conducía a las habitaciones de la Marquesa. Hacía dos días que no veía a Julia, y habían sido los más largos de su vida. ¿Cómo había pasado tanto tiempo sin que estuviera con su esposa?

No podía imaginar nada más que estar con ella a partir de ese día, si ella lo perdonaba.

Llamó a la puerta, pero, al no oír respuesta, volvió a intentarlo antes de abrirla un poco. Echó un vistazo a la habitación y encontró a Julia sentada en su cama, con una vela parpadeando en la mesita de noche, y el simple vestido que llevaba se burlaba de él con su transparencia.

Con la esperanza de que estuviera a salvo y de que ella no le arrojara a la cabeza el libro que tenía en el regazo, entró en la habitación y se acercó a ella con pasos cautelosos.

“Me dejaste” dijo, sin pensar, sin haber tenido la intención de decir esas palabras al principio, pero incapaz de retractarse ahora que las había pronunciado.

“No sin motivo” comentó ella, con un tono más frío que el aire exterior. Se sentó en el extremo de la cama, suponiendo que era un lugar tan seguro como cualquier otro.

“Lamento no haberte contado lo que pasó el año pasado. Me dio vergüenza y entré en pánico. No pensé que te casarías conmigo, que me amarías si supieras la verdad de mi vida”.

Cruzó los brazos sobre el pecho. La acción solo acentuó aún más sus pechos, burlándose de él, porque ya no los podía tocar y besar, y amar como quisiera.

“Probablemente no lo habría hecho, no en nuestro primer encuentro, pero seguramente debes haber sabido que al darte libertades me interesabas. Te amaba y, aun así, mantuviste a Freya en secreto para mí. Y de cómo llegó, eso estuvo mal, Cyrus”. Julia negó con la cabeza, la decepción en sus ojos marrones lo avergonzaba. “Dime porqué te casaste con la criada. No es que no crea que eso es noble, pero no es lo habitual en hombres como tú. La mayoría de los caballeros que tienen un hijo con una criada inocente la dejan sufrir su destino lejos de su vista. Explícame lo que pasó para que pueda entender”.

Cyrus suspiró, frotándose la mandíbula con una mano. “Mis padres, ambos tuvieron muchos amantes a lo largo de sus vidas y sin vergüenza ni secreto, incluso antes que yo. El estilo de vida de mi padre, supongo, se me contagió de muchas maneras, excepto una cosa. Juré que nunca, engendraría hijos por toda Inglaterra como él lo había hecho, y no los abandonaría a su suerte”.

Se puso de pie, se acercó a la ventana y contempló los jardines. “Tal como estaban las cosas, mi propio nacimiento fue casi ilegítimo. Si no fuera porque el padre de mi madre obligó a mi

padre a ir al altar, nada de esto sería mío”, explicó. “He sido muy cuidadoso, incluso con mis caprichos, pero cuando la mamá de Freya me escribió y me dijo que estaba embarazada, no pude dejar que enfrentara las consecuencias sola. Cabalgué hasta Escocia y me casé con ella sin pensarlo dos veces, y siete días después, nació Freya. A partir de ahí, ya sabes el resto de la historia”.

“¿Te habías acostado con la doncella antes de nuestro primer beso?” le preguntó Julia, mirándolo a los ojos desde el otro lado de la habitación. Odiaba el dolor que leía en el suyo y deseaba que las cosas pudieran ser diferentes, pero no lo eran. La vida no siempre era fácil. La suya ciertamente no lo había sido.

“Antes de nuestro beso, pero” dijo, acercándose a la cama y arrodillándose a su lado, “no he besado a nadie más desde que mis labios tocaron los tuyos. No pude. Nadie me intoxicó la mente tanto como tú, y cuando me casé con la mamá de Freya, pensé en mi vida. Que tendría que hacerme a un lado y verte casarte un día, y mi corazón se marchitaría y moriría”. Se encogió, odiando sonar cruel e indiferente con la mamá de Freya, pero nunca hubo amor entre ellos, y solo habían tenido intimidad una vez. “Nunca deseé que la mamá de Freya muriera, nunca quise eso. Hice las paces con que ella era la Marquesa y que mi vida estaría con ella y con Freya. Pero no voy a negar que tener una segunda oportunidad contigo, enamorarme de ti de nuevo y casarme contigo, fue el mejor momento de mi vida. Te quiero mucho, Julia. Por favor, dime que me perdonas. Por favor, dime que todavía me amas y que nunca volverás a huir de mí. No podía soportarlo”.

Julia miró fijamente a Cyrus, con el corazón latándole con fuerza en el pecho. Él la miró fijamente, sus ojos brillaban con lágrimas no derramadas, y ella supo que sus murallas se estaban desmoronando, que no podía odiarlo como quería.

No podía odiarlo más de lo que podía odiar a la dulce niña de arriba, dormida en el cuarto de los niños. “Creo que es honorable que te hayas casado con la mamá de Freya, incluso si no creo que acostarse con una criada sea aceptable”. Hizo una pausa, necesitando hacer una pregunta que la había estado atormentando durante tres días. “Dime esto, y por favor no mientas. Avísame si hay alguna criada a nuestro servicio con la que hayas tenido intimidad. No podría soportarlo”.

Él negó con la cabeza, juntando sus manos. “No, ninguna. La mamá de Freya trabajaba en la finca escocesa, y solo fue una noche. Dormir con mi personal nunca ha sido un hábito mío. Lo siento mucho, Julia. Por favor, perdóname”.

Ella extendió la mano y le agarró la mandíbula. “No vuelvas a mentir ni a ocultarme nada, Cyrus. Puede que no sea tan indulgente la próxima vez”, afirmó, necesitando que él supiera que, por encima de todo, no quería que hubiera falsedades entre ellos. “Si vamos a criar a Freya sin ninguna sombra siguiéndola por encima de su parentesco, debemos ser un frente unido, y eso significa no ocultar nada entre nosotros, ni secretos, nada”.

Él asintió, sus ojos suplicándole que le permitiera volver a su corazón. “Te lo prometo, Julia. Haré cualquier cosa, pero por favor no me abandones. Eres todo lo que quiero. Eres todo lo que siempre he querido. Estaba demasiado ciego y tonto para darme cuenta hasta que Perry me hizo ver que podía perderte por segunda vez. No podía soportar tal cosa. Te quiero mucho”, dijo.

Julia se acercó, y él se acercó a ella, besándola profunda y largamente. Se desplomaron en la cama, su necesidad, su amor los mantenía unidos.

Cyrus se echó hacia atrás, mirándola fijamente. “Dime que me amas. Que me perdonas. Que esta noche, aquí y ahora, es el comienzo de nuestro para siempre” exigió, extendiendo la mano hacia abajo para arrastrar su turno a lo largo de su pierna.

Ella le sonrió, permaneciendo en silencio un momento antes de que él le hiciera cosquillas en la cintura, y ella cedió. “Muy bien, te perdono por ser un idiota tonto, pero también te agradezco por darme a Freya. Es adorable, y creo que ya la amo más que a ti, lo cual es tu culpa”.

Se echó a reír, gruñendo y besándole el cuello, los pechos, la mandíbula, las mejillas, por donde podía llegar. “Eres demasiado maravillosa para las palabras. ¿Cómo he podido ser tan afortunado?”, le preguntó, mirándola a los ojos.

Julia envolvió sus piernas alrededor de sus caderas, acercando su deliciosa boca a la de él. “Creo que eso tiene algo que ver con que una debutante seduzca a un libertino en el baile de su hermana y lo arruine para cualquier otra persona”, respondió, sonriendo.

“Estoy arruinado, eso es seguro. Y soy tuyo, tuyo para siempre”.

“Como soy tuya” dijo ella, tomando sus labios y perdiéndose en sus brazos, su pasión, y su amor.

Siempre.

EPÍLOGO

La temporada, Londres 1824

Julia estaba de pie junto a Cyrus y observó cómo su hija Lady Freya Chilsten bajaba las escaleras de su casa de Londres, presentándose a la *sociedad*, que se quedó mirando con asombro cómo el Marqués de Chilsten presentaba a su primogénita al mercado de bodas.

Las lágrimas se acumularon en los ojos de Julia, y buscó su pañuelo, secándose los ojos ante la imagen de belleza y gracia que casi flotaba por la escalera. Las imágenes de una niña pequeña bajando esas escaleras, mucho tiempo atrás, cuando era demasiado pequeña para caminar flotaban en su mente. O las muchas horas que habían jugado con muñecas y montado a caballo por diversión, no paseando y mostrando su belleza y hermosura a aquellos que buscarían convertirla en su esposa.

¿Cómo habían pasado dieciocho años desde su nacimiento? Ahora era una mujer. Dispuesta a embarcarse en su vida, amar y ser amada, tal como Julia había tenido el privilegio de tantos años con su padre.

“Mamá, el vestido es exquisito. Gracias por la fiesta. Por todo”, dijo Freya, sonriendo e iluminando su corazón junto con el salón.

Julia la abrazó. “Eres demasiado hermosa para las palabras. Te quiero, querida mía. Disfruta de tu noche”.

“Oh, lo haré”, dijo, casi saltando en el acto antes de que sus amigas la reclamaran, y se perdieran entre la multitud de invitados.

Cyrus se acercó a ella y le rodeó la cintura con el brazo. “Te ves tan hermosa esta noche como la noche en que nos conocimos. ¿Te apetece dar un paseo por los jardines oscuros y revivir los deliciosos viejos tiempos?” le preguntó, con una sonrisa maliciosa que aún le debilitaba las rodillas.

Ella se empujó contra él, riéndose. “Más tarde, lo haremos. Te lo prometo”.

La acompañó hasta el interior del salón de baile, entregándole una copa de champán mientras observaban cómo Lord Bailey, un joven caballero recién llegado a su condado, invitaba a bailar a Freya. Julia miró a Cyrus y notó el pequeño ceño fruncido entre sus ojos.

“¿Qué estás pensando?”, le preguntó, curiosa.

“¿Crees que la mano de Lord Bailey está un poco baja sobre la espalda de Freya? Creo que debería intervenir” dijo, dando un paso hacia su hija.

“No lo harás” dijo Julia, tirando de él hacia atrás y forzando una carcajada. “Su mano es perfectamente respetable. Ahora, si Freya estuviera bailando con un hombre como tú lo fuiste

una vez, entonces sí, tendríamos motivos para preocuparnos, pero no es así. Soy amiga de la condesa viuda de Bailey, y su Señoría es dulce y amable. No pienses que todo el mundo es un libertino como tú” le recordó, sonriendo.

“Mmm” dijo, con un tono poco convencido. “Si mal no recuerdo, disfrutaste de mis artimañas libertinas”.

Deslizó su mano por su espalda, apretando su trasero y agradeciendo que tuvieran una pared a sus espaldas. “Todavía lo hago, mi Señor” dijo, levantando una ceja.

Él suspiró, acercándola aún más. “Lo mismo digo, esposa” dijo antes de mirar a su alrededor y sacarla a rastras del salón.

“¿Qué estás haciendo?”, preguntó entre risas.

“Llevándote por el camino de los recuerdos” dijo, encontrando un rincón tranquilo y oscuro de la terraza.

“¿En serio?”, respondió ella. “¿Anoche no nos fuimos también por el camino de los recuerdos?” preguntó.

Él se encogió de hombros y la sentó en su regazo después de encontrar el banco que Julia había colocado estratégicamente allí hacía muchos años. “Bueno, uno nunca puede mirar hacia atrás en tiempos tan agradables sin hacerlo a menudo”.

Julia le rodeó el cuello con los brazos y lo besó. “Estoy totalmente de acuerdo” dijo ella, tomando de nuevo sus labios y perdiéndose en sus brazos. Perdiéndose en el amor con el que la había honrado durante toda su vida de casados. Una vida llena de amor y maravillas, de hitos e hijos maravillosos. Una vida bien vivida.

Juntos.

QUERIDA LECTORA

¡Gracias por tomarse el tiempo de leer Hablando del Duque! ¡Espero que hayas disfrutado el tercer libro de mi serie Uncontrollable Woodvilles!

Estoy muy agradecida por el apoyo de mis lectores. Si puedes, agradecería una revisión honesta de Hablando del Duque. Como dicen, alimenta a un autor, ¡deja un comentario!

Alternativamente, puede mantenerse en contacto conmigo visitando mi sitio web www.tamaragill.com o siguiéndome en línea.

OTRAS OBRAS DE TAMARA GILL

Traducciones al español

LAS INCONTROLABLES WOODVILLES

Mi tiempo con un Duque

La Persecución del Duque

Hablando del Duque

LIGA DE CABALLEROS INCASABLES

Tiénteme, su Gracia

Infierno en el Corazón

Atreverse a ser Escandalosa

Ser Atrevida Contigo

Béseme, Duque

El Marqués es Mio

CASARSE CON UN PÍCARO

Solo un conde lo logrará

Solo un duque lo logrará

Solo un vizconde lo logrará

Solo un marques lo logrará

Solo una dama lo logrará

LORDS DE LONDRES

Atormentando a un Duque

Enloqueciendo a un Marqués

Tentar a un Conde

Fastidiar a un Vizconde

Desafiar a una Duquesa

Casarse con una Marquesa

BESA AL MARGINADO

Un Beso de Verano

Un beso bajo el muérdago

Un beso en primavera

Enamorarse de un beso

El beso salvaje de un duque

Besar a una Rosa de las Tierras Altas

ACERCA DE LA AUTORA

Tamara es una autora australiana que creció en un antiguo pueblo minero en el sur de Australia, donde se fundó su amor por la historia. Tanto es así que hizo que su amado esposo viajara al Reino Unido para su luna de miel, donde lo arrastró desde un monumento histórico a un castillo y a otro.

Madre de tres, sus dos pequeños caballeros en ciernes, una futura dama (ella espera) y un trabajo de medio tiempo la mantienen ocupada en el mundo real, pero cada vez que tiene un momento de paz le encanta escribir novelas románticas en una variedad de géneros, incluyendo período de la regencia, medieval y viajes en el tiempo.

